



ESCUELA DE PSICOLOGÍA

DESDE EL DECIR DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL: ELEMENTOS  
ANALÍTICOS PARA SU INTELIGIBILIDAD COMO DISPOSITIVO.

---

Alumna: Leyton Quintero, Isca  
Profesor guía: Jeanneret Brith, Francisco  
Profesor metodólogo: Kamann Campaña, Francisco

Tesis para optar Título de Psicólogo  
Tesis para optar al grado de Licenciada en Psicología

Santiago, Mayo 2011

## Agradecimientos

Sin duda llegar a este lugar del camino, lleva necesariamente a una revisión de tan maravilloso proceso, lleno de aprendizajes, caídas y apoyos para volver a levantar, enseñanzas de vida que resultan inconmesurables y que no se podrían reducir en ningún caso a la mera formación académica.

Es así que primeramente agradezco a mi familia, por su esfuerzo y confianza en tan anhelado proyecto. Mamá, Papá, Hermanos, Sobrinos, Ahijada y Abuelas, han permitido que este proyecto se tornara posible, con su apoyo, fuerzas, sonrisas, retos, aspiraciones y amor incondicional, por ellos/as infinitamente agradecida.

Gracias también a las compañeras de vida, Mariela Servanti, Francisca Méndez, Dalia Padilla, Dallán Doepking por la compañía en todo momento, por las noches de estudio, la mano amiga, el consejo y apoyo sincero. Especialmente agradezco a Karla Araneda, Chantal Terán y Natalia Rojas, quienes se mantuvieron día a día acompañando, sosteniendo y abrazando este proyecto en momentos que parecía imposible, con amor les agradezco.

Muchas gracias a los compañeros que de manera presencial o no han estado inspirando la continua reflexión, la pregunta sospechosa. Gracias a los compañeros y compañeras del Colectivo “Krisis”, a Sebastián S., Daniel L., Sascha C., Jorge G., Carla Z., muy especialmente a Andrés Durán, quien siempre mantuvo la confianza, apoyo y discusión en el desarrollo de esta investigación.

Muchas gracias a Francisco Jeanneret, quien oficio como guía en este arduo camino, gracias por la confianza y por tu persona. Asimismo, quisiera agradecer al Equipo de Psicología Social, especialmente a Gabriela González, quienes han cimentado en mí las ganas de investigar.

Gracias a mis hermanos/as de vida, quienes compartiendo o no este camino, se han vuelto en un pilar fundamental para mi vida.

# Índice

<b>1</b>	<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>6</b>
1.1	ELEMENTOS PARA UNA PROBLEMATIZACIÓN	11
1.2	RELEVANCIA	17
<b>2</b>	<b>OBJETIVOS</b>	<b>22</b>
<b>3</b>	<b>MARCO METODOLÓGICO</b>	<b>24</b>
3.1	ENFOQUE METODOLÓGICO	24
3.2	TIPO Y DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN	25
3.3	EJES TEMÁTICOS	26
3.4	TÉCNICAS DE OBTENCIÓN DE LA INFORMACIÓN	27
3.5	FUENTES	28
3.6	OPERACIONES DE ANÁLISIS	30
<b>4</b>	<b>DESARROLLO TEÓRICO</b>	<b>32</b>
4.1	CAPÍTULO I: EMERGENCIA DEL DISPOSITIVO DE INTERVENCIÓN SOCIAL	32
4.1.1	<i>Introducción</i>	32
4.1.2	<i>La Cuestión Social</i>	34
4.1.2.1	Cuestión Social en Chile	35
4.1.3	<i>Lo Social</i>	47
4.1.3.1	Lo Social como dimensión	48
4.1.3.2	Lo Social como Campo	51
4.1.3.3	Historicidad del concepto	52
4.1.4	<i>Dispositivo de la Intervención Social</i>	59
4.1.4.1	Delimitando el Concepto	59
4.1.4.2	Por qué y Para qué intervenir	70
4.1.4.3	Destinatarios de la Intervención	74
4.1.4.4	Dispositivo	78
4.2	CAPÍTULO II: SABER E INTERVENCIÓN SOCIAL	81
4.2.1	<i>Introducción</i>	81
4.2.2	<i>El marco de las Ciencias Sociales</i>	82
4.2.3	<i>Saber y Verdad</i>	92
4.2.3.1	Saber para aplicar en la Intervención Social	95
4.2.4	<i>Relación de actores en la Intervención Social. Entre interventores e intervenidos</i>	102
4.2.4.1	Saber experto	112
4.2.4.2	Saber popular	122
4.2.5	<i>Saber útil para la Intervención Social</i>	134

4.2.5.1	Para educar	139
4.2.5.2	Para gestionar	141
4.3	CAPÍTULO III: CONTINUIDAD/DISCONTINUIDAD EN LA INTERVENCIÓN SOCIAL	146
4.3.1	<i>Introducción</i>	146
4.3.2	<i>Hacia un no lugar</i>	147
4.3.3	<i>Intervención social y cambio</i>	149
4.3.4	<i>Intervención social y reforma</i>	161
4.3.5	<i>Intervención social y transformación</i>	172
4.3.6	<i>Hacia lo continuo y discontinuo en Intervención social</i>	182
5	<b>CONCLUSIONES Y DISCUSIONES</b>	<b>189</b>
6	<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>200</b>

# 1 INTRODUCCIÓN

Para comenzar, es necesario dilucidar desde dónde se aborda la “intervención social”, cuáles son los fundamentos que la sostienen y, quiénes y cómo se habla de ésta. Siendo así, no se puede comprender su desarrollo sin la revisión de la llamada, en términos históricos, “cuestión social”, lo que va de la mano con los procesos de industrialización y urbanización comprendidos desde el siglo XVIII al siglo XIX y que atraviesan toda Europa y, posteriormente, América Latina.

Es a partir de dichos procesos que, aparecerá el problema de la higiene pública, la rearticulación de los sectores urbanos por la migración de la masa obrera desde zonas rurales, la mortalidad infantil, vivienda obrera y hacinamiento, mendicidad, prostitución, ignorancia, etc., todas ellas, dificultades, que luego abordarán las políticas sociales (Yáñez, 2008).

La emergencia de los problemas mencionados anteriormente, en directa relación con el advenimiento de la modernidad, donde se destacan como elementos claves para nuestro interés, la configuración de “lo social” y, la aparición de las ciencias sociales producirán, en su propio devenir, un espacio propicio para la generación de una práctica acorde a los nuevos procesos: la intervención social.

En la modernidad se sustituye el orden impuesto por Dios y aparece el hombre en todo su esplendor, pasando de un teocentrismo a un antropocentrismo,

situando al hombre y su capacidad racional como el responsable de definir los “problemas sociales” y encontrar los mecanismos necesarios y suficientes para mantener el orden, la homogenización y racionalización para una vida metódica y coincidente con los valores de la modernidad.

El primer atisbo de una intervención social, según Varela, Alvarez-Uria, (1997), podemos encontrarla en el S. XVIII, en la figura de las damas de la burguesía, quienes asistían a los más pobres con el afán de regenerarlos y convertirlos en lo más parecido a ellas, con las dificultades y distancia de ello, haciendo un trabajo individual o caso a caso, siendo la visita domiciliaria el método primordial. Su objetivo era educar moralmente a los desposeídos de educación, limpieza, moral y salud, como acto pedagógico, siendo las jóvenes burguesas el ideario al cual debían convertirse, en tanto portadoras de “educación”, “orden” y marco integrador para la “cohesión”, y teniendo ellas una visión benefactora en su labor.

No obstante, desde aquellas primeras prácticas que podríamos llamar de “pedagogía moral”, los mecanismos de intervención social han mutado sus objetivos y sofisticado sus procedimientos. En este sentido, actualmente asistimos a un nuevo escenario, donde los mecanismos y problemáticas que se abordan se han diversificado, pasando de la higienización al control y normalización de las conductas, disciplinando los cuerpos y controlando las poblaciones, para de esta manera administrar y gestionar el comportamiento, acciones, necesidades, poblaciones y lo que refiera a lo común en las sociedades, emergiendo “lo social” como el lugar para inscribir la intervención.

Pues bien, la intervención social en la modernidad, según Carballada, (2002), surgirá en relación a diferentes planos: la detección de lo anormal y su clasificación; la aplicación del disciplinamiento y la articulación entre ambos para dar direccionalidad a la sociedad, o sea, para construir en forma permanente a ese “otro” sobre el cual se aplica la intervención. Esta forma de intervención, que atraviesa a las ciencias sociales y del comportamiento, estará teñida de nuevos dispositivos, desde los que se darán el sustento a la práctica, teniendo como objetivo mejorar las condiciones actuales para llegar a un estado ideal, desprestigiando desde el comienzo las prácticas relacionales, sin darles una lectura histórica y situada.

En el caso de Chile podemos rastrear también estos mismo procesos toda vez que, según el historiador Juan Carlos Yáñez, la intervención social se comprenderá como “la acción desarrollada por el Estado en el contexto del conjunto de problemas que surgen hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y que se conoce como “cuestión social” (Yáñez, 2008, p. 17). Esta tan nombrada cuestión social era considerada como

(...) un fenómeno que afectaba al conjunto de la sociedad, y que no se acotaba a los sectores populares, aunque en ellos se dieran sus manifestaciones más dramáticas. Por lo general fue entendida como la presencia de una serie de problemas referidos a las condiciones laborales, niveles de vida, conflictos entre el capital y el trabajo, que no eran necesariamente nuevos, pero que dentro de la



estructura industrial moderna podían afectar la organización misma de la sociedad, o lo que en la época se llamaba *orden social* (Yañez, 2008, p. 20).

Preocupación por una dimensión que no era ni propiamente política ni propiamente económica, donde se situarán los problemas sociales de los cuales se tendrá que ocupar la política social y todo el aparataje que trae consigo, con el objetivo de integrar así a los excluidos.

Su gran justificación desde sus comienzos, tiene que ver con mantener la cohesión y orden social, pues desde una comprensión de la sociedad en términos contractuales, la intervención social deberá velar por mantener las formas de aquel contrato, para esto será necesario reorientar conductas y encauzar a los hombres para mantener el “pacto social” trabajado por Hobbes. Además, también cumple con la función de racionalizar los acontecimientos, logrando así establecer y clasificar lo anormal y disfuncional, para intervenir sobre ello y transformarlo (Carballeda, 2002), lo que estará en total concordancia respecto a la solicitud de la institucionalización de la intervención para abordar los problemas sociales, ya que de esta forma se mantendría el orden y se podrían prevenir desbordes en lo social.

Siguiendo lo dicho hasta aquí, se puede constatar que los diversos procesos sociohistóricos han permitido la emergencia de un nuevo tipo de racionalidad ligado al proyecto de la modernidad, el cual se mantendrá en vigilia constante para evitar cualquier interrupción en el desarrollo y progreso de la sociedad. En este sentido se vuelve fundamental la labor del Estado, la Iglesia, organizaciones

civiles (como las sociedades filantrópicas en su momento o las actuales ONG`s), las Ciencias Sociales, etc., en la medida que serán los actores que, en su comparecencia, coordinada o contrapuesta, definirán los espacios y problemas dignos de intervención.

La intervención social se irá volviendo, cada vez más, en una práctica cotidiana para optimizar desde su quehacer las formas de “lo social”, con el afán, en el lenguaje ilustrado del S. XVIII, de iluminar a aquellos que están perdidos en las brumas de la oscuridad, pobreza y necesidad, inscribiendo su impronta en los comportamientos que fuese disruptivos para el orden social. De esta forma, las distintas organizaciones e instituciones intervendrán en las comunidades para que situaciones específicas o, según el lenguaje de la intervención social, “problemas sociales” determinados, tales como la delincuencia, drogodependencias, violencia hacia la mujer, vulneración de los derechos, etc., puedan ser cambiadas, remediadas o sostenidas mediante la intervención profesional. A partir de esto, se generará cierto tipo de mundo imbuido por las dificultades que se presentan, en una sociedad donde constantemente existe el miedo a la anomia, a desaparecer como tal, tornándose un peligro los problemas antes citados y creando la necesidad de enfrentarlos

Este escenario ha sostenido y promovido la preocupación de ir refinando los métodos/técnicas para efectuar la intervención, lo cual, en términos comparativos, ha ido en detrimento de un abordaje de orden teórico/reflexivo al respecto. En otras palabras, dada la importancia que ha tenido la pregunta por el cómo, por el procedimiento para la realización de la intervención, es que se han

dejado de lado o se han postergado preguntas de relevancia, como por ejemplo en relación al sentido y los efectos de la intervención social. Es de esta forma que nace la inquietud de reflexionar sobre los elementos y/o conceptos que se encontrarían en los rudimentos de la intervención social. Reflexionar sobre el decir de la “intervención social”, como una forma de exponer, es decir, poner fuera, objetivar, sus límites.

## **1.1 Elementos para una problematización**

Para el abordaje de la problematización que se irá desplegando, uno de los supuestos que va aparejado a la intervención social es la idea de generar un quiebre sobre una situación inicial, ya que la intervención social según Corvalán se define como “la acción organizada de un conjunto de individuos frente a problemáticas sociales no resueltas en la sociedad a partir de la dinámica de base de la misma” (1996, p.1), siguiendo textualmente, serán las dinámicas que produce la sociedad las que generan el problema social. Si bien pareciera desaparecer el lugar del interventor social como especialista para ejecutar las acciones necesarias en pro de dar soluciones, será más adelante, desde el mismo autor, que se realizará la distinción en los interventores desde el estado y las ONG, éstos ya no son cualquier individuo, pues están en un lugar específico de saber, serán ellos quienes no acepten la situación vivencial de un grupo de personas, teniendo además una mirada crítica frente a las dinámicas que se generan en la sociedad, pero necesitando la capacidad técnica para enfrentar tales problemáticas, para así intervenir en la sociedad. Entonces, la lógica misma de la

intervención social dirá que se busca resolver o aminorar los problemas sociales, dirigiéndose al cambio o transformación social, para mejorar el estado actual en el que se encuentra la sociedad, hacia un escenario ideal, tarea que llevarían a cabo los expertos de la intervención. Aquí se vuelve importante hacerse la pregunta ¿cuáles serían los efectos que trae consigo esta concepción de la intervención social?

Además, existirán distintos agentes importantes, así la exigencia que se le hace al Estado para que tome un papel más activo e intervenir desde políticas sobre “el problema social” o “los problemas sociales”, pues desde la conceptualización de la “cuestión social”, se hacen peticiones para que el Estado tome estos asuntos con la seriedad que se merecen y establezca políticas al respecto.

Por otro lado, será la forma en que se gestione la vida, en donde lo social aparece con total esplendor, “lo social aparece como una invención necesaria para hacer gobernable a una sociedad que ha optado por un régimen democrático” (Donzelot, 2007, p. 12), allí lo social se consideraba como una cuestión frágil de la cual había que ocuparse, sobre todo por la creciente racionalización de aquel espacio. En este mismo ámbito es que las ciencias sociales elevan su importancia, ya que se necesitaba de la mirada del experto, de quién estaba pensando en lo social, para la discusión que luego generaban los distintos partidos en disputa. Lo social era considerado como espacio intermedio, enfocándose en restablecer las relaciones que no respondían al aspecto propiamente político ni económico,

lo “social” consiste en sistemas de regulación que no son los del mercado, instituidos para tratar de llenar esta brecha. En ese contexto, la cuestión social se convertía en la cuestión del lugar que podían ocupar en la sociedad industrial las franjas más desocializadas de los trabajadores (Castel, 1997, p. 20).

Es importante considerar que si bien, distintas problemáticas se venían arrastrando hace mucho tiempo atrás, será en el siglo XIX cuando comience a ser un tema de relevancia, pues hay un giro en las formas de gobierno, de concebir la vida y las poblaciones, lo que vendrá de la mano con el surgimiento de distintas disciplinas que se harán cargo de la naciente y nominada “cuestión social” y los despliegues que ella permite.

Siendo así, para la realización de esta tesis, se hizo imprescindible una lectura histórica del desarrollo de la intervención social, lo cual nos hizo preguntarnos por cuáles son los caminos que ha recorrido este concepto y cómo se entiende en la actualidad, mediante una revisión bibliográfica sobre autores que han tenido influencia en estas discusiones.

La investigación se aborda desde una mirada socioconstruccionista, pues permite hacer una lectura del conocimiento como producción social, dejando de lado y criticando todo conocimiento científico que se haga llamar verdadero en términos universales y que se diga objetivo. Esta corriente aboga por la construcción del conocimiento científico, alejándose: “...del interés por la predicción y el control, identificándose con el interés por la comprensión y la

emancipación intentando elaborar teorías “generativas”” (Ibáñez, 1994, p. 107), cuestión que servirá esclarecer el tipo de conocimiento generado para construir los fundamentos de la intervención social, el papel del saber experto en la producción de tal conocimiento, la construcción de problemas sociales y las nuevas formas de gobierno sobre los lineamientos de “lo social”. Esto desde una concepción que releva las prácticas relacionales situadas en momentos socio históricos determinados y que por lo tanto su propio estudio y las teorías fundadas sobre tales problemáticas estarán teñidos de ellos.

La noción de intervención social, por tanto, se ha asociado primero, en la elaboración de un conocimiento que construye problemas sociales, genera y estatuye una producción que permite comprender, incluso objetivar y naturalizar los problemas sociales, lo que permite la aparición de la intervención social y lo que ésta debería producir, o sea, modificar la situación problema sobre la que se interviene, éste es un fundamento rector y sería muy difícil contradecirlo pero ¿Qué condiciones posibilitaron el surgimiento de la Intervención social? ¿Qué tipo de conocimiento permitió su emergencia dirigida a “lo social” entendido como problema? ¿Cómo se entiende social bajo la noción de intervención? ¿Cuáles son las condiciones que posibilitaron y posibilitan hasta el día de hoy la aceptación de los “problemas sociales” y su eventual solución? ¿Cómo se han llegado a construir nociones que fijan el cambio social como positivo? ¿Desde dónde surgen los planteamientos que sustentan estas ideas? ¿Qué ha ocurrido que pareciera no ser problemática la noción e implicancias que trae consigo el dispositivo de intervención social? ¿Cuál es el papel que ocupan las nociones de

“gobierno” en la “Intervención social”? Sin duda son muchas las preguntas que aparecen al cuestionarse el sentido e implicancias de la Intervención social, ya que justamente es esto lo que se ha extrañado en la elaboración del material teórico existente en el tema.

Las ciencias sociales y diversas disciplinas que trabajan en el medio social están atravesadas por las prácticas interventoras, faltando en muchos casos la lectura de material teórico sobre éstas, enfocándose principalmente en los métodos/técnicas utilizados, buscando “buenas prácticas”. Al tratar de rastrear material teórico pertinente se constata su escasez y lo que está escrito presenta una evidente relación con la posibilidad o aspiración al cambio situacional o social. Pues por lo mismo es de interés para esta tesis lograr comprender esta naturalización, pudiendo problematizarla. Naturalización en doble sentido, primero, con la relación inmediata que establece hacia el cambio por medio del dispositivo; segundo, por el énfasis en la creación de métodos/técnicas, desplazando las preguntas que apuntan al *para qué*. No pareciera ser casual que estas preguntas se desdibujen en el trabajo teórico/conceptual sobre la “intervención social”.

El objetivo de esta investigación es poder dilucidar cómo se articula la noción de Intervención Social, revisando las ideas y/o conceptos con los cuales está aparejado, cómo lo social llega a ser un campo sobre el cual se aplican distintos dispositivos, como es el caso la intervención social, referenciando las comprensiones actuales sobre ello, qué concepción de sociedad es la que está a la base de tales supuestos a la luz de su comprensión de la

continuidad/discontinuidad de su acción y cuáles serían los efectos que surgen de esta articulación.

A partir de todo lo anterior, esta investigación se verá atravesada por una pregunta rectora que dirigirá sus pasos, esta pregunta es la siguiente:

**¿Qué elementos analíticos se pueden distinguir para conceptualizar la Intervención social como dispositivo?**

Una vez establecido el marco comprensivo de la problemática a abordar, resta explicar el marco general que da forma a esta investigación, delimitando cada una de las partes del cuerpo de análisis desarrollado.

El primer capítulo realiza una revisión histórica de la emergencia de la “intervención social”, inscribiéndola como parte constitutiva de la llamada “cuestión social”, momento en que emerge la problemática social posible de ser intervenida como tal. Luego, como concepto articulador, se revisa la concepción de “lo social” presente en la intervención, pues sería este lugar y no otro, sobre el cual se aplicaría su accionar. Ambos, “cuestión social” y “lo social” permiten comprender, de manera circunscrita, los fundamentos de la “intervención social”. Para terminar se postula la “intervención social” como dispositivo, lo que podría dar ciertas “pistas” de las implicancias que atravesarían su producción teórico-conceptual.



Como capítulo segundo, se identifican las concepciones de saber manejadas por la “intervención social” para lograr visualizar posibles efectos que esta comprensión tendría sobre las posiciones de sujetos que allí se juegan. Para esto, se hace una revisión del marco general otorgado por las ciencias sociales, las que se instalarían como cimiento de su propio conocimiento. Luego se aborda la posible tensión existente entre interventor e intervenido, posicionándolos como un saber experto y un saber popular respectivamente. Para concluir con la utilidad que se le ha dado al saber generado desde la “intervención social”.

Para finalizar, el tercer y último capítulo, emprende la tarea de realizar ciertas distinciones entre distintas formas de concebir la “intervención social” y su postulado de generar alguna discontinuidad en su hacer, como parte fundante que le daría sentido a la misma. En el desarrollo se revisan los postulados de “cambio social”, “reformismo” y “transformación”, como posibles horizontes a los que aspiraría la “intervención social” y que le darían sentido a las concepciones de sociedad que se revisan como un u-topos. De esto se analizará la comprensión que se ha tenido, en los postulados presentados, sobre la continuidad y discontinuidad posibles desde la “intervención social”.

## **1.2 Relevancia**

La relevancia de esta tesis se sitúa principalmente en la constatación del escaso material teórico que logra dar cuenta de esta interrogante. En ese sentido, tanto la Psicología, como las Ciencias Sociales en general, deberían inmiscuirse en tales comprensiones y situarse de forma clara y no por esto “cerrada”, frente a

los efectos que puede traer consigo el dejar de lado la investigación teórico/conceptual de la “intervención social”.

Siendo así, este tema se torna fundamental para todo/a psicólogo/a que se inserte en programas de intervención social, ya que será demandado/a directamente a dar “solución” a las problemáticas sociales, teniendo que mostrar una posición crítica (lo que estaría lejos de ser lo mismo que confrontacional u opositorista) frente a los distintos programas donde se mueva o desde el proyecto del cual forme parte. Con esto se espera que el psicólogo/a pueda contar con material teórico al alcance y que este material aborde el tema de la intervención social y los supuestos que ésta sostiene, ya que no es, como cualquier otra práctica, una práctica inocente. Pudiendo así, este profesional, convertirse en un agente activo, logrando cuestionar las bases tan cimentadas respecto a la intervención y crear nuevas formas de pensarla.

Por otro lado, diversas prácticas psicológicas operan desde las denominadas “intervenciones sociales”, por lo cual es de suma importancia tener claro qué es lo que se está haciendo, cuáles son las implicancias del hacer, además tener un espacio de formación continua para seguir abriendo nuevas preguntas, manteniendo el debate.

El psicólogo en su desempeño no está ajeno a la sociedad, a sus problemas sociales y a las grandes desigualdades que enfrentamos. Todo lo contrario, es un actor clave en tanto profesional especializado para llevar a cabo prácticas interventivas, por tanto, se vuelve relevante que cuente con un material que se

aproxime a indagar sobre preguntas no efectuadas, poder desnaturalizar creencias, conceptos y prácticas, y desde allí realizar su labor, que dé cuenta de las construcciones que se han realizado en torno a “lo social” y cómo éstas concepciones se pueden ir perpetuando si no se las mantiene en la palestra de la investigación social. Pero lo más importante, para no reducir esta investigación a la labor del/la psicólogo/a en forma individual es, que la investigación social, sea ésta de la psicología u otra ciencia social, se preocupe de abordar temas y sobretodo realizarse preguntas que parecieran no ser un problema, pues justamente allí es donde podríamos situar la sospecha.

También la psicología social, como espacio de encuentro en la investigación sobre las problemáticas que atraviesan las relaciones sociales, debe considerar los supuestos de la intervención social, ya que están presentes conflictos, definiciones y presunciones que aparecen definidos con aires de verdad incuestionable. Desde esto la psicología social tiene mucho que decir, de acuerdo a ciertas corrientes teóricas, como el socioconstruccionismo, que en esta ocasión servirá de lente para observar y analizar la pregunta guía de esta tesis. Además la intervención social atravesará las relaciones sociales, por lo tanto se vuelve importante realizar investigación sobre el tema que nos compete, abordándolo por la disciplina. Y como ejercicio teórico renovar las discusiones que se han dado por cerradas, permitiendo la constante reflexión, no para dar respuestas, sino más bien para mantener las preguntas.

En consecuencia esta investigación tendrá relevancia teórica, social y práctica. Teórica, pues será un estudio sobre los conceptos y la bibliografía

pertinente que abrirá la discusión sobre la problemática de las condiciones que genera la intervención social y cómo ésta suscita ciertas comprensiones de lo social, cuestión que hasta el momento no ha sido abordada y que por tanto, entregará nuevo material para movilizar el pensamiento y la producción teórica. Pero más que el resultado que traiga esta tesis, lo importante es abrir interrogantes sobre temas que han descansado en la obviedad o tranquilidad de estar resuelto. Es justamente allí donde radica el énfasis, ya que se torna peligroso para la generación del conocimiento el dar respuestas acabadas o dejar de lado, en silencio, cierto tipo de preguntas. Social, ya que mediante la intervención se va creando cierto tipo de sociedad, muchas veces se define desde allí, lo que posibilita este estudio, en cuanto al recorrido que se realizará, tratando de identificar como se entiende la sociedad y lo social desde este punto vista. Y práctico, debido a que el material que se genere mediante esta investigación servirá de punto de encuentro para quienes realicen intervención social, pudiendo verse reflejado en las nuevas prácticas y las discusiones que se susciten a partir de ello.

Es importante mencionar que esta investigación no tiene la finalidad de derrumbar ciertas verdades que se han dicho para construir otra, sino más bien poder hacer un ejercicio crítico frente a lo que se ha dicho y lo que no también, en torno a la intervención social y sus supuestos, lograr comprenderlos y situarlos dentro de ciertas concepciones que se ha tenido de la sociedad y sus prácticas. En ningún momento se pretende dar una respuesta acabada o verdadera, pues como

ya se ha dicho, sólo se está construyendo conocimientos que adquiere sentido en este momento.

## 2 OBJETIVOS

### Objetivo General

- Identificar y comprender elementos analíticos para conceptualizar la intervención social como dispositivo.

### Objetivos específicos

- Describir el desarrollo histórico del concepto intervención social.
- Identificar la concepción de “lo social” que inscribe a la intervención social como dispositivo.
- Identificar implicancias teórico-políticas de la relación entre saber y la intervención social como dispositivo.
- Identificar los planteamientos que hacen inteligible el eje discontinuidad/continuidad en la intervención social como dispositivo.

- Distinguir algunas implicancias teórico-políticas de la intervención social como dispositivo.

### **3 MARCO METODOLÓGICO**

#### **3.1 Enfoque Metodológico**

La investigación presente, como ya se ha podido tomar nota, es de carácter teórico, lo que referiría a que se trabaja con objetos abstractos que han sido elaborados de manera conceptual y que permitirían obtener una panorámica respecto al tema que es abordado en esta investigación, dícese los posibles fundamentos e implicancias en el concepto de intervención social. Una investigación teórica sería aquella “que se propone afrontar un problema abstracto que ha podido ser, o no, objeto de otras reflexiones” (Eco, 1995, p. 33). En este asunto es que el trabajo a realizar respondería a la revisión bibliográfica sobre diversos autores que hayan escrito sobre la “intervención social” a nivel teórico y no sobre la sistematización de alguna práctica, pues lo que interesa es rescatar las ideas fuerza que existirían en la conceptualización realizada sobre el tema que nos compete.

En términos generales, el enfoque que guía los pasos para la realización de esta tesis, es aquel definido por las ciencias sociales como enfoque cualitativo, el que se alejaría de la pretensión de ser objetivo y capaz de predecir, como lo ha sido en enfoques cuantitativos. El énfasis, en el enfoque cualitativo, estaría puesto en la descripción y comprensión de los fenómenos sociales, entendiendo que existe una implicancia personal en la elección y comprensión del tema a estudiar. Así mismo, se comprende que “el investigador cualitativo se mueve en el orden de



los significados y sus reglas de significación: los códigos, los documentos, o significaciones” (Canales, 2006, p. 19), lo que se ajustaría a las consideraciones necesarias para comprender el fenómeno de la intervención social construida como concepto y sus posibles implicancias para la organización de la vida en sociedad.

### **3.2 Tipo y Diseño de la Investigación**

A partir de los antecedentes y objetivos planteados, es posible enunciar que existe una falta de material bibliográfico que aborde la problemática aquí planteada, que se dirigirían a explorar las posibles implicancias existentes en la “intervención social”, como tema que posibilita la problematización, abordando preguntas y recorridos que podrían posibilitar la apertura de nuevas comprensiones sobre el concepto de intervención social. La apuesta que se realiza no tiene tanto que ver con el tema en sí, sino más bien con la manera en que se le pregunta al concepto mismo sobre los posibles efectos que generaría.

Por lo tanto, la investigación se enmarca en el tipo exploratorio y descriptivo. Exploratorio, pues se verá reflejado “cuando un investigador está examinando un interés nuevo o cuando la materia de estudio es en sí misma relativamente nueva y poco estudiada” (Babbie, 1996, p. 113), reconociendo el desconocimiento de la existencia de material que aborde la problemática en otros idiomas, examinando material que se albergue bajo la lengua castellana. Además será de tipo descriptivo, donde se abordarán acontecimientos que ya han sido trabajados y presentados, permitiendo el rastreo de los fundamentos presentes en

la “intervención social” que se verán plasmados a modo de sistematización, para lograr una mejor aproximación a la discusión presente en los medios documentados.

En concordancia, el diseño de la investigación es de tipo bibliográfico, trabajando en función de material documentado que aborde el tema de la “intervención social”. El material bibliográfico tendrá relación con abordar la investigación de fuentes de segundo orden, es decir, libros, revistas, artículos, monografías y documentos afines que tengan relación la problemática a desarrollar, abordando la emergencia del dispositivo de intervención social, los supuestos que maneja sobre el saber como productor en el dispositivo y la posibilidad de generar discontinuidades en su decir.

### **3.3 Ejes Temáticos**

El desarrollo de la investigación presente se desenvuelve en tres ejes temáticos o capítulos, que además se verán desprendidos otros subcapítulos que permitirían detallar, expresar y profundizar sobre puntos que resulten importantes.

1. **Emergencia del dispositivo de Intervención Social:** de este primer eje se desprenden tres acápite. El primero de ellos, “la cuestión social” tiene como fin hacer un recorrido histórico sobre la emergencia de la intervención social. Luego, “lo social” describe las concepciones presentes al respecto, situándolo como dimensión y campo, permitiendo comprender cómo la intervención se instalaría en aquellas concepciones. El tercero, “dispositivo de la intervención social” llama

al acercamiento de las posibles definiciones y presunciones existente en el concepto.

2. **Saber e Intervención Social:** este segundo eje se divide en tres acápite, nuevamente, los que están relacionados directamente con el saber construido para la “intervención social”. Es así que el primero de ellos da el encuadre de las ciencias sociales. El segundo expresa la tensión existente entre el saber del profesional interventor y el saber del intervenido. Para terminar estableciendo la posible utilidad que generaría el saber de la intervención.
3. **Continuidad/Discontinuidad en la Intervención Social:** este último capítulo aborda los posibles caminos que tomaría la “intervención social” para dirigirse a la discontinuidad como proyecto político. Tomando las formas del cambio, reforma y transformación, para terminar analizando una breve comprensión desde la lectura de las continuidades y discontinuidades que podrían tener los proyectos de sociedad presentados desde la “intervención social”.

### **3.4 Técnicas de obtención de la información**

Al ser una investigación de enfoque cualitativo y de tipo exploratorio-descriptivo, donde la técnica para rescatar y analizar la información será del modo de recopilación documental, se rescata información de textos escritos, tales como libros, textos en línea, revistas académicas, etc. que aborden el tema de la “intervención social” como campo de análisis sobre el cual se realizará la

investigación y otras fuentes del mismo orden que estén relacionados con la problemática (Valles, 2003). Siendo las fuentes llamadas de segundo orden, las que darán cuerpo descriptivo y exploratorio a la tesis.

### **3.5 Fuentes**

Esta investigación se realizara en base a la revisión bibliográfica de fuentes secundarias, o sea libros, revistas académicas, documentos en línea, que sirvan para el análisis y que reflejen la pregunta de investigación.

Las fuentes secundarias serán presentadas en el desarrollo de cada uno de los ejes o capítulos a abordar, siendo importante adscribir a una revisión de las fuentes que se escaparía de las discusiones disciplinares, pues se abordarán los textos desde la problemática que en este momento se vuelve de importancia para abordar, así es que el desarrollo se verá delineado por los siguientes autores y textos:

1. Emergencia del dispositivo de Intervención Social

Se presenta como primera panorámica el surgimiento de la cuestión social, específicamente en Chile, para esto se utilizaron textos en línea de Cruzat y Tironi (1987), Orrego (1884), Grez (1997). Como libros a Castel (2004), Yáñez (2008) y Varela y Alvarez-Uria (1997), quienes permitieron aproximarnos a la aparición de problemas denominados sociales. Esto le otorga un lugar a la construcción de lo social o viceversa, escenario sobre el que la intervención sería depositada. Al revisar “lo social” se considerarán los textos de Rose (2007), Donzelot

(2007), Latour (2008), Arendt (2003), Baudrillard (1978), Deleuze (1979) y textos que abordarían lo social desde la intervención como Carballada (2002) y Yáñez (2008). Para la articulación del dispositivo de intervención social se revisarán autores que expliquen y justifiquen los fundamentos y objetivos de la intervención. Así serán vistos: Sánchez (1999), Fantova (2006; 2007), Carballada (2002), Montenegro (2001), Corvalán (1996), Casas (2003), Matus (2006), Sanchez (1996). Los que además serán analizados desde textos como Arendt (2003), Latour (2008), lo que servirían de lente para aclarar problemáticas sobre lo público y lo social.

## 2. Saber e intervención social

Para este segundo eje se realizó la revisión de textos y documentos que estén relacionados con las formas de comprender el saber y el conocimiento dentro de las ciencias sociales para la intervención social y sus fuentes, así es que se acudiría a Carballada (2002; 2009), Corvalán (1996), Matus (2006), Jaramillo (2008), Montenegro (2001) y Fantova (2006). Para continuar con la tensión existente en la relación establecida entre interventores e intervenidos, donde se revisa a los autores antes citados más Rueda (2007), Casas (2003), Matus (2006), Casas (1990), Calienni, Martín y Moleda (2009), Carballada (2009), Jimenez-Domínguez (2004) y Lapalma (2001). Para terminar formando la posible utilidad que generaría éste saber, revisando a los

mismos autores, pero generando un análisis desde las propuestas establecidas por Rose (2007) y Sandoval (2009).

### 3. Continuidad/Discontinuidad en la Intervención Social

En el tercer y último eje a profundizar se plantean lineamientos sobre las posibles direcciones que ha instaurado el dispositivo de intervención social, los cuales serán comprendidos según la teoría social, como cambio, reforma y transformación. Para esto se revisaron los autores ya mencionados y se incluirá a aquellos que han enunciado de alguna manera la aspiración hacia la generación de discontinuidades en el proyecto social que establecen, revisando a Manrique (1982), Vernís (2003), Du Ranquet (1996), Froufe (1997), Netto, Rodríguez y Rudolf (2001) y Cerullo y Wiesenfeld (2001). Para la comprensión más detallada del concepto de cambio, reformismo y transformación se utilizó a Etzioni, A. y Etzioni, E. (1998), además de comprender el proyecto o los proyectos de sociedad, utilizando el concepto de utopos, rescatando a Bajoit (2003) en sus postulados.

## **3.6 Operaciones de análisis**

En lo que sigue, se procederá a establecer las operaciones de análisis que se verán reflejadas en el desarrollo del cuerpo teórico para la tesis, las que estarán en relación a los distintos objetivos planteados con anterioridad.

Capítulo 1, Emergencia del dispositivo de Intervención social: En este primer eje se busca hacer una *síntesis* del desarrollo histórico que posibilita la

emergencia del dispositivo de la intervención social. También realizar una *sistematización* de los argumentos planteados para sostener la concepción de lo social que sirve de depositario de los problemas “sociales”. *Elaborando* también un marco comprensivo sobre el dispositivo de la intervención social, lo que posibilitaría establecer ciertos límites del concepto de intervención social.

Capítulo 2, Saber e Intervención social: Para el segundo eje se realiza una *sistematización descriptiva* de acuerdo a las maneras de comprender el saber dentro del dispositivo de intervención social. Se *identifican* posibles construcciones de sujeto, a partir de la concepción de saber que se refleja en el interior del dispositivo. Para terminar *examinando* las utilidades o lo que produce en la intervención misma, las relaciones de saber que establece, tomando en cuenta planteamientos críticos frente a la forma del saber experto y sus producciones.

Capítulo 3, Continuidad/Discontinuidad en la I.S: En este último eje, se realiza una *síntesis descriptiva* sobre las proyecciones que establece la intervención social, en tanto proyecto de generar discontinuidades. Se *identifican* distintos proyectos de sociedad, de acuerdo a lo establecido por los planteamientos de la intervención social, agrupando las distintas concepciones de sociedad que podría permitir *ubicarlas* en proyectos de continuidad/discontinuidad. También se expresa el *análisis* de las posturas anteriormente citadas, para comprenderlas en lo continuo y/o discontinuo.

## **4 DESARROLLO TEÓRICO**

### **4.1 Capítulo I: Emergencia del dispositivo de Intervención social**

#### **4.1.1 Introducción**

La intervención social se va comprendiendo en el aparecer de la Modernidad, siendo parte del proyecto de sociedad que trae consigo, pues son momentos en que la emergencia de las ciencias sociales y los problemas sociales comienzan a tomar forma. Ambos elementos permiten la articulación del dispositivo de intervención social, fundamentando la necesidad, urgencia y utilidad de la intervención. De esta manera la lectura que se realizará de este dispositivo se entiende desde lo sociohistórico, haciéndose necesario, como primer momento, revisar la emergencia de la *cuestión social* como un marco posible, que permite y fuerza su aparecer. En un segundo momento, para el desarrollo de la investigación y no como consecución histórica lineal, se abordará la emergencia de *lo social*, presentado desde la construcción del concepto y su pertinencia para la comprensión de la intervención social, ya que permitiría constituir un campo sobre el cual se asentaría la intervención. Por último, luego de haber hecho el recorrido apropiado, se articulara la idea de *intervención social como dispositivo*, revisando los posibles fundamentos comprensivos que le darán cuerpo a la investigación.



El tema de la *cuestión social* nace como concepto para ciertos fenómenos ocurridos en el S. XIX, -que cada vez más-, van necesitando ser nominados bajo un mismo criterio, otorgándole comprensión y forma, para luego reclamar la figura de la intervención social. Aquella exigencia se vuelve un punto clave, pues la intervención se comienza a vislumbrar en un contexto social de movimientos obreros reivindicativos con respecto a las desfavorables condiciones de vida que acontecían por aquellos tiempos. Es un momento en que aquellos problemas son visualizados como un impedimento al constante progreso que se estaba instalando en las sociedades modernas.

Aquel espacio en que se visualizaría “la cuestión social” dirá relación con la emergente concepción de “lo social”, gracias en gran parte a la producción científica -del ara de lo social- como campo de estudio para la disciplina sociológica y que permitiría la comprensión de aquellos espacios de los cuales no podría ocuparse ni la economía ni la política. Es así que emprende la ardua y costosa tarea de instalar múltiples dispositivos, en este caso el de la intervención social, el cual comienza a ser solicitado, exigido, comenzando a echar raíces para su productivo futuro.

El proyecto moderno, traerá así aparejado un soporte necesario para mantenerlo, viéndose reflejado en las ciencias sociales, el conocimiento que este genera, los parámetros que establece y las técnicas que pone en acción, volviéndose necesario el perfeccionamiento de los distintos dispositivos que sostienen a nuestras sociedades, revisando en esta ocasión, con motivo de la investigación a la intervención social.

### **4.1.2 La Cuestión Social**

Los fenómenos ocurridos en la mencionada cuestión social, tendrán relación con los problemas expresados en un sector de la sociedad, coherentes con las cada vez más evidentes desigualdades económicas instauradas con mayor fuerza por el nuevo modelo económico que se instalaba. Los problemas se traducían en: una alta mortalidad infantil, condiciones precarias de trabajo, hacinamiento en ranchos o viviendas obreras, desmoralización de la clase trabajadora, altos índices de alcoholismo y vagabundeo, siendo la manifestación del “desorden social” que se vivía por aquel entonces. Ahora bien, si el problema se manifestaba en el sector asalariado o la clase de trabajadores obreros, esto no quedaba circunscrito sólo a aquel sector, pues se vio la sociedad entera afectada, declarándose desde distintos puntos de vista y puntualizando en diferentes problemáticas, lo que acontecía por aquel entonces.

Es en el escenario de los problemas sociales ocurridos, luego de grandes movimientos manifestados por la masa obrera y el rigor con que distintos personajes exigirían la reforma, que el Estado desde sus políticas comenzará a intervenir, para replantear así el nuevo orden social.

La tarea de la política social consistirá, a partir del siglo XIX, en apuntalar esta estructura demasiado frágil del libre contrato de trabajo. La libertad que favorecía a las empresas era demasiado fuerte, demasiado salvaje, para quienes sólo podían sufrirla. La libertad y el

individualismo triunfantes llevaban consigo un rostro de sombra, la *individualidad negativa* de quienes se encontraban sin vínculos y sin apoyo, privados de toda protección y de todo reconocimiento. El Estado social se construyó como respuesta a esta situación (Castel, 2004, p. 32).

Convirtiéndose el Estado en el acompañante de aquellos que se encontraban desvinculados de una “red de protección”, pues las condiciones deplorables que generaban la situación laboral del nuevo modelo económico sólo reproducía relaciones aisladas de lo más humano, tendiendo a la satisfacción de necesidades básicas, pero desfavoreciendo aquellas que posibilitan la vinculación entre los otros, dándole forma oficial a lo que hemos y han llamado, “cuestión social”.

#### **4.1.2.1 Cuestión Social en Chile**

Es así, que a partir de las diferentes problemáticas acontecidas a finales del siglo XIX, la cuestión social comienza a tomar cada vez más forma y visibilidad, haciéndose necesario que se abordara de forma seria, con instituciones a su cargo e intelectuales que desarrollaran el análisis sobre los problemas que suscitaba y la posible solución de ellos.

Para detallar de mejor manera la manifestación y el desarrollo de la cuestión social, nos detendremos en el caso chileno, de esta forma quedará

expresado más detenidamente los procesos y discusiones que se llevaron a cabo en la plenitud del debate frente a la cuestión social<sup>1</sup>.

Según Sergio Grez Toso, historiador chileno, el fenómeno de maduración de la industrialización en Chile a fines del Siglo XIX, propicia uno de los mayores momentos históricos en que los problemas sociales existentes se tornaban insoportables, estos problemas y según la prensa de la misma época eran “condiciones de vida, salarios, emigración de peones al extranjero, mendicidad, inquilinaje, mantención del orden social, situación y relaciones entre las diferentes clases, etc.” (1997, p. 10), como la manifestación de un “desorden” generalizado.

Se comienzan a visualizar, según Orrego Luco (1884), las condiciones en las que vivía el “bajo pueblo” en una cierta desconexión con los valores que imperaba o se intentaba instaurar en aquellos tiempos –aunque no se distancie mucho de los actuales- y que resultaba preocupante.

Mientras el bajo pueblo esté sumergido en la miseria, mientras viva en la promiscuidad horrible de los ranchos, no solamente tendremos condiciones físicas que hagan inevitable la mortalidad de los párvulos, sino también un fenómeno más grave, la falta de

---

<sup>1</sup> El desarrollo de la cuestión social en Chile, sólo pretende dar detención y mayor profundidad (dentro de la superficie en que se desarrollará el tema) a la noción de la cuestión social y las discusiones presentadas. Nos detendremos aquí, pero esto no significa que la investigación presente, esté situada territorialmente, pues al contrario, se dibuja y desdibuja entre libros y conceptos que han desarrollado distintos autores que han escrito sobre intervención social.

sentimientos de familia en que nuestra sociabilidad se halla basada (Orrego, 1884, p. 35),

otorgándole a la forma de la familia, el lugar de institución más básica e imperante que instituiría las bases de valores necesarios, del cual estaban faltos aquella masa obrera que se desplazaba e instalaba en la ciudad. Esto llamaba a la preocupación y necesidad de transformar para el bien común, como proyecto político dirigido hacia una sociedad estable, homogénea y ordenada.

En cuanto a la pedagogización moral que se debía aplicar sobre este pueblo “huérfano”, “abandonado” y “pobre”, se daba prioridad a los sentimientos de patria, nacionalismo, valores de antaño, pero anhelando el progreso. Y los deberes se dirigían a cuidar de la limpieza y abandonar “malas” prácticas. Con esto es que la clase trabajadora podría avanzar hacia una equidad y podrían solucionarse gran parte de las problemáticas.

Considerando el lugar que ocuparon distintas disciplinas y técnicas en el desarrollo de la cuestión social, es importante rescatar qué fue aquello que propicio las discusiones desde los profesionales intelectuales.

A comienzos del siglo XX surgió un grupo de intelectuales que por su origen y tipo de educación no se identificaba con los sectores tradicionales. Vinculados a la docencia, a la medicina y otras profesiones, sus posturas eran abiertamente críticas al sistema político y social imperante especialmente eran críticos de la clase en manos de la cual estaba la dirección del país (Cruzat y Tironi, 1987, p. 11),

así se posicionó sobre todo desde el discurso de los abogados, médicos, políticos y educadores quienes abiertamente, no estarían en acuerdo en la manera que se dirigía el país. Desde éstos lugares es donde se discutió y tomo forma la “cuestión social”, dándoles los contornos y límites sobre lo que fue su comprensión y las medidas llevadas a cabo.

Algunos de estos intelectuales situaban la cuestión social desde la tensión existente entre la clase dominante (rica) y los dominados (pobres), siendo éstos últimos quienes exigían una cierta reivindicación de sus derechos como trabajadores, aspirando a la igualdad en condiciones, a través de

huelgas, revueltas, incendios, paro forzado de industrias, intervenciones del poder público con la fuerza armada y, aún más, en el auge de las asociaciones obreras de resistencia y el desarrollo siempre creciente de la representación obrera parlamentaria, de tendencia socialista o por lo menos anticapitalista (Cruzat, Tironi, 1987, p. 5),

los intelectuales se mantenían organizados e instruidos, aspirando hacia un modelo de sociedad más justa a partir de la asociación de la clase proletaria. Ante estos hechos, desde la corriente religiosa se expresaba el equívoco en el cual se encontraba la clase trabajadora por la ignorancia en su condición natural, “la causa de la anomalía social radicaba en el desconocimiento de la constitución natural-providencial- de la sociedad y por tanto el desorden provendría de la pretensión de aplicar la igualdad a la economía y sociedad” (Cruzat y Tironi, 1987, p. 7), por

tanto desde esta corriente, la situación se solucionaba en educar moralmente a los pobres y la sociedad, conforme a valores como la caridad y dignidad, pero dentro del marco que le correspondía a cada individuo, sin posibilidades de transformar o cambiar en algo la situación, pues hay posiciones que son dadas naturalmente y el querer salir de ello demostraba la falta de conocimiento del dictamen de cómo deberían ser las cosas. Esto marca un enfoque fundamentalista, naturalista y universalista en la visión sobre los hombres.

Desde una corriente radical se le asignó mayor importancia al Estado en la solución de las problemáticas que afectaban a los trabajadores y el país, donde se declaraba que el problema y las causas de la “cuestión social” radicaban en el abandono de los pobres, quienes estarían en condiciones deplorables. Se describía al Estado como el encargado de superar éstas problemáticas, “el elemento clave para superar la situación era el Estado; los proletarios requerían de la protección del Estado para luchar en un plano de igualdad con los más fuertes de la sociedad” (Cruzat y Tironi, 1987, p. 10). El Estado se vuelve un actor clave para acceder a una mayor igualdad, pues tendría que proveer lo necesario para la satisfacción de las necesidades de los desfavorecidos y velar que ello ocurriese, aspirando a una mayor justicia social. Quien también ponía la solución de la cuestión social en el Estado, más precisamente el gobernante, será el educador Alejandro Venegas, haciendo un llamado a

una búsqueda de soluciones por la vía de plantear los problemas con miras a implementar las reformas y leyes laborales

pertinentes. Venegas manifestaba, por consiguiente una confianza en el gobernante, quién a su juicio debía tomar las medidas del caso para cambiar la situación. Asimismo revelaba la urgencia de actuar para prevenir la catástrofe, con lo cual se ubicaba ciertamente entre aquellos que temían el desarrollo de un conflicto social y solicitaban de la autoridad una gestión preventiva y de recaudación (Cruzat, y Tironi, 1987, p. 13).

Desde una corriente demócrata, se reconocían las malas condiciones ubicando la solución en el pueblo mismo, o sea ya no sólo la clase trabajadora o el Estado solamente, sino la sociedad desde el concepto pueblo, plasmándose al instante de conceptualizar desde la noción de pueblo, la acción colectiva para conseguir un objetivo que tendrían en común (Seguín, 2010), lo que al parecer pierde impronta frente a los fenómenos que irán acaeciendo. La apuesta política a la que hacía alusión la corriente demócrata trazaba la importancia de considerar un diagnóstico devastador de la sociedad completa, ya dejando la exclusividad de las malas condiciones laborales de lado, pues aspiraban a una transformación de la sociedad. Quien representa con más claridad esta corriente, del lado socialista, fue Malaquías Concha, abogado de profesión y que por tanto tenía una visión más política del actuar que se debía llevar a cabo, “se abocó a platear ideas y tareas concretas, en el marco de una transformación global del sistema político, social y económico imperante” (Cruzat y Tironi, 1987, p. 18), situando a los trabajadores como ciudadanos, habiendo un giro conceptual en la forma de comprenderlos. Desde allí es que la lucha por la libertad e igualdad cobran un sentido más bien



político, teniendo cada vez más cabida el marco de la modernidad al cual se ingresaba de manera estrepitosa.

Si bien, la cuestión social desde distintos personajes intelectuales y corrientes ético-políticas se enmarcó como una necesidad de: la intervención del Estado para apropiarla como un proyecto político; como un estado natural de los hombres; o como la necesidad de transformar la sociedad en su conjunto, es importante evidenciar que nace más bien como el rastro de un problema económico, siendo la preocupación principal mejorar las condiciones laborales, lograr mayor estabilidad económica y disminuir un tanto la brecha de desigualdad. Es así que se va convirtiendo en un asunto “social”, que no olvida las condiciones “indeseables” de vida que existían entre los obreros, fomentando el orden, limpieza y adhesión a los valores que promovía la nueva forma de sociedad que se estaba instalando.

Para generar evidencia técnica, darle realce y otorgar posibles soluciones que se ajusten a datos concretos sobre la cuestión social, la estadística cumple un rol fundamental, apareciendo discursos que se fundamentarán en:

(...) una cuestión social amenazadora y peligrosa, que reclama la más seria atención del estadista; para poder afirmar que atravesamos una situación en que la corriente de emigración y la enorme mortalidad de nuestros párvulos son dos válvulas que nos impiden caer en un estado más grave todavía; para poder decir que el proletario se está constituyendo á nuestra vista, y que delante de

nosotros se desorganiza la familia en los ranchos y se destruye el equilibrio de los sexos (Orrego, 1884, p. 45),

permitiendo que, a partir de los datos que arrojen estos estudios se vea la importancia y trascendencia de los problemas ocurridos y se consideren los riesgos que tendría la sociedad si no se los tomase con la urgencia merecida. También aportaría a la transformación de la gestión política, creando un diseño de políticas de protección social y avanzando hacia un Estado interventor. Pero además, se debe considerar que los datos arrojados por la técnica estadística se instauran como un saber privilegiado, efectivo y que arroja datos “reales” sobre lo que sucede, por tanto dato objetivo para la toma de decisión que persigue. Encontrándonos ya, con el posicionamiento del conocimiento técnico y científico que impera hasta nuestros tiempos.

Este saber que produce la estadística permite exigir un tratamiento sobre lo expresado por el dato arrojado, hacer algo, darle solución. Por esto, los antecedentes que emerjan del estudio estadístico constituirán el respaldo hacia la necesidad de “intervenir para ayudar con mano vigorosa el establecimiento de nuevas condiciones económicas y nuevas condiciones morales, que nos saquen de la atmósfera en que las bajas capas sociales ahora se sienten asfixiar” (Orrego, 1884, p. 46), postulando al bienestar moral y económico de la clase trabajadora, los que se podrían concretar mediante la agudeza de una intervención eficaz.

Se aprecia entonces, que se irá demandando cada vez más, la figura de un Estado interventor, como ente regulador de la situación de los trabajadores y sus

horas de trabajo, accidentes laborales, previsión, etc., pero por sobre todo, porque esta situación afectaba a la sociedad entera en el entendido de la creciente y prometedora economía en el proceso de industrialización,

(...) la “cuestión social” no radicaba en la existencia de pobres, ni en sus expresiones más manifiestas, como el conjunto de problemas sociales asociados a vivienda, mortalidad infantil, prostitución o alcoholismo, sino mas bien en que esa pobreza ya no afectaba a esa masa anónima y excluida de la sociedad, como en el siglo XIX, sino al sector que debía constituirse en la mano de obra del proceso modernizador, el proletariado o en vías de proletarización (Yañez, 2008, p. 86).

Este es un punto clave a la hora de hablar de la cuestión social, pues los problemas de aquella índole existían hace mucho; la pobreza, escasas condiciones laborales, hacinamientos, alta mortalidad, vagabundeo, enfermedades, etc. Lo que deja de manifiesto que lo “social” adquiere forma, en tanto emerge desde la relevancia que comienza a dársele a un grupo o dinámicas que antes eran invisibilizadas, pues se perfila (lo social) como parte del proyecto moderno, siendo motor para su funcionamiento. Así mismo, se re conceptualiza la visión de la sociedad desde el lazo social y la integración social, meta a la cual habría que dirigirse. De este modo se comprende la impronta de la cuestión social, ya que debilitaba aquel proyecto, por las condiciones existentes en el grupo de obreros,

haciéndose necesaria su visibilización, para darles importancia y urgencia de solución.

A esto hace referencia Orrego Luco cuando dice:

(...) desde hace cuarenta ó cincuenta años principió á aparecer el *peón forastero*, esa masa nómada, sin familia, sin hogar propio, sin lazo social, que recorre las haciendas en busca de trabajo. Esa masa flotante no echa raíces en ninguna parte, no tiene nada que la ligue, y constituye la fuerza y la debilidad de Chile, su miseria adentro y su grandeza afuera (1884, p. 37),

reflejando la importancia de concebir la institucionalidad del “lazo social”, siendo una preocupación constante aquella masa obrera que pone en tensión a la sociedad entera, pues como dice el autor, muestra la debilidad del país. Pero más que esto, tal vez se podría pensar en el ensamble existente entre la cuestión social y el lazo social, que cada vez va tomando mayor protagonismo, permaneciendo en los discursos que se irán desplegando más adelante, los que tendrán completa relación con lo social.

Esta transformación en la sociedad se ve manifestada sobretodo en una concepción de lo humano,

(...) cambio que alcanzó hasta las profundidades más íntimas del alma salvaje de los hombres, operando una transformación silenciada é invisible, pero indeleble. Esa aparición del mundo

civilizado marca una época en la vida de los pueblos que sólo habían conocido la miseria (Orrego, 1884, p. 41),

constituyendo al hombre como un salvaje que “evoluciona” hacia lo civilizatorio. Siendo esta noción la que marca un fundamento para la concepción positiva de los procesos que acontecían, pues se iba avanzando a un nuevo mundo percibido como mejor, cuestión consonante a lo que dirá la intervención social.

En síntesis, el clima de este periodo exigía una intervención eficaz para la solución de las problemáticas ya revisadas, pero por un lado, el Estado sólo ocupaba un lugar de espectador, pues estaba preocupado del avance económico; por otro, las intervenciones que se realizaban, o eran en términos de disciplinamiento a los sectores populares, o de intervención filantrópica, en donde “los llamados visitantes del pobre, fueron por lo general mujeres de la burguesía urbana acomodada, predominantemente solteras, con un nivel de instrucción más bien elevado y animadas de una clara voluntad reformadora” (Varela, Alvarez-Uria, 1997). Por tanto, la base para el ejercicio de lo que se realizaba con los más pobres se trataba del encauce para el buen comportamiento, mediatizado por obras de caridad y educación moral, estableciendo valores de decencia y orden.

En cuanto al papel del Estado y considerando los distintos agentes presentes en la discusión de la cuestión social, ya se podía escuchar entre los intelectuales de la época, como es que consideraban el mejor posicionamiento de las políticas de Estado,

todavía del ineludible imperio de esas leyes se deduce que al hombre de estado no les es lícito encerrarse dentro del marco de fierro de una fórmula preestablecida y absoluta, sino que en cada país y en cada caso debe buscar una fórmula especial en armonía con sus condiciones materiales y morales. La única fórmula aceptable es no tener ninguna, y mirar con suprema desconfianza esas panaceas políticas con que se pretenden curar todos los males (Orrego, 1884, p. 23).

Se hace hincapié en la diversidad y distribución de la naturaleza a la que el país estaba expuesto, por esto las problemáticas serían distintas y las soluciones también, buscando algún tipo de criterio territorial y situacional sobre los problemas a los que estaban afectos aquellas poblaciones y tratando de no universalizar la respuesta a las distintas necesidades.

Por lo tanto, la preocupación, al realizar esta lectura, pareciera estar puesta en la posible pérdida de la proximidad del lazo social, sobre todo porque el “bajo pueblo” mostraba la cara de la “asocialidad” potencial. “La cuestión social puede caracterizarse por la inquietud acerca de la capacidad para mantener la cohesión de una sociedad. Amenazan con la ruptura ciertos grupos cuya existencia hace vacilar la cohesión del conjunto” (Castel, 2004, p. 29). Es así que queda de manifiesto la preocupación que existía, fuese intelectual o de otro tipo, frente a los problemas que mostraban a una sociedad en “desorden”, “suciedad”, “desorganizada”, “desmoralizada” y con altos índices de desigualdad, quedando

expresado en la cantidad de producción teórica realizada por aquellos años respecto al tema.

Las problemáticas que dan origen a la cuestión social fueron tomando cada vez más fuerzas, pues se veía la posible desestructuración del proyecto social al cual se estaba adhiriendo, aquel que tenía relación con las sociedades industriales, ingresando al sistema económico más brutal conocido, el liberalismo. Aunque más allá de esto, se trata de mantener a la sociedad como una totalidad ordenada y estable, sumergida en la concepción la cohesión social, dando así el soporte suficiente para “lo social”.

### **4.1.3 Lo Social**

Como se ha ido revisando, la intervención social va adquiriendo forma en un determinado momento, por cierto que sociohistórico, el cual responde al período de la Modernidad. Es allí que se va perfilando una concepción, distinta a la existente en momentos anteriores, sobre la sociedad como homogénea o que homogeniza para mantener cierto tipo de orden y cohesión social, permitiendo la aparición de “lo social” como concepto, como forma, como dimensión posible.

La intervención social, de acuerdo a las muchas transformaciones que se van dando, perfilará hacia la transformación de situaciones que se volvían insoportables en la sociedad, un ejemplo de ello es lo que se vio expresado en el punto anterior. Es así que “la intervención supone alguna forma de búsqueda de respuestas a interrogantes eminentemente sociales; por lo tanto, debería producir modificaciones en relación con la cuestión puntual en que es llamada a actuar”

(Carballeda, 2002, p. 95), o sea, en lo social. Con esto, será desde el lugar de la intervención donde se darán respuestas a cuestiones que afectan “lo social”, tomando en consideración espacios locales, históricos y situados, pero de la misma forma haciendo una lectura más global. Así, se podría pensar que la intervención tendría una mirada dicotómica del funcionamiento de la sociedad, haciendo distinciones entre lo micro y lo macro, incluso con cierta anchura de pecho se nombran las intervenciones que toman en cuenta los espacios micro sociales<sup>2</sup> en relación de oposición con lo macro social, donde ambos, por cierto se pondrían en oposición a lo que se ha dado por llamar natural.

Por lo tanto, lo social vendrá a ser el lugar sobre el cual actuará la intervención, donde se evidenciaría aquello de lo que se preocupa la intervención, social sobre todo como depositario del problema, social como lugar desde el cual se da respuesta a los fenómenos sociales, social entendido como dimensión, cuestión que se verá a continuación.

#### **4.1.3.1 Lo Social como dimensión**

¿Es posible ubicar algo en lo social? Al comprenderlo como dimensión sí se torna posible, pues se delimita el espacio donde ocurrirían ciertas dinámicas,

---

<sup>2</sup> O lo que se llamará espacio comunitario, que se presenta como contrapartida a lo social. Comunitario como espacio local, pequeño, con dinámicas propias y distintas a lo social, lo que se verá expresado más adelante sin querer detenernos en aquello, pero mostrando un límite con lo social. Es allí donde cobra importancia.



relaciones y problemas que se vuelven “reales”, “tangibles”, “palpables”, “visibles”, “trabajables”, “intervenibles”, en tanto sociales.

Lo social desde hace un buen tiempo ya, ha venido a operar como adjetivo que da cierta especificidad a la palabra que lo acompaña, como en este caso es la “intervención social”. Es de esta forma que llama la atención y se vuelve necesario detenerse en tan conocido concepto.

Esta especificidad se dirige hacia las relaciones entre los individuos, montando la figura de seres autónomos, independientes, que se relacionan en un medio que sería social, reificando el vínculo social o el lazo social como dominante en esta dimensión.

Al considerar lo social como dimensión, se hace alusión a un espacio concreto sobre el cual operarían ciertas cuestiones específicas y que tiene cabida en la medida que responden a las características de aquello llamado social.

Cuando los científicos sociales agregan el adjetivo “social” a algún fenómeno designan un estado de cosas estabilizado, un conjunto de vínculos que, luego, podrá ser puesto en juego para explicar algún otro fenómeno (...), pero surgen problemas cuando “social” comienza a significar un tipo de material, como si el adjetivo fuera comparable en términos generales a otros calificativos como “de madera”, “de acero”, “biológico”, “económico”, “mental”, “organizativo” o “lingüístico. (Latour, 2008, p. 13),

dándole a la operación de “social” características que sólo acompaña, en este caso a la intervención. Social vendrá a explicar el fenómeno social, queriendo decir todo y nada a la vez, sustituyendo otros espacios, como el económico, político, cultural, histórico, etc., queriendo explicar una diferencia que si bien puede existir, se vuelve inexistente, pues ya no dice nada.

Según Bruno Latour (2008), lo social se ha ido comprendiendo y trabajando desde una concepción que aboga por un contexto social en el cual ocurrirían ciertos fenómenos no necesariamente sociales, siendo el contexto social lo que serviría de soporte para lo que ocurre sobre ello. Sería, como se ha revisado más arriba, un dominio concreto y específico de la “realidad”, por tanto una dimensión real, delimitada, contorneada y con especificidad. Este dominio podría explicar causalmente lo que otros dominios no pueden explicar, ya sea porque no les compete o porque no es suficiente el conocimiento que producen, viéndose delimitado en su propio campo de acción y dando la posibilidad para que aparezcan los especialistas de lo social, quienes estudian y se abocan a ese espacio particular. Por lo tanto, los agentes comunes, o sea cualquier persona, como vive y está atravesado por lo social tendría cierta incapacidad para hablar de él -menos interpretarlo-, por lo tanto la existencia de los especialistas en el área serían aquellos que podrían dar cuenta de lo que ocurre en el mundo común. El estudio que realizan los especialistas, gracias al uso de herramientas cuantitativas, que manejan los científicos sociales, puede dar cuenta de manera objetiva sobre este mundo, no importando la dificultad de ello. Ahora, si a pesar de esto, no se pudiese llegar al conocimiento verdadero y objetivo, se deben crear nuevos

métodos que tomen igualmente en cuenta los aspectos subjetivos, sin abandonar la racionalidad y seriedad de los estudios científicos. Y por último, cuando se hace necesario que un experto en lo social se haga presente y traspase parte de su conocimiento para el cambio social, podría tener alguna relevancia política, pero sólo cuando se acumule suficiente conocimiento.

Ésta ha sido la concepción y el manejo que se ha tenido de lo social en el último tiempo, lo que ha posibilitado un marco posible para enraizar lo social y la intervención social, pues estabiliza, mantiene, concreta la comprensión y la práctica interventora, lo que así mismo ha permitido el estancamiento en las preguntas sobre tan importante tema.

La estadística social, luego la sociología y todas las ciencias sociales jugaron su papel en estabilizar lo social como un dominio sui generis, cuya realidad ya no podría ser ignorada. Simultáneamente, las fuerzas políticas articularían sus demandas al Estado en nombre de lo social; la nación debería ser gobernada en nombre de los intereses de la protección social, la justicia social, los derechos sociales y la solidaridad social (Rose, 2007, p. 115).

#### **4.1.3.2 Lo Social como Campo**

Al hacer un vuelco en el análisis desde lo “social” para ir sobre él, aparecen nuevas aristas que permiten su comprensión. Es así que se situará la

agudeza sobre tal concepto, estableciendo una lectura histórica y actualizada de lo “social”, donde se presenta la forma de mirar que ha permitido tal concepto, cubriendo pequeños intersticios y miradas globales desde tal perspectiva.

#### **4.1.3.3 Historicidad del concepto**

Lo social ha devenido en los albores de la modernidad, incluso se aprecian sus pistas a medida que él mismo va tomando forma. Este concepto

(...) de reciente formación y de importancia creciente, lo social: ha surgido un nuevo paisaje. Como los contornos de ese dominio son borrosos, en principio, debemos reconocerlo por su manera de formarse, a partir de los siglos XVIII y XIX, por su manera de esbozar su propia originalidad, con relación a sectores más antiguos, sin perjuicio de actuar sobre ellos y distribuirlos de otra forma (Deleuze, 1979, p. 233).

Nos presenta una nueva manera de comprender cierto tipo de fenómenos, incluso tipifica estos fenómenos con ayuda ciertamente de las ciencias. Acontece desde su apareamiento en nuevas prácticas, nuevas fracturas, marca un quiebre, por tanto disloca sobre la misma comprensión del mundo y el desarrollo que éste irá teniendo. La afirmación que lo social es un producto histórico, se ve también fundamentada cuando se enuncia “lo social” fue inventado por la historia y atrapado por las pasiones políticas” (Rose, 2007, p. 114), por lo tanto “lo social”

no ha existido siempre, no sería parte de las características humanas, como en algún momento se enuncio o como se suele creer desde el “sentido común”, sino más bien es una construcción que se esboza por ciertos fenómenos ocurridos en la historia, que ve necesario conceptualizar lo que va ocurriendo para darle un encauce y poder delimitar, ordenar, direccionar lo acontecido, creando además un proyecto de sociedad. Es de esta forma que desde la política, para escapar de la soberanía e instalar la democracia, hace uso de “lo social”, lo que permite instalar la individualidad, responsabilidad, solidaridad, derechos, pero que están primeramente atravesando a los individuos en su “ser social” o en tanto “habitan lo social”.

Si bien, se inaugura como una cierta distinción, con límites precisos, en la actualidad se ha ido volviendo cada vez más nebuloso. Lo social se formo como

(...) aquel ámbito de preocupación por la percepción de la persona en los beneficios de un sistema, por lo cual estamos hablando de un dominio que se legitima por la distancia que toma de lo político y económico (...) Su legitimidad, por lo tanto, estuvo dada por la promoción de un discurso de integración y su preocupación por los excluidos de la sociedad (Yañez, 2008, p. 18).

Este nuevo escenario sobre el que se manifiestan o se da forma a fenómenos específicos, llega a tener una cabida tal, que pareciese cubrirlo todo, abarcarlo todo, teniendo una figura totalizante de lo que refiera a las dinámicas de la sociedad.

Así, cuando llega a abarcarlo todo, a decir todo, se acerca a su límite más oscuro, llegando incluso a desaparecer o a aparecer por sobre todo.

La energía ininterrumpida de lo social desde hace dos siglos le llegó de la desterritorialización y de la concentración bajo instancias cada vez más unificadas. Espacio perspectivo centralizado que da sentido a todo lo que se inserta en él por simple convergencia sobre una línea de fuga al infinito (como el espacio y el tiempo, lo social abre en efecto una perspectiva al infinito). No hay definición de lo social más que en esa perspectiva panóptica (Baudrillard, 1978, p. 173).

Siendo así, lo social pasa a ser parte de una comprensión del mundo, de la explicación que se da en nuestro vivir juntos, por tanto es también una perspectiva política de cómo se administra la vida y se organizan las poblaciones. Al realizar una lectura desde lo social o de los efectos producidos al mirar desde allí, se envuelven cada dinámica ocurrida en nuestras sociedades, propicia el ser escurridizo, pues operaría como punto ciego, permite ver pero no ser visto<sup>3</sup>. He allí la dificultad en componer sus hilvanadas.

---

<sup>3</sup> Idea de “perspectiva” instalada por Ignacio Martín-Baró en el texto “Psicología Social desde Centroamérica: Acción e Ideología” (1983), rescatando en esta ocasión para la finalidad del análisis en esta investigación, sólo el concepto de perspectiva, que permite dar algunas “luces” para lo enunciado por Baudrillard en su concepción de lo social como espacio perspectivo.

Para Hannah Arendt lo social es eminentemente histórico, producto de la diseminación entre las esferas privada y pública en la época moderna. Lo social se convierte en una nueva esfera con características de las esferas antes mencionadas pero sin distinciones claras, apareciendo en la mezcla entre ambas,

(...) la emergencia de la sociedad –el auge de la administración doméstica, sus actividades, problemas y planes organizativos- desde el oscuro interior del hogar a la luz de la esfera pública, no sólo borró la antigua línea fronteriza entre lo privado y lo político, sino que también cambió casi más allá de lo reconocible el significado de las dos palabras y su significación para la vida del individuo y del ciudadano (Arendt, 2003, p. 48),

por lo tanto, con la naciente esfera de lo social, vendrán asociados cambios performativos para los individuos, pues se construye un nuevo mundo, una nueva forma de comprender lo que somos y de enfrentarnos a la vida, nuevas problemáticas, nuevos ideales.

En el nuevo escenario que se presenta con la emergencia de lo social, desaparece la posibilidad de acción para el hombre, siendo la conducta el nuevo foco -en términos de estímulos y respuestas-, excluyendo el accionar espontáneo, dirigiendo y normalizando las conductas de los individuos. Posibilidad del ser humano sólo como una individualidad, donde éste, como eje central de lo que ocurre en la vida en común y que es común para todos, es lo más importante, con

sus responsabilidades y solidaridades. Se irá comprendiendo a la sociedad de masas, donde el conformismo es lo que primaría,

(...) la sociedad espera de cada uno de sus miembros una cierta clase de conducta, mediante la imposición de innumerables y variadas normas, todas las cuales tienden a “normalizar” a sus miembros, a hacerlos actuar, a excluir la acción espontánea o el logro sobresaliente (Arendt, 2003, p. 51),

imponiéndose las ciencias sociales sobre lo esperado de los individuos en sociedad, mostrando éstos una conducta conformista a la dirección que deben ir tomando y siendo cada vez más escaso el bien común o el sentido de lo colectivo.

Lo que permite el esplendor de lo social es, ciertamente, la pérdida creciente del sentido que es común a todos, siendo la individualidad al alero de lo social, las que van tomando fuerzas como marco explicativo de la “realidad”,

(...) la progresión de lo social va de la mano con la lenta disolución de todas las instancias que en la sociedad –familia o movimiento obrero, por ejemplo- tendrían a comportarse como sujetos de la historia. Hasta tal punto que incluso se ha vuelto difícil hablar simplemente de la sociedad como no sea bajo una forma de alguna manera sintomática, como residuo que se hostiga o fantasma que se alucina (Donzelot, 2007, p. 11).



Este nuevo marco que se va manifestando está directamente relacionado como un asunto político, como una forma de administrar la vida de las personas, ahora como individuos, de ciudadanos libres y sujetos a derechos, “lo social aparece como una invención necesaria para hacer gobernable a una sociedad que ha optado por un régimen democrático” (Donzelot, 2007, p. 12), con una forma política particular que va estableciendo nuevos escenarios, nuevas problemáticas junto a sus soluciones.

Pero esta forma particular de comprendernos, según algunos autores, ha ido perdiendo sentido, los lazos sociales ya no logran explicar las dinámicas actuales, al menos ya no cubre las relaciones, quedando el enunciado en términos de residuo de su tan gloriosa existencia,

(...) el objeto “sociedad”, en el sentido que se le comenzó a acordar en el siglo XIX (la suma de los lazos y las relaciones entre los individuos y los acontecimientos económicos, morales y políticos, dentro de un territorio más o menos gobernado por sus propias leyes), también ha comenzado a perder su auto-evidencia, y la sociología, como el campo de conocimiento que ratificaba la existencia de este territorio, experimenta una suerte de crisis de identidad (Rose, 2007, p. 113).

Así, lo social ya comienza a perder sentido, claridad, influencia si se quiere, entonces ¿qué cabida tiene, en este marco, la intervención social? ¿Por qué desde trabajadores del área social se le defiende con tanto ímpetu?

Lo social ha ido mutando, su significación y proyecto político que traía consigo ha sufrido un quiebre, ya no se trata tanto de mantener la cohesión social con una sociedad unificada y uniforme, sino que aparecen más y más las diferencias, en múltiples y heterogéneas formas.

*Lo social* puede estar dejando paso a “la comunidad” como un territorio nuevo para la gestión de la existencia individual y colectiva, una nueva superficie o plano en que las relaciones micro-morales entre personas son conceptualizadas y administradas. No pienso que esta sea meramente una cuestión de cambios en la *jerga* profesional: es indicativo de una mutación, bastante profunda, si bien aún incierta, en las formas de pensar y actuar que solían desarrollarse a través de un lenguaje *social* (Rose, 2007, p. 117).

Esta nueva forma de caracterizar los fenómenos, es lo que va dando su comprensión y categorización, además de su proyección política, temas a trabajar y formas de problematizar, por tanto la “intervención social” se va viendo enfrentada a nuevos fenómenos y nuevas perspectivas desde las cuales se da curso a la intervención y los problemas que trae aparejada.

Lo social como red que interconecta distintos ámbitos se ha ido desdibujando para darle paso a otros acontecimientos,

lo social formado como un complejo plano de interconexión entre líneas de fuerzas menores y diversas, cambia en relación con: el conocimiento, los dispositivos de mapeo de poblaciones y de sus

vicisitudes, las prácticas de regulación y las sendas de acción y cálculo diseñadas, las problematizaciones contingentes, así como las reformulaciones éticas y políticas (Rose, 2007, p. 118).

Una nueva forma de gobierno es la que va tomando forma junto a “la comunidad”, junto a ella y para ella, de esta forma se administra la vida de los sujetos, desde múltiples lugares que van en sintonía a la identificación de los propios sujetos, por tanto se vuelve más gobernable. Además, los residuos dejados por lo social y aquello que no logra resolver será tomado por este nuevo concepto y nueva forma de comprender lo colectivo, administrando diferentes y más intersticios de manera técnica para mayor inteligibilidad, solucionando los problemas o gobernando mejor a los sujetos y poblaciones.

#### **4.1.4 Dispositivo de la Intervención Social**

##### **4.1.4.1 Delimitando el Concepto**

La palabra intervención viene del latín *interventio*, lo que quiere decir algo así como, “acción y efecto de *venir entre*”, entrometerse, interponerse, ponerse entre dos cosas, situaciones o momentos que se manifiestan, en este caso, en lo social. En esta aproximación inicial, se dibuja una primera comprensión sobre la intervención, en que supone una dimensión preexistente a ella, que se irá determinando como “lo social”. La intromisión que realizaría la intervención sobre lo social, si bien se arrima desde una relación de exterioridad, es lo que

permitiría la articulación de la intervención social. Por tanto, intervención social sería el acto de interponerse en la sociedad, pero no en cualquier circunstancia ni con cualquier característica, sino cuando se hace necesario, o sea, cuando una situación se hace insoportable, insostenible. Esta situación “intolerable” llama a *solucionar* el problema social, se crea la necesidad de dislocar sobre ello mediante el mecanismo de la intervención social<sup>4</sup>. En este mismo sentido se podría hablar de intervención *en lo social*

Una segunda aproximación generalizada de la intervención social, nos dirá que su definición misma no está cerrada, pues no hay acuerdo claro sobre ello, teniendo el peligro de llegar a significar o darle significación según el interés, lo que podría ser un riesgo al funcionar como comodín para nombrar todo aquello que se realiza en el campo de lo social, sin una distinción clara. Ahora, esto mismo, que no sea definitiva, permite que la discusión se mantenga, que se creen encuentros para reflexionar en la temática, resultando claramente ser un buen ejercicio, en tanto productor de debates y cuestionamientos, pero si se lo hace sólo centrado en las prácticas, tal vez quede “corta” la discusión, pues se la posiciona en términos de su relevancia y métodos, dejando de lado la pregunta por la *episteme*. Al hacer referencia a la episteme se indican las diferentes relaciones que se dan en el campo del conocimiento y lo que genera en otros distintos campos;

---

<sup>4</sup> Hacer referencia a la dislocación no quiere decir que esta se logre, ni tampoco es un objetivo contrastarlo en términos prácticos. Además existe la idea, algo así como la posibilidad, de ir a la realidad externa a la creación del conocimiento generado por la intervención e incluso independiente de ello, para posibilitar una discontinuidad de lo que sucede en la práctica.

así también habría un despojo por la lectura *política* que se genera en la intervención social, entendiendo que permite la organización, articulación y orden de una determinada sociedad. En este mismo sentido, si bien no existe una definición única, sus formas de comprenderla nos remiten a una naturalización en su comprensión misma, -lo que dificultaría la autorreflexión constante de la intervención social como concepto- ya que el debate actual está puesto en la mejora de las prácticas mediante los métodos que se aplicarían, tomando en cuenta las diferencias de las distintas localidades y buscando mecanismos que permitan acomodarse al lugar donde se ejerce la intervención. Al quedarse “entrampados” en aquel tipo de discusiones se deslizan las discusiones epistémicas y políticas al plano del olvido. Ahora bien, considerando que aquellas discusiones sí aportan, al menos eso quisiera pensar, es importante destacar que esta investigación no pretende menoscabar o restarle importancia, sino más bien, lograr comprender la intervención social desde otro lugar, que he considerado sí ha sido menoscabado, es decir, la pregunta por el concepto mismo, por su producción discursiva como formadora de “realidad”.

Al rastrear la “intervención social” aparece el desarrollo de su trabajo en distintas disciplinas, tales como: trabajo social, sociología, psicología, educación social, entre otros, lo que podría remitir al despliegue de su trabajo desde múltiples lugares pero enfocados en un lugar específico, éste sería “lo social”, pero ¿por qué el tema de la intervención social se ha focalizado en éstos espacios? ¿Es que no se podría pensar desde otro lugar? ¿Habría un cierto reinado delimitado desde el cual tendría que ser tratada?

Por lo mismo se hará un acercamiento sobre las definiciones más recurrentes, -en los lugares ya mencionados, como también en otros- de cómo podría comprenderse la intervención social y la dirección que ésta va tomando, aunque sin el afán de comprenderla dentro de una disciplina en específico, pues es la pregunta la importante y ésta se enmarca en el tema de la intervención social. Es así que se irá desplegando un análisis desde los distintos discursos que se vayan encontrando, que provengan de distintos lugares, haciéndolos encontrar, contraponerse, discutir en las formas que vaya desarrollando, visualizando así una cierta “realidad” que se ha ido construyendo a partir de éstos límites específicos, los cuales están atravesados por otros muchos espacios.

Se vuelve importante mencionar que la intervención social es un fruto moderno, forma parte de los elementos principales que dan sustentabilidad a la siembra y cosecha del proyecto, y además como generador de otro tipo de productos, veámoslo bien. Según Alipio Sánchez la intervención social, como producto moderno reflejaría, “quizá asimétricamente, las dos caras, positiva y negativa, del proceso modernizador” (Sánchez, 1999, p. 28). Esto se refiere a, por un lado, el intento y la persistencia en cambiar situaciones que se vuelven problemáticas

(...) encarna perfectamente el proyecto moderno de emancipación e ilustración humana, afirmando, frente al resignado fatalismo precedente, que daba por inalterables (“naturales”) las condiciones dadas, no sólo la posibilidad de alterar tales condiciones a

partir del conocimiento, sino, además, su voluntad consciente de cambiarlas para crear un mundo mejor y más humano (Sánchez, 1999, p. 28),

considerando además al participante de la intervención social como un agente activo, protagonista de sí mismo y de la intervención, teniendo metas propias aunque generalizadas, como es la búsqueda del bienestar; por otro lado, desde la vereda negativa, la intervención social formaría parte de aquello que funciona como resto de la modernización, asociado al conformismo con que se debería aceptar las condiciones y dificultades

La IS<sup>5</sup> no es sólo, pues, producto emblemático del progreso moderno, sino también personificación del retroceso acompañante. Otra vez la cara y la cruz. Más aún, la IS es acusada con frecuencia de hacer el “trabajo sucio” del capitalismo y el liberalismo haciendo más tolerables el sufrimiento humano y la desorganización social creados por aquéllos sin modificar en lo sustancial las condiciones –ligadas a estructuras y procesos económicos, políticos y sociales a los que el interventor social no tiene acceso- que las generan y mantienen y que – como la libertad genérica- son prerequisites socioculturales de tales ideología (Sánchez, 1999, p. 29).

---

<sup>5</sup> IS se refiere en términos resumidos a la Intervención Social, utilizado por el autor citado.

Entonces, la intervención social no se puede comprender sino desde el proceso modernizador de la sociedad occidental, jugando a dos bandos o produciendo en su ejercicio mismo un doble juego. Por un lado estaría la aspiración de cambiar ciertas situaciones que se generarían a partir de la dinámica de la sociedad, diagnosticada como negativa, no deseable y lo deseable sería hacer más vivible el mundo común. Por otro lado, la intervención social sería contraproducente, pues sólo se enfocaría en problemas específicos, no aludiendo a la gran problemática social, sin hacer una crítica más general y apostar a ello en la direccionalidad de su ejercicio. Ahora, el proyecto de direccionar la intervención a la sociedad en general sería una apuesta algo grandilocuente u omnipotente, en donde se consideraría la posibilidad de generar prácticas universales con la mirada omnipresente que logra ver todo lo necesariamente “indeseable”, sin pensar siquiera quién tendría la capacidad de lograr esto, ¿será que la Intervención social podría pensarse como un gran dios que es capaz de mirar, apuntar y solucionar todo aquello que funciona como maleante de nuestras sociedades? Pensar en la posibilidad de generar intervenciones que deberían dirigirse a la estructura de la sociedad y su pretensión de lograr que cambie, tal vez podría resultar un problema desde la generalización, discusión antigua de la epistemología.

Así, y considerando lo que se ha ido presentando más arriba, otra forma de comprender la intervención social sería como “una actividad que se realiza de manera formal u organizada, intentando responder a las necesidades sociales y, específicamente, incidir significativamente en la interacción de las personas, aspirando a una legitimación pública o social” (Fantova, 2007, p. 17), rescatando



la importancia del acto relacional en la forma misma de la intervención, dando énfasis a ciertas formas de vida (como será la participación, empoderamiento, calidad de vida, organización local, etc.) para que ésta tenga un impacto deseable y observable para el individuo, familias, comunidades y sociedad, de acuerdo al espacio en el que se haya realizado la intervención.

Por otro lado, aludir a las necesidades sociales y su eventual satisfacción se rige en el anhelo de generar un cambio mediante la intervención social, creando métodos o un saber técnico que lo permita, faltando en muchos casos una problematización sobre el surgimiento de los problemas o las necesidades consideradas sociales. Además, se va estableciendo qué sería aquello problemático o cuál sería la necesidad que debe suplir o dar respuesta la intervención, tratando de responder a la demanda solicitada por parte de la comunidad o institución desde la cual emerge.

Sin duda se vuelve relevante ir sobre aquello que nos parece injusto, pero ¿Desde qué lugar se decide aquello a lo que habría que dirigirse? ¿Quién hace la demanda? ¿Desde dónde surge? Existen valores y comportamientos que son deseables para dar dirección a la sociedad, para *llegar* a su momento o estado anhelado y lograr responder a las necesidades manifiestas. Al comprender la sociedad como proyección de un estado deseado, se aspiraría a un cierto orden social, estableciendo criterios en la intervención social entre lo que se ofrece y lo que se necesita, manteniendo esta tensión de forma permanente.

La definición revisada anteriormente, rescata también la aspiración de la intervención social hacia la legitimación pública o social según el autor, pero si se desmenuza este enunciado se puede encontrar una suerte de equivalencia entre lo público y lo social, lo que no sería lo mismo, pues ambos conceptos tienen un carácter histórico y con significaciones distintas. La importancia que se le puede dar al carácter de visibilización en el ámbito público o mejor dicho cuando es pública, lo que no es lo mismo que social, es que lo público está atravesado por distintos discursos que le da significación propia desde una lectura histórica y que referiría, según Arendt, a lo común a todos. En cambio lo social, sería una esfera que emerge en la modernidad con características ajustadas y que en la actualidad va tornándose en un concepto cada vez más escurridizo (2003).

Un aspecto a considerar, desde la intervención social, es que se la respalda desde el aparecer público, pero ¿en qué sentido se está considerando lo público? Si nos referimos al planteamiento de Hannah Arendt, éste sería lo que puede ser visto y oído por todos, aquello que adquiere apariencia y por tanto realidad y, además, aquello que nos es común a todos, tanto objetos como asuntos que nos permiten compartir el mundo común. Para esto Arendt hace una acepción, en donde se hace necesario tener objetos en común pero que se diferencian por las distintas perspectivas con que se afrontan y son vistas. Al considerar la visibilidad como criterio, pues claramente el “problema” o “problemas sociales” son mostrados e intensificados diariamente, creando la posibilidad de su existencia. Pero la necesidad de una diversidad de puntos de vistas de aquello problemático que le dan sustento a la intervención social, es lo que está en detrimento o no

existe, ya que los problemas estarían definidos, habiendo sólo diversidad en la forma de afrontarlos, pero con un dominio establecido. Esto es lo que hace pensar en el desaparecimiento de lo público, pues lo que hemos ido nombrando como problema social va a afectar singularmente en la vida de las personas, perdiendo el carácter de mundo común (Arendt, 2003).

Por lo tanto, hablar de una legitimación pública o social, nos lleva a dimensiones distintas, aunque en encuentro, pero que no podrían considerarse de forma equivalente.

Otra comprensión de la intervención social, desde las definiciones encontradas, sería que

(...) la intervención supone alguna forma de búsqueda de respuesta a interrogantes eminentemente sociales; por lo tanto, debería producir modificaciones en relación con la cuestión puntual en que es llamada a actuar; así, nuevamente aparece la delimitación de un territorio, el espacio o lugar de la cuestión social (...) De esta forma, el lugar de la intervención se transforma en territorio, es decir, un espacio jurídico, *que habla de la legitimidad de la intervención*, y político, *que marca la “agenda” donde se construyen diferentes aspectos de la cuestión social* (Carballeda, 2002, p. 95).

Encontrándose un primer aspecto relacionado con la definición anterior, que haría referencia a la necesidad de dar respuestas y modificar o incidir desde el quehacer de la intervención ligada a la construcción de lo social como problema,

encontrando en el mismo punto la aspiración o un “llamado a servir” hacia un cambio social. Además, con la delimitación y encuadre sobre lo que *debería hacer*, su *jurisprudencia* estará enfocada directa y solamente a ejercerse en el terreno del problema social o las necesidades sociales, desde donde se legitima su acción y pone de relieve los temas, circunstancias, “contextos”, dificultades y relaciones a las que deberían enfocarse las prácticas interventoras. En definitiva el espacio, que puede ser oficiado por la institución, comunidad, grupo focal, problema específico, donde se realiza la acción. En este sentido, se puede pensar que habría una obligatoriedad en el ejercicio de la intervención, pues debe apuntar a un esquema que clasifica, nombra y apunta hacia lo problemático, un gran otro no deseado pero que se expresa y genera “ruidos” para la proyección de una sociedad en orden, crecimiento, incluso ejemplar de su buen funcionamiento.

Pareciera que la “intervención social” cuando se piensa en su dimensión práctica, hacia quienes se dirige en la acepción del problema social olvidara la racionalización y clasificación de aquello que se nombra como problema social, lo que estaría normado por saberes específicos y desde un lugar ajeno al territorio sobre el cual se ejerce la intervención. Se presentan discursos contruidos desde las ciencias sociales como un saber experto y especialista del problema social, permitiendo el aparecer y la incidencia de la intervención social.

Ahora, al considerarse el espacio de la intervención como un territorio, se respalda la acción sobre la jurisdicción de aquel espacio, otorgándole legitimidad, o sea, se vuelve incuestionable o a lo menos le da una condición posible, pues es la autoridad en el terreno del problema social.

La aparente diversidad de perspectivas presentes en la construcción del conocimiento de la intervención social y la referencia a la agenda pública (que permite ser un tema de interés para los asuntos políticos a los que hace referencia Carballada), asiente también un acercamiento a lo político como posibilidad de componer el mundo común, “hacer política en el sentido de que recolecta o compone aquello de lo que el mundo común está hecho” (Latour, 2008, p. 357). Así se visibilizaría el punto relacional sobre el que se ocupa la intervención, existiendo un esfuerzo para enfocarse en ciertas temáticas y posibilitando la recolección del mundo común, pero por sobre todo, incidir en aquella composición, de acuerdo al ideario existente sobre cómo debería ser este mundo y nuestras sociedades.

Siendo así, la concepción sobre la intervención social se mantiene problemática, presentándose la pregunta entonces del porqué o el para qué de la intervención social. Para poder pasar a esta nueva formulación, revisaremos como punto articulador las “influencias, planificadas o no, en la vida de un grupo pequeño, organización o comunidad (para)... prevenir o reducir la desorganización social y personal y promover el bienestar de la comunidad” (Kelly y otros (1977) en Sánchez, A. 1996, p. 260). De esta forma pareciera que el mecanismo de intervención se centraría en procesos individuales que tendrían efectos en lo comunitario, existiendo la posibilidad de prevenir, por tanto de predecir comportamientos que no son los deseados, pues producen desorganización y desestabilización en lo social. Potenciando el buen vivir, de forma ordenada y correcta para el bienestar de la comunidad.

#### **4.1.4.2 Por qué y Para qué intervenir**

Se podría pensar que esta pregunta se va contestando con el desarrollo establecido anteriormente, pero resulta importante detenerse igualmente en la problemática.

Según los postulados de la intervención social habría ciertos

(...) elementos del orden social actual que no son (...) como deberían ser. Es necesario que se tenga noción de que la sociedad tiene algún tipo desperfecto para poder pensar que es necesaria la acción de agentes para un cambio a través de la intervención social (Montenegro, 2001, p. 60).

Por tanto, la maquinaria de la sociedad presentaría ciertas dificultades en su engranaje mismo, que haría necesaria la intromisión de uno o varios mecánicos para mejorar el desperfecto sufrido por ella. Ahora este desperfecto podría ser detectado por ¿el mal funcionamiento o la pérdida de funcionamiento? y ¿qué mecánico sería el indicado para detectarlo y arreglarlo? ¿o inventarlo?. Al ponerlo en términos de actores sociales se requiere de dos polos, por un lado los actores que vivencian el mal funcionamiento de la sociedad y por otro lado, aquellos que están capacitados para realizar la intervención social como técnica y realizar por tanto, un ejercicio reparatorio para mejorar aquello que no está funcionando como debiera. Nuevamente aparece un imperativo de cómo deberían ser las cosas, estando en una relación de exterioridad frente a los fenómenos que toca vivir, en donde es posible detectar mediante la mirada externa de lo que ocurre en la

sociedad, comprendida como realidad exterior que afecta las relaciones entre los distintos actores. Esta mirada externa se conjuga con la posibilidad de aplicar distintas técnicas, aprehendidas por la ciencia, para la mejora de aquello que no funciona como debería funcionar. Se polarizan las acciones y las posibilidades de acción, objetivando el lugar de la intervención, a partir de la instauración de aquel conocimiento.

Se requiere de “un fundamento y un punto de partida ético de parte de quienes le dan origen, es decir de un principio de inaceptabilidad de las consecuencias de la dinámica de base de la sociedad sobre la vida cotidiana de algunos individuos” (Corvalán, 1996, p. 2). Entonces, se interviene no en todo ámbito, sino justamente donde se evidencia una situación problemática que no se acepta. Además, se hace necesario un cierto tipo de compromiso con las dinámicas injustas que se dan en la sociedad, pues de acuerdo a lo planteado, será ello lo que movilice y sea el causante de la intervención social, haciendo referencia a un problema que afecta en forma desigual a algunas de las personas que habitan “lo social”. Este grado de compromiso será el fundante para generar acciones que se dirijan a cambiar tales problemáticas, acción que se entiende por intervención social. Como lugar de fundación, la intervención en este sentido se vería reducida al compromiso ético que tendría el interventor, imposibilitando al actor social que “sufre” las consecuencias de las dinámicas como residuos de la sociedad, además con la posibilidad de reducirse al plano individual pudiendo existir cualquier material digno de ser un rechazo y sostener desde allí el ejercicio interventivo, entonces ¿dónde estaría el lugar del actor que vivencia día a día la

violencia? ¿cuál es la posibilidad que sean ellos mismos quienes se agencien de sus problemáticas? Y ¿es posible determinar una situación problemática de forma objetiva? ¿es posible determinar cualquier situación, circunstancia, o lo que sea de forma objetiva? En este aspecto no se puede olvidar la relevancia que tendría el conocimiento de tipo científico social, pues desde allí se enuncia, clasifica y hace notar los problemas sociales, donde la articulación del saber y el problema permiten la intervención social.

En el ejercicio de ir tratando de delimitar el objeto de estudio presente en esta investigación, ha ido apareciendo la “evidencia” de situaciones que se vuelven problemáticas para un segmento de los individuos, en donde se crea la necesidad de cambiar tales problemáticas. Pues otra forma de comprender lo mismo sería considerar que “la intervención social tenía por objeto reparar las fracturas sociales –fracturas asignadas a individuos de determinadas clases y grupos socialmente relegados- pero sin alterar en profundidad la lógica de fondo que las generaba” (Varela, y Alvarez-Uria, 1997, p. 170). Si bien, el foco al cual se dirigiría la intervención social sería el mismo, aquellos que estarían excluidos de los beneficios de la sociedad o de una sociedad sana<sup>6</sup>, el quehacer de la intervención y el desarrollo de sus planteamientos se enfocarían al cambio

---

<sup>6</sup> Pues lo enfermo sería exclusivo de aquellos que están aquejados por el quiebre, en donde se pierde el lazo social esperable de las sociedades modernas y la continuidad de tal proyecto, siendo los “aprobados” quienes producen la fractura social o al menos donde se evidencia.



artificial o superficial de rearticular los intersticios de aquellos grupos que han quedado relegados del proyecto de sociedad presente, donde también se juega lo político. O sea, no se orientaría a generar una transformación de las condiciones sociales existentes y no porque no tenga acceso a los lugares de saber desde donde se delinea las formas de lo social, entendidos como relaciones de saber-poder, sino más bien porque el proyecto político de la intervención social fue mantener la organización de la sociedad, construyendo un saber de sujeto y de sociedad coincidentes con los valores de la modernidad, manteniendo cierto orden social y controlando las desviaciones de las poblaciones. Es decir, se mantiene la continuidad del proyecto, lo que no quiere decir que en su transcurrir surjan discontinuidades de las cuales también se haría cargo.

Además, la intervención social se ocuparía, según Fantova (2006), de dar asistencia, aprendizajes o cambiar una situación, aludiendo a las necesidades presentes en el público destinatario. Se le daría respuesta a lo más básico dirigiendo la intervención a suplir aquello que el grupo, familia o individuo no tienen acceso. Por otro lado estarían las intervenciones de carácter educativo que buscan el aprendizaje de las personas en varios sentidos, por ejemplo el promocional, terapéutico o rehabilitador, donde se enfocarían la mayor parte de las intervenciones actuales. Por último, aquellas que se dirigen abiertamente al cambio situacional de fenómenos considerados como injustos y perpetuadores de la desigualdad existente en nuestra sociedad.

#### 4.1.4.3 Destinatarios de la Intervención

Se podría anticipar el recorrido sobre los destinatarios de la intervención social al reconocer que lo primero que se vislumbra serían el problema, la necesidad e inquietud por solucionar esto. Pero al pensar en los actores mismos tendremos un panorama que nos indique mayores precisiones al respecto.

Se puede apreciar como primer punto que:

(...) los programas de intervención social, excepto los de prevención primaria más o menos inespecíficos, acostumbran a estar pensados en función de, e ir dirigidos a, grupos o colectivos “concretos”, sobre los que existen imágenes colectivamente compartidas (a menudo hablan de “políticas sectoriales”; cada grupo o categoría de personas define un “sector” de las políticas sociales). Por ejemplo: los gitanos, los inmigrantes, los niños, los jóvenes, las mujeres, los enfermos mentales, los disminuidos, los sin techo, etc. A lo largo de la historia la configuración de los grupos cambia, pero también, y quizá sobre todo, cambia nuestra manera colectiva de pensar respecto de cada uno de estos grupos. Antes pensábamos en términos de pobres, ahora de socialmente excluidos; antes en términos de idiotas, imbeciles, retardados mentales y subnormales, ahora en términos de discapacidades, minusválidos y disminuidos, o de personas con necesidades especiales; antes pensábamos en términos

de locos y de peligrosidad social, y ahora en términos de enfermedad mental y necesidad de soporte, etc. (Casas, 2003, p. 89).

La clasificación de grupo focales sobre los cuales es preciso la intervención, es una de las primeras necesidades a la hora de pensarla, pues y considerando los cambios a nivel simbólico de la nominación de cada cual, no se puede concebir la intervención social sin un destinatario posible y que este aluda a un problema social específico sobre el cual “aplicarla”. Si bien es cierto, la construcción del “otro” que requiere intervención ha tenido y tendrá una lectura histórica, no basta con pensar que esta ha sido en términos de su desarrollo, como si hubiese un cierto tipo de progreso en como vemos el problema, el grupo problema y como se lo nombre. Sin desmerecer el cambio en los significados que se les puede atribuir, no es suficiente fijarlo allí, se hace necesario rastrear cómo ha sido posible nombrar y detectar aquello que se vuelve problemático, cómo ha sido posible pensar en la intervención cómo un posibilitador de cambios e impactos en la comunidad.

Ahora bien, ese otro al cual se le aplica la intervención social, no sólo responderá a una serie de clasificaciones, sino también a los distintos estamentos contruidos en la sociedad y que

(...) precisamente por su carácter relacional, por la centralidad de lo social en sus fines y medios, no sólo las personas, sino también las familias y comunidades son entendidas como portadoras de necesidades y destinatarias de la intervención... por lo mismo,

podemos decir que tanto las necesidades a las que responde como los efectos de la intervención social no se agotan en el individuo sino que tienen siempre relevancia colectiva, significado colectivo, impacto colectivo (Fantova, 2006, p. 7).

Por tanto la intervención social irá dirigida a

(...) las personas, familias, grupos, comunidades, organizaciones o sistemas a los que potencial o realmente va destinada la intervención social (incluyendo segmentos más o menos demandantes y más o menos solventes). Los entornos familiares, comunitarios o sociales de las destinatarias y destinatarios de la intervención social o de las propias unidades de intervención (que pueden actuar como prescriptores o ser afectados por la intervención) (Fantova, 2006, p. 23).

Así, los destinatarios de la intervención social, además de verse como un fin en su producción misma, también es vista de una manera asimétrica y expansiva, en donde el individuo es el centro de ella, pero que como se relaciona con un “exterior” éste también se verá involucrado en el proceso.

Es posible pensar en las personas, comunidades y sociedades como “burros de carga” que portan problemas, o más progresivamente, necesidades de las cuales habrá que despojarlos dirigiendo toda la fuerza de la intervención social. Tal, pudiese ser una mirada sobre el objetivo que cumpliría la intervención social, pero sus principios están claramente cimentados en la idea de lucha, en los

principios de igualdad, fraternidad y libertad que fueron la consigna para construir las sociedades actuales, aunque es necesario atestiguar sobre la falta de proximidad ante tales elementos. Es en este contexto que la intervención social va adquiriendo sentido, el que se va perdiendo a medida que se corrompe y surgen nuevas problemáticas y desafíos para nuestras sociedades, manteniéndose el proyecto sin la necesaria revisión de sus fuentes y focos. Además han existido cambios en la forma de gobernar las sociedades, comunidades e individuos y el papel que tomaría en la intervención social en este escenario también sufre mutaciones.

Como otro punto a analizar aparece el tema de lo social, cómo se ha concebido, pues es el marco en el cual se delimitara la acción de la intervención social,

(...) toda intervención social hoy se basa en los mecanismos de una comprensión compleja y diferenciada de lo social. Es decir, no hay intervención efectiva sin una búsqueda rigurosa de una constelación explicativa que la configure. Esta articulación tensional es inseparable y funda este saber que ya no puede ser entendido bajo la noción de acción, o de práctica profesional (Matus, 2006, p. 35).

Social entendido como problema, que aluda a la exclusión, marginación, riesgos, vulnerabilidad, etc., por lo tanto el ejercicio de la intervención irá dirigido a aquello, pues es “social”, teniendo que ir más allá de práctica o el hacer, sino que también debe estar revisando dinámicamente las nuevas realidades que se van

gestando, revisión que se produciría desde un saber especialista, capaz de abordar la complejidad del tema y desde la que se establece el equilibrio. Es aquí donde aparece una noción de la realidad, que si bien es interactiva, sólo se puede ir detrás de sus pasos, recogiendo los restos que está dejando y situando la firmeza de su práctica en los criterios explicativos que le darán fundamento y que a la vez la validará en su búsqueda de saber para la acción, separando, aunque no se quiera, la teoría con la práctica, las categorías de análisis con la “realidad” esforzándose por validarse en el ámbito público, contrastándose con la posibilidad de dar solución a la dificultad encontrada.

#### **4.1.4.4 Dispositivo**

En otras palabras, la intervención social operaría como **dispositivo** que regularía o se dispondría a priori sobre aquello de lo que se hace cargo, con la finalidad de darle utilidad al mismo mecanismo, estableciendo un marco regulador sobre lo aceptado y yendo en concordancia a las características particulares y específicas de aquello que sería “lo social”, administrado desde la intervención social.

Al operar como dispositivo, se vuelve una estrategia técnica, una relación de poder, por tanto la intervención social se correlacionaría como una estrategia de dominación, en donde aparece los aparatos y discursos como medio que contornea y atraviesa la práctica interventora, en tanto funciona, no tan sólo desde lugares legitimados, sino también como los que no aparecen en su forma

pronunciable. Se ejerce en su relación tanto directa como indirecta, se puede identificar como un

(...) conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no-dicho, éstos son los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que se establece entre estos elementos (Agamben, 2007, p. 1).

Y, la intervención social, operaría como un entramado en donde se cruzan distintos elementos, de diversos lugares y en distintas relaciones, con focos distintos, actores de variados lugares, variados actores, con funciones distintas y sin una dirección precisa.

Lo que se ha venido en llamar intervención social puede ser comprendido como dispositivo, ya que sus líneas de acción, discurso, entendidos, planificaciones, programas estatales, leyes de protección, prevención, reparación, promoción, instituciones que se hacen cargo, trabajadores que forman parte de él, público objetivo y todo lo que cabe en su comprensión tiene surcos indefinidos, despliegues por todos lados, heterogeneidad de bifurcaciones, cruces y distanciamientos, confluencia de fuerzas, pero que tensiona, que se mantiene inmanente a los procesos que lleva a cabo.

Es de esta manera que el dispositivo de intervención social controla los movimientos, la planificación arquitectónica, el lenguaje de sentido común, la apropiación de un sentido en la labor de quienes aspiran o sólo terminan haciendo por casualidad, -o porque no encontraron otro trabajo-, intervención. Se encauza y administra a las poblaciones, no sólo de “riesgo”, las otras también, población entendida como cuerpo social, que requiere de formas y se deforma, que se gestiona mediante variadas técnicas, siendo una de ellas la intervención social, permitiendo y gestionando las reasociaciones en y para la vida misma. Logra inmiscuirse en la vida de los sujetos propiciando su propio gobierno, la responsabilidad de sus acciones y el sentido de comunidad, de esta forma se vuelve más moldeable el gobierno sobre ellos mismos, siendo más efectivo, pues ya no necesita de un control externo, operando la intervención social como mero enunciante y que focaliza los problemas, además de facilitar los procesos dirigidos a cambios, que contornean el tipo de sociedad a la que se aspiraría.



## **4.2 Capítulo II: Saber e Intervención social**

### **4.2.1 Introducción**

La intervención social, en la historia de sus conceptos y desarrollos de material teórico-práctico, ha establecido diversas formas de instalarse en su quehacer. Las concepciones que han ido apareciendo responderían a aquella historia fraguada de sus conceptos -de acuerdo a lo que se revisara, para el fin de esta investigación- otorgándole un lugar específico sobre el cual ejercería su labor. Es de esta forma que el conocimiento forjado en torno al saber en la intervención social, se funda como importante para el posicionamiento que ésta tendría en su instalación y así responder a la demanda por la que es llamada a actuar.

De acuerdo a las distintas concepciones existente en la red de enunciados de los cuales “toma partido”, la intervención social adquiriría forma para su razón de ser, iría perfilando la manera que considera a los diversos actores partícipes de este campo y adquiriendo un cuerpo, mutable por cierto, en su ejecución misma. Para esto se comprenderá que la intervención social iría de la mano, o al menos al alero de las ciencias sociales, de las cuales toma “herramientas” que aportarán en su cuerpo de conceptos argumentativos que permitirían darle forma y justificación a su existencia.

Por otro lado, la tensión existente entre interventor e intervenido dará lugar al desarrollo dentro de este capítulo, los lugares que comúnmente se les ha

otorgado y las variantes de aquellos lugares. Cómo se posicionaría el saber en ambos “lados”, interventor e intervenido, y las posibles soluciones propuestas.

Es así que el saber de la intervención social se ha ido perfilando de variadas formas, por ejemplo, como mediador entre el Estado y la sociedad civil; como aliado del sujeto popular aquejado por sus condiciones de vida; como intromisivo cuando llega a la comunidad sin que ella lo haya demandado; como potenciador de ciertas habilidades de los personajes que forman parte de la comunidad sobre la que ejerce su acción; como educativo en materias morales, concientización, red de protección, etc., características que se irán revisando durante el desarrollo del capítulo.

Por lo tanto, las variadas formas de comprender el dispositivo intervención social, la generación de saberes y cómo ésta se sabe para posicionarse, son temas que se vuelven relevantes a la hora de pensar la intervención social. Se realizará un recorrido por el lugar que ha ocupado en las ciencias sociales y el saber generado desde aquel lugar; quiénes son considerados como parte de la intervención social y cuál es el lugar que se le ha otorgado a los actores participantes en la misma. Por último se revisará la “utilidad” que se le ha dado a tal saber dentro del dispositivo intervención social.

#### **4.2.2 El marco de las Ciencias Sociales**

La intervención social, y ningún concepto, están desnudos ante su apareamiento, consultas, ejercicios, ni participaciones, pues estos conceptos adquieren emergencia dentro de ciertos marcos de comprensión. Es de esta forma

que la intervención social se comprenderá como parte del saber generado desde las ciencias sociales, como base sobre la cual se crearían los supuestos con los cuales enfrentaría su propio campo conceptual y como dispositivo que formaría parte y fundamentaría de manera recíproca el cuerpo de las ciencias sociales, políticas y humanas. También es de esta forma que el concepto adquiere historicidad, pues no es un universal, ni sempiterno, sino que adquiere su emergencia durante el siglo XIX, a medida que el posicionamiento de la ciencia social va adquiriendo un lugar que se potencia cada vez más y que los problemas sociales logran acarrear mayores fuerzas sobre la demanda.

Es así que,

(...) la reflexión acerca de los orígenes de la intervención en tanto producción de diversos acontecimientos implica un diálogo con diferentes campos de saber como la filosofía, a la que se puede interrogar sobre la influencia del pensamiento ilustrado, la relación con el romanticismo y la emergencia del positivismo. Por su parte, las ciencias políticas proveen el marco para pensar la construcción de la sociedad en términos de contrato, y las nociones de soberanía, ciudadanía y libertad. A su vez, la historia y la sociología muestran la relación entre la búsqueda de la “verdad” y las ataduras de los hombres; por lo tanto, tratando de responder al interrogante que gira alrededor de qué es lo que se interpone entre sujeto y verdad, se hacen

visibles –tal vez- las ataduras que afectan a la libertad (Carballeda, 2002, p.p. 31-32).

Es de esta forma, que la intervención social se va armando de un cuerpo teórico que permitiría asentarse en variados marcos disciplinares, siendo parte de las discusiones contemporánea a sus tiempos, discusiones que se mantienen en la actualidad. Siendo así, es que parte de la lógica interna tendrá raigambres en el pensamiento científico, buscando mediante el método científico un conocimiento que pueda dar cuenta de la “realidad”, otorgando respuestas “verdaderas” sobre los procesos sociales acontecidos y por acontecer, siendo de importancia el individuo y los fenómenos pertenecientes a su existencia como parte de la sociedad. Por otro lado, se mantendría como lazo fundante, el social, por medio del contrato presentado por Rousseau (1762), donde los hombres renunciarían a su libertad por un bien mayor que tomaría forma en el orden social, poniendo al Estado y ciudadanos en una relación de derechos y deberes. También, según el autor, rescataría la tensión existente entre el individuo y su búsqueda de libertad, pues la intervención social vendría a ser una posible solución al enlace existente en ciertas formas de vida que se tornan muchas veces “invivibles”, y por tanto buscaría una respuesta en las discusiones generadas desde los campos de saber anteriormente mencionados.

Dentro del mismo carácter, donde intervención se acopla a un conocimiento generado por teorías preexistentes, o se elaboran para pensar la intervención social, está la posición que mantendría la preeminencia de los

campos de saber, como producción de conocimiento necesariamente anterior para “leer” el problema sobre el cual apuntillar y depositar el saber.

Las grandes ideas sobre la intervención social, es decir, la identificación y formulación de problemáticas sociales, y de estrategias para resolverlas, no surgen espontáneamente de la inventiva de cada planificador de políticas sociales ni de cada trabajador social de las ONG. Al contrario, la raíz intelectual de cada una de estas ideas debe buscarse en las grandes teorías de la vida en sociedad. Esta hipótesis de nuestro trabajo se fundamenta en el principio de que el tipo de construcción normativa y prescriptiva sobre el orden social que representan las propuestas de intervención social del Estado y de las ONG, toman, en las sociedades modernas, sus argumentos centrales a partir de las explicaciones dadas por las ciencias sociales para el funcionamiento de la sociedad. Dicho de otra manera, antes de entrar a resolver un problema, es indispensable tener alguna noción acerca del funcionamiento del objeto sobre el que se quiere intervenir, y las teorías sociales juegan un rol explicativo de las características de tal objeto (Weiss, C. y M. Bucuvalas, 1980) (Corvalán, 1996, p.p. 9-10).

Es decir, el saber sobre el cual se asentaría la intervención social tendría como columnas que lo sujetan, a las grandes narrativas producidas por el saber científico social, donde se han cimentado la comprensión de la sociedad y las

dinámicas que en ella se plasman, en este caso dinámicas referidas a cuestiones sociales que resultan ser problemáticas para la población y que la intervención social vendría a ser un agente para la intromisión y posible cambio de ello, pues tendría un conocimiento más “elaborado” sobre las mismas gracias a las teorías sociales que maneja. Así mismo, la labor de la intervención social y de quienes hacen uso de ella, no se jugaría tanto en la penetración de las dinámicas, como en la comprensión intelectual primaria para dirigirse a ellas, como si fuera posible establecer distinciones entre el conocimiento y la realidad, aquella que se encontraría allí fuera sobre la cual se tendría que dirigir la intervención. De esta forma podría asumirse una lectura apriorística sobre los problemas llamados sociales y que por lo mismo se definirían con anterioridad, vendrían enunciados, clasificados y listos para ser, tal vez, solucionados, como si fueran independientes de los fenómenos sociales. Se establecen saberes que permitirían conocer la “realidad” desde, en lo posible, posturas epistemológicas responsables con el quehacer sobre el cual se sitúa la intervención social y que pareciera –sin pretender desmerecer tan magnitud de trabajo- dirigirse a una caja mágica, en la que se encontrarían los problemas existentes con su definición y posibles líneas de acción, a menos que se quisiera ser creativo y establecer nuevas líneas de acción, así como nuevas formas de comprender o “darles la vuelta” a aquello sobre lo cual volcar la atención. Bajo el mismo corpus de comprensión se apoyaría tal idea, plasmando que “la situación debe ser reconstruida desde un cúmulo de saberes pertinentes. Acá es donde se conjugan los conocimientos de teoría social necesarios con adecuados enfoques epistemológicos y los referentes éticos

puestos en acción” (Matus, 2006, p. 12). Ahora bien, acá aparecería un cierto giro, pues no se define la situación problemática con anterioridad, sino que más bien habría una reconstrucción, desde la teoría social, para darle mayor comprensión, lo que no se aleja mucho de la concepción revisada anteriormente, pero que marca cierta distinción. También, habría un llamado a la reflexión y acción responsable o correcta, mediante la conexión ética para la intervención social, pudiendo quedar en el plano individual aquel actuar, desde el cual se decidiría lo más “correcto” para la ejecución.

Por otro lado, existiría una tensión evidente, tensión a nivel epistemológico, en la manera de enfrentarse a los saberes que vendrían de la producción académica, en tanto si este saber se invierte o se vierte sobre la “realidad” en la que dirige su andar o si esta producción es más bien extraída de la experiencia de vida de los sujetos intervenidos.

A este nivel se manifiesta que

(...) desde una perspectiva académica cabe preguntarse el “lugar” de la intervención social como *episteme* en tanto si se construye como conocimiento *a priori* o *a posteriori*. La intervención en lo social básicamente se vincula con el conocimiento *a posteriori*, su saber proviene de la práctica cotidiana, la intervención se funda en el hacer y es desde allí de donde debe abreviar el conocimiento y especialmente las preguntas a otros campos de saber (Carballeda, 2009, p. 9).

Trazando la discusión, y teniendo en cuenta lo revisado anteriormente, se plantearía como lugar relevante sobre el cual se posicionaría el interventor, ya que de acuerdo a la concepción que erija es cómo está concibiendo la generación de conocimiento, el lugar que ocuparía el saber y el enfrentamiento a cara de su labor. El considerar el conocimiento como posterior, o sea desafiando las vidas cotidianas de los actores de la intervención social, lanzándose hacia la experiencia, otorga un saber más situado en la pericia misma del hacer, sumergiéndose en las aguas de la usanza para luego tomar aire en la atmósfera del conocimiento. Donde pareciera aspirar a la comprensión de tales fenómenos sobre los que se introduce, comprensión que permitiría estar en relación filial de ciertos procesos sociales, comunitarios, poblacionales, etc. y la visión que se tiene o que se construye de éstos, por lo que estaría en un proceso continuo de nuevas interpretaciones y que se producirían en relación a la ubicación de cada fenómeno, respondiendo igualmente al cruce de la perspectiva de la cual se enuncia y a los procesos sociales de los cuales forma parte.

Esta tensión se vuelve fundamental a la hora de pensar la intervención social, ya que según la posición que se presente frente al conocimiento, es cómo la intervención se verá cruzada en la manera de pensarse y pensar al otro. En este mismo sentido, la discusión adquiere total relevancia dentro del campo del saber, debido al valor que tiene lo científico y la recepción o cabida en el campo de lo académico de aquellas posturas más disidentes, pues las resistencias se mantienen.



Ahora bien, dentro del campo de la construcción de conocimientos se generan algunas complicaciones de tipo epistemológico. Estaríamos frente a una crisis de validez de las prácticas y las instituciones; crisis que es visualizada desde la práctica del trabajo social y otras disciplinas, en cuanto a la existencia de dificultades para intervenir frente a las nuevas demandas sociales y para definir su papel dentro de la propia institución. Pareciera que la realidad se desprende de la teoría, reivindicando para sí una suerte de autonomía relativa. Surgen de este modo nuevos interrogantes a autores clásicos dentro de los diferentes campos de conocimiento (Carballeda, 2002, p. 89).

Es así que alcanza visualización las fuerzas que estarían en combate, mostrando la deslegitimación, desde las instituciones que mantienen y producen el soporte para las intervenciones, de la intervención misma y las prácticas que se han generado desde ésta, ya que muchas veces se termina sólo ejecutando la política, a modo de instalación de la misma, sin posturas claras o con contradicciones internas, que logran traspasar el trabajo que se realiza al modo de cumplir estrictamente con la receta otorgada. Por consiguiente, pareciera que las visiones clásicas del modo en que deberían operar los trabajadores que realizan intervención emergen incontrolablemente ante la imposibilidad o dificultad de innovar y desprenderse de las teorías que le han dado cuerpo a la vida en sociedad. Además, a propósito de los inconvenientes que surgen en el campo de la intervención social y frente a la inestabilidad que esto traería, se resuelve en

algunos casos, el volver a la seguridad de la teoría, como piso firme para sostener y mantener el camino. Esto muestra la lucha constante que mantendrían aquellos que tratan de sortear estas dificultades y la “porosidad” de mantener un camino desde la inestabilidad que tendría el posicionarse en la incertidumbre y continuar en ello.

Una de las salidas que se le ha dado a la fragilidad en la que se encontraría el lugar de la intervención social, en tanto validez de su ejercicio, es dejar de lado la postura universalista, que fue tan popular en los comienzos de la intervención social, en su lucha por adquirir protagonismo en el terreno de las ciencias sociales en que se arrimaba al positivismo e inclinarse por posturas más situadas, echando mano a nuevas formas de comprender el campo en el que vuelca su ejercicio, es decir, “lo social”. Siendo así, es que

(...) desde una perspectiva que pone el acento en la escritura de las ciencias sociales, autores como Geertz plantean la existencia de una “mezcla de géneros”, que sería la consecuencia de nuevas formas de comprender lo social, vinculadas a nuevas formas de conocimiento y nuevos posicionamientos para “leer” lo social. Desde lo metodológico, estos cambios implican cierta renuncia a la elaboración de enunciados generales, que remiten al origen de las ciencias sociales y a su pretensión de dar respuesta a los interrogantes acerca de lo social, a la manera de las ciencias naturales (Carballeda, 2002, p. 83).

Pues también se encuentra, echando un vistazo a la historia que se ha desplazado en las ciencias sociales, que su objetivo ha sido poder “igualarse” a las ciencias naturales, en donde “la sociedad debía ser controlada de la misma forma, así como el proyecto del iluminismo había propuesto domeñar a la naturaleza y al “mundo salvaje”” (Jaramillo, 2008, p. 274), siendo ésta la discusión constante, que en la actualidad ha ido adquiriendo nuevos escenarios y nuevas comprensiones. De otro modo, habría algo así como un despojarse de criterios objetivistas y que aspirarían a encontrar respuestas verdaderas y generalizables, siendo ahora el afán de renovar las discusiones y formas de ver lo social. Ahora, este “social”, a primera impresión pareciera encontrarse en algún lugar objetivable, que en esta ocasión dependería del enfoque sobre el cual se instalaría aquella mirada para dar aquellas nuevas comprensiones, que además estarían en encuentro con los distintos lugares que podrían confluirse para ello.

Es así, que “desde la intervención se hace necesario repensar diferentes perspectivas instrumentales desde las mismas, es posible que se construyan en el diálogo de distintos campos de saber con una perspectiva orientada hacia ella pero, básicamente en relación de su “sentido”” (Carballeda, 2007, p. 7), que sería dirigirse a la resolución de ciertas problemáticas sociales, para esto echaría mano a variados métodos que sirvan para tal tarea y donde muchas veces la discusión a quedado entrampada.

De cualquier forma, la discusión no terminaría aquí, pues como se ha visto, es permanente, lo que permite que se esté cuestionando y pensándose de manera continua, posibilitando que se mantengan las discusiones, no dando por

ciertas ni cerradas las cuestiones, permitiendo la sospecha. En este sentido, autores como Rose (2007) nos plantearan que lo social vino a instalarse como dominio para las ciencias sociales y que permitiría ejercer el gobierno sobre lo social, por tanto existirían otras fuerzas presentes en este campo sobre el cual se ocupa la intervención social, sea la protección, derechos, riesgos, etc.

### **4.2.3 Saber y Verdad**

La posición que ha ocupado la intervención social dentro de las ciencias sociales, ha estado en sospecha permanente, siendo un concepto que se ha instalado paso a paso en el transcurrir de su propia historia. Para lograr esto es que gran parte de la intervención social se haya posicionado en el banquillo de juez, enclavando discursos de verdad, según la producción propia en relación con la teoría social, estableciendo nuevas comprensiones para luego naturalizarlas y plasmarlas en otro sujeto.

Es así que dentro del conocimiento que ha generado, la intervención social llevo a construir saberes considerados como objetivos y verdaderos, que plasmarían lo que acontecería en la “realidad”, extrayendo de ella aquellos conocimientos para luego hacerlos públicos. De esta forma,

(...) la intervención en lo social va a significar el montaje de una nueva forma de conocer, de saber, en definitiva, de generar discursos de verdad que construirán sujetos de conocimiento. En otras palabras, ese otro será constituido despaciosamente y calladamente a través de descripciones, informes, observaciones y especialmente desde la

relación que se establece con quien lleva adelante la intervención (Carballeda, 2002, p. 26).

Esto se logro gracias a métodos rigurosos que se fueron construyendo o tomados de otras áreas para producir al sujeto de la intervención, aquel “excluido” del orden social, aquel ubicado en el borde de lo social, gracias a la “evidencia” extirpada de los fenómenos sociales y las grandes narrativas del saber de la vida en sociedad. Es de esta forma, que la intervención se fue posicionando como un dispositivo articulador de saberes productivos para clasificar y ordenar lo que en algún momento fue considerado como desorden, para luego ser posicionado como excluido.

Es importante mencionar el lugar que ocuparía el interventor, aunque se verá con mayor detención más adelante, éste sería el capacitado para pronunciar las características de aquel sobre el cual deposita el conocimiento, permitiendo también investirlo de la posición que pasaría a ocupar, dándole forma y nombre a su padecimiento, que luego será relevado, gracias a la nueva comprensión que se adquiere del mismo.

En concordancia, el conocimiento que se iría produciendo marcaría una separación entre la producción del conocimiento y la realidad social que estaría fuera, permitiendo saberes que se considerarían como verdades absolutas, pues se han extraído mediante métodos científicos, esto se encuentra en variadas formas de llegar a este saber, como puede ser en la antropología desde donde también se

realizaría intervención social, que es el tema que nos compete por estos momentos, donde

(...) la antropología puede estar ahora mismo repitiendo su historia: edificando por un lado “torres de marfil” que reproducen y naturalizan la idea de que el mundo intelectual constituye un campo aparte de los contextos sociales y, en el otro extremo, atribuyendo a la ciencia un valor de verdad y objetividad que automáticamente confiere beneficio para los sujetos intervenidos (Jaramillo, 2008, p. 269).

Se puede considerar por tanto, que el conocimiento de la intervención social no ha sido inocente, ha ido construyendo saberes pronunciados como verdades y de los cuales han surtido efectos incommensurables, situando a otro en lugares considerados como inamovibles, produciendo objetivaciones que permitieron y permiten disciplinar y controlar las sociedades mediante el dispositivo de intervención social. Esto ha generado la posibilidad de “notar la objetivización de este discurso, toda vez que parece formularse desde un “lugar sin sujeto”, sin intencionalidad, sin intereses, un verdadero “no lugar”: el lugar de la experticia neutral” (Sandoval, 2009, p. 50), como limpio de toda subjetividad, significación e interpretación que puede estar presente en lo humano, siendo el conocimiento que se nombra como verdadero puesto al menos en el banquillo de los acusados, pues está bajo sospecha.

#### **4.2.3.1 Saber para aplicar en la Intervención Social**

El saber producido por el dispositivo de intervención social tendrá realce público, en tanto se manifiesta como preocupado por los procesos sociales vistos como deficitarios para quienes lo viven, siendo la menor distancia posible hacia éstos, lo apreciado por ellos mismos (interventores). La preocupación manifiesta por sumergirse en los fenómenos sociales, se ha expresado como una acción compleja, pues

(...) es cada vez más dificultoso aprehender lo social; la sociedad se torna indescifrable y esta circunstancia interroga en forma permanente a la intervención y pone en cuestión, especialmente, la dirección que la misma debe seguir. Por esta razón, la intervención en lo social resulta una forma necesaria de conocimiento de la realidad (Carballeda, 2002, p. 135).

Sin pretender ser majadera, nuevamente en torno al conocimiento que se generaría desde el dispositivo de intervención social, emerge la necesidad y postura de ir hacia lo que ocurre por allá fuera, como si el interventor estuviera fuera de la sociedad, para poder asir las prácticas que en ella se recrean, presentándose además esta sociedad como escurridiza por sus dinámicas cambiables y móviles, lo que torna dificultoso generar un conocimiento que permita armar directrices claras sobre lo que se debería hacer desde la práctica misma de la intervención. De esta forma

(...) en la actualidad, y en función de lo engorroso del trabajo comunitario ante la creciente complejidad social, se hace necesario pensar modalidades de intervención que permitan una aproximación genuina a la particularidad de lo local, en especial a partir de la fuerte heterogeneidad de lo social y las dificultades de acceso a la comprensión y explicación de diversos fenómenos. Éstos son presentados en la práctica cotidiana como problemas en tanto demandas de tipo integral (Carballeda, 2002, p. 116).

Por lo tanto, lograr saber y aproximarse a los fenómenos locales implica dificultades, es siempre un desafío realizar intervención con los conocimientos necesarios sobre la localidad a la que se dirige, lo que tornaría necesario crear mecanismos que permitan la apertura de lo que sucede realmente en el lugar sobre el cual depositar la intervención, para acceder a ella, comprenderla y disminuir las distancias de lo conocido y lo que se está por conocer. Así, lo social se muestra como residuo de lo que fue, o sea, una comprensión generalizada de la sociedad, entendida como contexto amplio sobre el que ocurrirían los fenómenos sociales, dándole en la actualidad cabida a lo local, a la diversidad de dinámicas y relaciones sociales, permeándose la comunidad en las nuevas lógicas de gestión de la sociedad. De esta manera, lograr conocer las circunstancias, prácticas y problemáticas que atraviesan una comunidad permitirían, al parecer, realizar una mejor intervención.



Al tener un conocimiento más acabado del lugar y de las dinámicas que se establecen en aquel lugar, pareciera que posiciona en un mejor lugar a la intervención o le da mayores posibilidades de acción para cumplir con sus objetivos, donde

(...) la incidencia sistemática sobre lo que es definido como digno de transformación está informada por unos saberes teóricos y técnicos específicos. La importancia de estos saberes se basa en que delimitan y definen el diagnóstico de la sociedad, los problemas sociales relevantes, algunos caminos para su solución, y técnicas adecuadas para la transformación social. Ahora bien, la posibilidad de la intervención social vista como los discursos y prácticas promovidos por entes definidos como técnicos, profesionales o voluntarios, se basa en que exista un contexto en el que ciertas personas están legitimadas para influir en los problemas sociales y en las situaciones vividas por otras personas y grupos sociales. Estas personas y equipos están dotados de un conocimiento y prácticas específicas definidas, en estos contextos, como necesarias para llevar adelante las prácticas de intervención social (Montenegro, 2001, p. 67).

Ya aparece el realce al conocimiento de tipo técnico, que permite conocer el malestar que aquejaría a la sociedad y que se le enuncia como problema social, considerando una totalidad que se verá reflejada por medio del tan usado diagnóstico, desde el cual se extraerían la puntualidad a la cual dirigirse para

plantear posibles soluciones, ya que la intervención social, según lo revisado hasta ahora, estaría llamada a cambiar de alguna manera las situaciones iniciales que se han manifestado y determinado como problemáticas. Esto llama la atención al reflejar que buscaría una transformación social, cuestión que será revisada más adelante, pero que demuestra el poderío que podría tener la intervención. Es así que el interventor se verá investido de un cierto poder, que le otorgaría el conocimiento que maneja, para lograr o al menos incidir en el cambio de aquellas situaciones que han se han enunciado para un grupo de la población, la que además le otorga ese lugar al interventor ¿será que la desesperanza, o como se quiera llamar, ha logrado que el actor social se vea necesitado de un externo con experticia para que solucione ciertos problemas? ¿será que es posible aplicar técnicas y que éstas incidan en lo que se busca?

Entonces, luego de tener cierto conocimiento sobre el funcionamiento de la sociedad, apropiarse de tal conocimiento, luego generar más conocimiento mediante diagnósticos que se realizarían en la localidad sobre la cual depositará la intervención, echar mano a las teorías sociales y crear mecanismos que permitan tales objetivos; la discusión se verá puesta en los métodos utilizados para cumplir con tan tamaña tarea. Así es que aparece nuevamente la posición de un conocimiento formalmente científico, aplicando sus métodos creados, por lo tanto desde la intervención se entendería que

(...) podemos hablar de métodos o, dicho de otra manera, de conocimiento técnico aplicado o aplicable en la intervención social en

la medida en que exista un cierto grado de formalización establecida acerca de la manera de operar en ese ámbito, en alguna medida como aplicación de conocimiento científico y en alguna medida como sistematización de un saber hacer a partir de una práctica o experiencia socialmente ubicada (Fantova, 2006, p. 8).

Es de esta forma que la discusión por los métodos que se aplican se ha vuelto tan relevante en estos tiempos, pues pareciera se trata de resguardar un hacer profesional serio, de acuerdo a lo “delicado” que sería ubicarse como interventor en espacios sociales. Además, pareciera se requiere de este saber, que otorga lo científico, como algo serio, de altura y renombre, mientras se lo resguarde. Por esto,

(...) el conocimiento, obtenido por medio de métodos y tecnologías científicas, **sirve de base a la acción interventiva**. Se crean modelos de comprensión de la realidad que reciben la legitimidad del conocimiento científico. Y se crean formas de medida que, una vez aceptadas, reflejan tanto aspectos “objetivos” como los “subjetivos” de determinados ámbitos de realidad. A partir de este conocimiento, legitimado por trabajos científicos, es que se establece la relación entre interventores/as e intervenidos/as (Montenegro, 2001, p. 154).

El conocimiento que se logra establecer mediante estos métodos, posibilitaría aplicarlos en la realidad social, pues han sido revisados y tendrían el

respaldo de lo científico, por lo tanto pierden capacidad de cuestionamiento, ya que reflejarían lo que sucedería “de veritas” en el lugar sobre el que se aplica, tomando en cuenta los distintos aspectos que atravesarían tales lugares, por tanto se vuelve un conocimiento de tipo complementario y respaldado como certero, ubicado y ubicable.

Luego de haber realizado el diagnóstico, aplicado métodos rigurosos y transparentado los fenómenos de la localidad en la cual se depositaría la intervención, se debiera pasar, según lo expresado por los autores revisados, al análisis y evaluación, aplicando nuevos métodos para ello, pues “el conocimiento microsociológico local implica la conjunción de los dos aspectos mencionados, es decir, aquello que es posible medir y el impacto cualitativo de los indicadores sociales en la singularidad del contexto donde se propone la intervención comunitaria” (Carballeda, 2002, p. 120), ubicándose en espacios más pequeños, la comunidad, para lograr dar cuenta, de manera “efectiva” sobre lo posible de ser “descubierto” mediante la aplicación de las técnicas aprendidas en la academia que prepara a interventores. El ubicarse en espacios micro sociales, defiende la posibilidad de plasmar de mejor manera lo que ocurre, generando así habilidades más situadas que logren dar cuenta de prácticas que se pierden dentro de lo “macrosocial”, pero que son rescatadas por el trabajo “microsocial”. Además los saberes que logre manejar el interventor y el trabajo interdisciplinario, permitiría cuantificar los efectos de la intervención y rescatar también, como “buen” cientista social los aspectos cualitativos de la intervención que se realiza y los efectos o el impacto que ésta genera.

Dentro de las discusiones revisadas no aparece claramente el actor social como imbricado en los procesos de la intervención, ahora no por esto se dejará de lado, pues igualmente hay posiciones que lo realzan arguyendo al concepto de desprofesionalización, como un despojarse de la investidura producida por tener un conocimiento más académico.

El concepto de desprofesionalización describe el proceso por el que los/as profesionales transmiten el conocimiento teórico y técnico a los miembros de la comunidad para que estas personas puedan hacer uso de este conocimiento en beneficio de los proyectos colectivos. Por otra parte, la entrega sistemática del conocimiento popular (Goncalves, 1997) es una noción que se ha creado recientemente para referirse al proceso por el cual las personas de la comunidad se desprenden de su conocimiento para compartirlo con los/as profesionales en el seno del grupo de trabajo (Montenegro, 2001, p. 225).

Es así que aparece una alternativa para disminuir las distancias que se han generado entre el interventor y el intervenido, volviéndose la aplicación un no lugar y posibilitando relaciones dialógicas entre ambos, acercando al actor de la comunidad, población, localidad o lugar a la participación de procesos que le competirían desde el protagonismo. Ahora bien, la concepción de la aplicabilidad sigue siendo calificada de manera positiva, aunque presentando resistencias, pues la relevancia que otorgaría el conocimiento científico marca una base firme desde

la cual pararse. De todos modos, estas discusiones se seguirán revisando en el desarrollo del capítulo, teniendo los enunciados revisados en lo inmediato, el propósito de reflejar la variedad de comprensiones que se ha tenido y se tiene para la posibilidad de realizar intervención social y las concepciones más establecidas dentro de las disputas que se generan en torno al conocimiento al que echa mano y que produce el dispositivo de intervención social.

#### **4.2.4 Relación de actores en la Intervención Social. Entre interventores e intervenidos.**

Lo que se intentará esbozar en este apartado es la relación que se ha construido o los tipos de relaciones que se han llegado a establecer entre interventores e intervenidos, y qué elementos podrían emerger en esta relación, de acuerdo a cómo se la conciba.

Como ya se menciona en el apartado anterior, la intervención social desde sus comienzos fue construyendo un saber respecto del hombre que permitió generar su objeto de estudio, lo moldeó, desde el saber, para encasillarlo en estantes donde se distribuían aquellos que cumplían con los mínimos requisitos y otros a trabajar para archivarlos también. Es así que,

(...) durante el siglo XIX se va construyendo un saber acerca del hombre, la individualidad, lo normal, lo patológico, que va a hacer surgir un nuevo sujeto de conocimiento, más definido, ya

clasificado según parámetros científicos. Aún así, este saber no es definitivo ni estático; los discursos acerca de la anormalidad o la disfunción social llegan hasta el presente, y en muchos casos esta construcción discursiva se centra en la intervención (Carballeda, 2002, p. 28).

Donde el sujeto de la intervención se va construyendo, lo que permitiría direccionar la intervención hacia aquellos fenómenos definidos como anormales o disfuncionales. Esto otorga un lugar saludable al interventor, pues debiese estar capacitado para volver a estados normales a aquellos que se escaparían de lo esperado, para mantener el orden organizado de lo social.

Para lograr tal conocimiento, fue necesario que el dispositivo de intervención social montase ciertas herramientas de saber para “inspeccionar” y “arreglar” la sociedad, por esto es que el lugar de

(...) los relatos son mediados en la intervención por diferentes instrumentos, así como también por distintas categorías de análisis. Esa construcción de los sujetos que recurren a la intervención implica una serie de cuestiones que es necesario demarcar. En principio, que desde la intervención se interpretan situaciones, se captan las motivaciones y las intenciones de los demás, se logran entendimientos intersubjetivos, a veces se actúa coordinadamente y dentro del universo social.

Estos intentos de aproximación a lo subjetivo posibilitan la recuperación de determinadas categorías de análisis provenientes de las ciencias sociales (Carballeda, 2002, p. 101).

El conocimiento extraído o interpretado de los acontecimientos de la vida en “condiciones normales” propicia la integración del conocimiento que se ha generado en las ciencias sociales y que le han dado comprensión a tales acontecimientos, o al menos se puede “acomodar”. También se le otorga una comprensión al sujeto sobre el cual se interviene, llegándose a pensar desde tales categorías, realizando lecturas causales sobre la vida que les toca vivir.

Así mismo,

(...) el trabajo social posee un cierto tipo de conocimiento acerca de la vida cotidiana de los sujetos sobre los que interviene, entendiendo “vida cotidiana” como un espacio donde se llevan adelante procesos mediante los cuales se construyen y se alimentan simbolizaciones. Por eso la forma de aplicación de ese conocimiento puede dar diferentes sentidos a la intervención. En otras palabras, de acuerdo con el marco conceptual que sustente la intervención, la vida cotidiana tendrá diferente “valor” en términos de intervención (Carballeda, 2002, p. 84).

De esta manera, aparecería la idea de enfoque con la cual se estarían viendo los distintos modos de vida y será dónde se pondrá el acento para la intervención. Esto marca un lugar distinto que ocuparía el interventor, pues no se



podría considerar una verdad absoluta sobre lo que ve, ya que esta se relativiza, permeando el lugar que cumple el profesional de la intervención, pues de acuerdo a cómo vea, será lo visto por él, pudiendo existir distintos lugares sobre los cuales observar, lo que construye problemas distintos, vidas distintas, clasificaciones distintas, incluso podría no llegar a clasificar a ese otro. Se posibilita por tanto, también otro lugar para el intervenido, ya que no será estático, ni definido, sino que se construirá en la relación que establezca con el interventor.

Por lo tanto,

(...) que el conocimiento se construya efectivamente en relación con los intervenidos, implica un proceso complejo en donde se torna vital el tipo de interacción entre interventores e intervenido y que debe girar alrededor de la recepción crítica y la construcción misma del saber. Esto señala una tensión (propia de la división del trabajo comunitario), entre el saber profesional experto el saber empírico, en medio de la cual se debe buscar su equilibrio en la gestión permanente, democrática y respetuosa del conocimiento y de las acciones sociales ligadas a la intervención (Rueda, 2007, p. 7).

Pareciera que el conocimiento que se establece mediante la relación de interventor e intervenido se volvería más complejo, más trabajoso, de lo que se podría extraer que sería más simple generar ese conocimiento desde un no lugar, sin especificación, como si fuese objetivo y se tuvieran controladas todas las

variables. Es de esta forma que ambos discursos se pondrían en el afán de resolver sus propias tensiones, ya que por otro lado

(...) cuando expertos y ciudadanos tenemos la misma perspectiva (la misma representación social compartida) de una realidad concreta, no hay ningún debate: todos estamos de acuerdo en que “aquello” es así, tan sólo cabe que le asignemos un nombre (por ejemplo: marginación, injusticia social, inadaptación, desviación, problema, necesidad, etc., si la denominación está connotada negativamente; bienestar, satisfacción, felicidad, progreso, etc., si la denominación esta connotada positivamente). Pero si nuestras perspectivas discrepan, entonces aparece “una realidad diferente”, sobre la que tendremos que discutir (Casas, 2003, p. 93).

Lo que se intenta identificar es que, al incluir al otro en el saber que va produciendo, cruza miradas, permite un cierto grado de respeto frente a lo que se dice y hace, o frente a lo que se actúa o mejor aún, acciona. Este tipo de relación se expresa como una tensión, pues sería un choque de fuerzas, de miradas heterogéneas, pero que aún no se han considerado en el mismo nivel, por lo que pareciera que la tensión, más que venir de los saberes propios, estaría puesta en los niveles de tales saberes, pues cuesta desprenderse de la historia en que se han generado los conocimientos y cómo éstos han sido tratados y posicionados, donde el saber científico argüiría un lugar más “elevado” pero que ambiciona incorporar el saber popular. Esta tensión no será resuelta si no hay un cambio de concepción

y valoración de los distintos conocimientos producidos. Así se ve evidenciado que “se requiere, por tanto, de saberes que en su lenguaje sean capaces de *nombrar e intervenir* en las escisiones producidas entre la concepción de cultura de expertos y la praxis cotidiana” (Matus, 2006, p. 29), donde pareciera que primero, para que se le dé un realce al conocimiento proveniente de la vida popular se necesita que cambie la concepción que le ha otorgado una jerarquía mayor al “saber experto” para posicionar, como si se tratarán de relaciones asimétricas, al saber popular. Una vez que esto fuera resuelto es que podría operar la “libre” construcción de los distintos saberes. “En esta relación sobre todo se trabaja la especificidad del conocimiento científico en relación con el conocimiento popular” (Montenegro, 2001, p. 225).

Cuando en el dispositivo de intervención social se comienza a visualizar el conocimiento manejado a partir de la praxis que se establece en la vida de las personas sobre las que interviene en su vida cotidiana, emerge una nueva concepción del saber mismo, pues habría un giro de tipo epistemológico, político y ético. Epistemológico, por la nueva forma en que se conoce lo que se conoce, ya que no provendrá de la generación de conocimiento ilustrado en el mundo de las ideas; político, pues se generarían determinadas estrategias que penetrarían el mundo social, en las vidas de los intervenidos; y ética, poniéndose en tensión el quehacer del interventor, desde lo profesional.

Se buscará, desde un nuevo lugar, alianzas entre ambos saberes, los que maneja el profesional de la intervención social, a partir del conocimiento de tipo académico; con aquel conocimiento que maneja el poblador de la comunidad a la

que se llega, rescatando aquel de “sentido común” y que estaría atravesado por la historia de su lugar, y los problemas, y soluciones que han orientado su hacer. Siendo así, es que

(...) la relación del conocimiento científico con el conocimiento del sentido común es una relación de complementariedad (Schwandt, 1996), en cuanto que ambas conceptualizaciones, una relativa a la experiencia de los individuos sobre su vida y la otra relativa a la reflexión sistemática sobre los procesos presentes en estas experiencias, pueden servir como dispositivos teóricos para el análisis y mejoramiento de ambas (Sánchez, 2001, p. 138).

Pero ¿mejoramiento de qué? ¿Del conocimiento que se genera entre ambos, de las vidas y su sistematización o qué? Pareciera entonces, que la intervención social aspiraría a mejorar la vida de las personas, siempre y cuando éstas desnuden sus intimidades, conocimientos y vecindarios para generar un saber desde la intervención que aportaría a tal fin. La complementariedad en este caso, se trataría más bien del “exprimir” todo lo posible del poblador, para que por medio de la “academia” se le dé formalidad, estructura y lineamientos para la mejora del conocimiento científico y en su consecuencia, a la vida de las personas.

En este mismo sentido, puede abstraerse que si bien el reconocimiento del conocimiento de sentido común comienza a cobrar una importancia no dada por todos los interventores, resulta complejo ponerlo en una misma posición, en

donde por cierto no serían iguales, marcan multiplicidades, pero se los sigue reconociendo para alimentar el conocimiento de tipo académico.

Ahora, también existiría un reconocimiento más orientado al saber desde lo horizontal, reconociendo igualmente al interventor desde lo profesional, por lo tanto de un lugar distinto, pero que declara a los distintos saberes como válidos para enfrentarse. Se muestra que

(...) la intervención social requiere de profesionales que piensen y actúen desde y con la complejidad, con la valoración del saber experto pero con el reconocimiento respetuoso del saber lego que es inmensamente importante y útil, que se interesa por el conocimiento sobre lo macrosocial y lo microcomunitario en una experiencia de reconocimiento recíproco que debe darse, sobre todo, en medio del análisis profundo de las prácticas (Rueda, 2007, p. 8).

En este sentido, se declara aquel saber que no tiene acceso al conocimiento más formal, sí poseería otro tipo de saberes, tan “ricos” quizás como el anterior, aproximándose a compartir, desde las diferencias, para acrecentar sobre todo la exploración, visualización y comprensión de las prácticas sociales.

Al plantearse en un equilibrio de saberes, también se reconocen las diferencias, sobre todo porque se llega a intervenir, no a cualquier lugar, sino a aquellos donde aparece la demanda que estaría ligada a resolver, aunque sea en parte, alguna situación que resulta problemática. Las concepciones que se han

teñido de lo problemático pueden ser diversas, pero estarán orientadas a cierta dificultad. Es dentro de este marco que se comprende que

(...) las personas se educan en el diálogo mediadas por el mundo. Ellas son quienes mejor conocen su situación de opresión por estar inmersas en ella (...) pero también, dado que los/as agentes externos/as tienen contenidos de conciencia diferentes debido a las posiciones diferenciadas en la estructura social, la incorporación de éstos/as en los procesos de desenmascaramiento de la realidad también es necesaria (Montenegro, 2001, p. 224).

Por lo tanto, se mantiene un reconocimiento de ambos saberes, pero sería el de algún agente externo el que posibilitaría la develación de lo que realmente ocurriría en aquella realidad a la que no tendrían acceso desde la comprensión. Siendo entonces la relación de los distintos saberes, en este caso de un externo a la comunidad que llega para hacer la labor de intervención y el saber de las propias personas que viven el proceso de intervención desde el lugar de intervenidos, vistas de manera complementaria, pero no equivalentes, no en un mismo lugar, pero que se necesitarían mutuamente para generar mejores y mayores comprensiones, cada uno en su lugar y desde la experticia que les toca.

Como un nuevo lugar, también aparecerá aquel en que el interventor estaría en una relación de mediador entre diferentes partes, se posicionaría en un “entre” que necesita de dos polos para existir, reconociéndoles habilidades, a los

interventores sociales, para ocupar el lugar de tercero en el diálogo entre Estado y ciudadanos.

Los/as profesionales también son vistos/as, en los materiales trabajados, como mediadores/as entre los diferentes actores que se encuentran en el entramado del sistema de servicios sociales. Se asume que tienen el vocabulario y las herramientas educativas necesarias para tratar tanto con los organismos del Estado que planifican y definen las políticas sociales como con las personas de la comunidad (Montenegro, 2001, p. 101),

al parecer esta sería una nueva cualidad que se le otorga a la intervención social, pero que no resta otras posibilidades.

Es de esta forma que se han visto de manera somera, cuál sería el escenario en que se montan las relaciones que podrían establecerse entre interventor e intervenido, mostrando distintas posiciones, pero que permiten advertir concepciones de saberes múltiples desplegados en el campo específico de la intervención social.

Luego de este recorrido, nos centraremos en la especificidad de la postura del interventor como saber experto y del intervenido como saber popular.

#### **4.2.4.1 Saber experto**

Dentro de la intervención social, el saber se ha considerado de manera polarizada, estando concentrado en un lugar o más de uno, de acuerdo a las bases teórico-políticas que se encuentren en juego. En este punto se revisarán las nociones que podrían considerar el saber puesto en el lugar de la experticia, un saber que es especialista de campos a atender, que muchas veces genera tensiones y resistencias entre los distintos actores de la intervención social.

El pretender realizar conocimiento de tipo científico, es uno de los grandes supuestos que persigue la intervención social, pues al pretenderse científica, deja muchas veces de lado aspectos subjetivos, demandas, pretensiones, aspiraciones, etc. provenientes de lugares ajenos a la “objetividad” y a la construcción de enunciados científicos. Según Ferrán Casas (1990) la intervención social que se despliega por las instituciones presenta una constante “dicotomía” entre la demanda ejercida por una instancia representativa del gobierno, donde se solicita la solución de un problema; y del profesional que ejerce la intervención, quien pretende realizar un trabajo situado desde el rigor científico, conocimiento que le sería propio. La tensión presente entre las demandas recibidas y la necesidad de rigurosidad científica, estaría dada por la “descontextualización” desde la cual se hace la demanda y los apremios en el tiempo de sus ejecuciones, presionando al profesional, quien se ubicaría desde el lugar de un saber experto y “...expertos se refiere tanto a científicos como a profesionales que fundamentan su práctica en conocimientos científicos” (Casas, 1990, p. 288). Este conocimiento científico les otorgaría un lugar especial, si se quiere privilegiado, desde el cual se



posicionarían, mirando con cierta “distancia” los procesos sobre los cuales interviene. Se podría entender, desde esta postura, que

(...) la intervención **parte de la postura del/a profesional como experto/a**. Los/as profesionales prestan los servicios a partir de su preparación técnica producto de su conocimiento de las ciencias sociales, herramientas de investigación y diagnóstico, técnicas de intervención específicas y preparación para trabajar en equipos coordinados. Todas estas características apuntan a que estos actores son quienes deben planificar, ejecutar y evaluar las acciones que se hacen a través de los servicios sociales, a partir de los programas establecidos (...) y de las demandas de individuos, grupos o instituciones (Montenegro, 2001, p. 101).

O sea, al considerarse el profesional de la intervención social como experto, éste asumiría prácticas totalizadoras o abarcadoras de cada proceso, pues sería quien tendría todas las capacidades y habilidades, aprendidas en la academia, para realizar paso a paso, cada uno de los asuntos pertenecientes a la intervención, teniendo que esperar sólo que sea demandado su trabajo, para comenzar con la carrera de poner en “práctica” todo el conocimiento y técnicas que manejarían. Quedando relegado cualquier otro tipo de actor dentro de la intervención y si acaso apareciese, da la impresión que sería disminuido a “paciente enfermo” que debe recibir, como mero receptor, una intervención social.

El interventor posicionado desde este lugar, echara mano a cuanto método necesario y validado, desde su postura, sea útil para la acción, evaluándola como positiva en la mayoría de los casos, pues, al parecer, no aceptaría una postura contraria para evaluar su trabajo. Esto permitiría que se atribuya un lugar de especialista, que puede conversar con otras disciplinas, pero donde él aportaría la especificidad del marco intervencionista.

El valor que se otorga a la especificidad de un saber de tipo teórico-conceptual y éste adaptarlo lo mejor posible para aplicar en las dinámicas sociales, resulta de real importancia para el dispositivo de intervención social, en tanto reconocimiento de un saber experto que operaría en la intervención misma, pues sería desde esta postura desde la cual se realizaría la labor. Entonces, para realizar una intervención “seria”

(...) se requiere adentrarse en ofertas conceptuales específicas y operacionalizar sus dimensiones en forma rigurosa. Esto es un desafío que involucra considerar seriamente al menos dos cosas: que el reconocimiento de sustratos conceptuales específicos es fundamental en la intervención y que no hay una sola forma de llevar adelante esos procesos, es distinto fortalecer autonomía desde enfoques liberales, comunitaristas o de las éticas discursivas. Y esto no es un punto secundario para la especulación de expertos, sino un núcleo vital de la intervención (Matus, 2006, p. 69).

Por lo tanto, se necesita y le da sentido a la intervención desde un saber experto, manejar conocimiento bien definido y luego tecnificarlo, a partir del escudriñamiento de cada uno de los rincones, para asirlo en la intervención social. También se considerará que pueden existir distintos enfoques para un mismo fenómeno, lo que además marcaría diferencias en la forma de intervención, pero lo más importante es que el ajuste que se realiza de la teoría para el fenómeno social es el motor que movilizaría la intervención social desde una postura del saber experto.

Otra forma de comprender el saber experto, es desde la interdisciplinariedad, se necesitaría del profesional bien formado, con conocimientos que sea capaz de utilizar, pero ahora además, que pueda compartir el conocimiento que maneja, aspirando de esta manera a una intervención que sea apta de resolver la complejidad de los nuevos problemas sociales.

Entendemos que ya no basta con “el saber y saber hacer”, con ejercer el oficio enmarcado sólo de las características del Trabajo Social definido, sino que se necesita de un saber experto que trascienda lo disciplinar, la resolución de las actuales problemáticas sociales, en territorios tan complejos que requieren de un enfoque que supere la especificidad.

Creemos en la configuración de espacios interdisciplinarios que conceptualicen los problemas de forma compleja, no sometidos a fronteras de saberes parciales, tratando de abandonar la naturalización

del recorte que cada disciplina realiza, persiguiendo el logro de una intervención que generen respuestas integrales (Calienni, Martín y Moleda, 2009, p. 45).

Por un lado, se asumiría que no se precisa tanto de un saber, en términos de dominar cierto conocimiento y luego ser capaz de aplicarlo, buscando en las concepciones actuales, de un saber que maneje muy bien el tipo de conocimiento necesario para realizar su labor, pero que considere y sea también hábil para relacionarse con otros tipos de saberes, con otros lugares procedentes que serían útiles para gestionar la solución de las problemáticas sociales a las cuales asistiríamos en éstos tiempos. Por otro lado, además de compartir esos saberes, se debe buscar una nueva conceptualización construida desde disciplinas distintas, que puedan compartir y producir en manera conjunta. Desde esta postura lo que se pretende es rearticular el conocimiento, para rearticular de la misma manera, tal vez, la vida en sociedad.

Es así que, se mantiene un realce del conocimiento que manejarían los profesionales de la intervención, pero que a la vez no es capaz de resolver por sí misma, volviéndose necesario compartir y tomar de otro campo de saber, nuevas conceptualizaciones que permitan comprender la vida en sociedad de mejor manera, manteniendo una reflexión constante. Lo que se pretende es “generar intercambios en el colectivo profesional, impulsando una reflexión profunda al interior del mismo, optimizando nuestra condición de agentes profesionales que establecen relaciones e interacciones en las cuales se construyen, reconstruyen e

intercambian saberes” (Calienni, Martín y Moledda, 2009, p. 39). Pensándose desde una relación interdisciplinaria, lo que querrá decir, que entre las diversas disciplinas que actúan en el escenario de la intervención social, compartirán los saberes específicos de cada cual, para desde allí establecer posibles soluciones para el problema a las que son llamadas a enfocarse. Convirtiéndose en un nuevo desafío para pensar en una intervención “eficaz” y “apta” para el territorio del problema social.

Visto desde la relación que se establece con el saber, éste se ve expresado en que

(...) cuando hacemos referencia a un saber experto para intervenir en las problemáticas sociales, lo hacemos creyendo que sólo se alcanza desde un pensamiento complejo, desde una ruptura epistemológica, desde la lucha por neutralizar la fragmentación del conocimiento – la especificidad de la especificidad-, por intercambiar saberes entre disciplinas, por reconocer el saber general, por trabajar interdisciplinariamente (Calienni, Martín y Moledda, 2009, p. 46).

Esto querrá decir ¿saber el saber? ¿Que el experto se convierta en un sabedor privilegiado? O que la fragmentación existente en los campos da saber se “soluciona” ¿compartiendo cada especificidad y la suma de aquellas especificidades generarían un saber general? Como sea, el llamado a la interdisciplinaria si bien no cambia muchas cosas, permite notar una inquietud

sobre cómo se está comprendiendo la idea de un saber experto y su marco de intervención, posibilitando la apertura entre profesionales que son parte de ella.

A este mismo ejercicio se sumaría el modelo de investigación-acción, donde se considera la reconstrucción del conocimiento de la localidad, a partir de la observación, o sea dónde apunta el ojo y lo que es capaz de ver. Es así que

(...) desde los aportes de la investigación-acción es posible plantear que el instrumento de observación en el trabajo comunitario es el “observador mismo”, pero éste está signado por representaciones y saberes previos que requieren una profunda reflexión y trabajo en equipo para dar lugar a una reelaboración de lo observado en tanto búsqueda de interpretaciones y confrontación con lo empírico, es decir, con lo fáctico. La observación es, entonces, una instancia de un proceso de análisis que contribuye a la interpretación de lo local (Carballeda, 2002, p. 120).

Escudriñando aquellos saberes que trae el interventor y ya no tan sólo aquellos que responderían a la formación académica, sino también aquellos que responden a su historia y a concepciones que muchas veces se dan por naturales, siendo el ejercicio de la reflexión personal como en conjunto del grupo que forma parte de la intervención.

Al parecer las nuevas discusiones que van desarrollando para la comprensión de la intervención social tendrían su foco en las problemáticas actuales de la sociedad, su complejidad y de la sociedad misma, donde se cruzan

distintos enfoques para mirar el problema y los lineamientos que debería seguir la intervención. A esto se sumaría una necesidad de dominar ciertos saberes y tener la capacidad de operacionalizarlos para aplicarlos a la práctica interventora.

La Intervención en lo Social Implica una serie de mecanismos y acciones que van cobrando complejidad a través del tiempo, por el propio desarrollo de las prácticas que intervienen y por la complejidad del contexto de intervención. La emergencia de las Problemáticas Sociales Complejas implica reconocer la Intervención en lo Social como un saber experto que trasciende los campos disciplinares dialogando con cada espacio de saber, generando nuevas preguntas que en definitiva son trasladadas desde los escenarios de la Intervención donde sobresale la incertidumbre, la injusticia y el padecimiento. Entender la Intervención como dispositivo implica también una necesaria articulación con las políticas públicas y las organizaciones de la sociedad civil (Carballeda, 2009, p. 14).

Al hablar de problemáticas sociales complejas, pareciera que más que dirigirlo a lo que ocurre en las sociedades, es que la intervención, a partir de la producción de su conocimiento y de los mecanismos que la misma va construyendo, producen también comprensiones de la sociedad de manera más “compleja”, pues se van reinventando preguntas y maneras de conceptualizar los fenómenos sociales, abarcando innovadoras perspectivas y presunciones de conocimientos que explicarían lo social. Así mismo, la construcción de nuevas

formas de ver, enfocar, comprender e intervenir se ven atravesados por una multiplicidad de instituciones y discursos, de maneras de ver y hasta sentir la intervención social, teniendo lugar los diferentes actores presentes en ella, donde ya no tan sólo estaría el saber experto situado en un personaje, sino que adquieren protagonismo otro tipo de organizaciones que sirven de sustento para la intervención. Dentro de esta visión se servirían también como punto de anclaje, la producción del dispositivo intervención social, para la comprensión de situaciones sociales que se relacionan con la injusticia e inaceptabilidad de la misma. Por lo tanto la intervención social, en este caso se posicionaría como un saber experto de tales fenómenos, para compartirlo en otras dimensiones.

Concebir el saber generado desde la intervención, como un saber experto, pone en tensión otros saberes que se verían descalificados, pues quien se pretende experto se dice especialista capacitado en su gran totalidad sobre el fenómeno en cuestión. Pues,

(...) esto hace que tambaleen algunas maneras de entender la función social del profesional *como experto*, porque, lógicamente, una cosa que puede pasar, y pasa, es que las evaluaciones de la realidad (y de las urgencias o prioridades para afrontarla) de los expertos y de los ciudadanos discrepan claramente. En la historia de los estudios sobre calidad de vida esta cuestión es bien conocida, puesto que dio lugar a una década entera de debates estériles: si discrepamos, ¿quién tiene (más) razón? ¿quién sabe más sobre diabetes, el diabético o el médico



especialista en diabetes? La tentación era responder que, naturalmente, “nosotros”, los expertos, siempre sabemos más que los usuarios de nuestros servicios. Y entre los expertos, los que deben tener más razón son aquellos que manejan datos más “objetivos” y no los que estudian los “subjetivos” (como, por ejemplo, las opiniones de las personas, su satisfacción con los servicios, su bienestar psicológico, o su satisfacción con la vida) (Casas, 1996) (Casas, 2003, p. 92).

En este sentido, lo experto si sitúa en el profesional que maneja ese tipo de conocimiento, personificando la experticia, pues se sitúa en el lugar de la ciencia, pretenda ésta ser “objetiva”, independiente de los fenómenos que estudia. Por lo tanto, se situaría desde un lugar “superior” de aquel que no maneja tal saber, en este caso del lugar del intervenido. El conocimiento que se va generando y que aprehende el profesional de las ciencias sociales, incluso de las educativas, generando posiciones a priori en la labor encomendada, tratando de salvar al excluido para integrarlo, al marginal para dignificarlo y así con todas las categorías establecidas para tal población.

Se puede pensar también que el saber forjado como experto responde a una red de saberes expertos, lugar desde el cual se engrandece a sí mismo y que permite delinear políticas e intervenciones estratégicas para controlar de mejor manera a las poblaciones, sobre todo al tipo de población que aspira la intervención social, aquel en que se encontrarían los “infraclase” como los nombra Rose (2007), esta clasificación dirigida a quienes no son deseados en la

sociedad, las sobras de aquella sociedad soñada, la misma que ha construido éstas condiciones, han sido fraccionados a partir de los problemas específicos que representaría cada cual, para luego ser atendidos por los expertos especialistas en cada ámbito. En consecuencia,

(...) las comunidades se convirtieron en zonas a ser investigadas, mapeadas, clasificadas, documentadas, interpretadas, sus vectores explicados por futuros-profesionales-iluminados en incontables cursos universitarios, y para ser tomadas en consideración en innumerables entrevistas entre los profesionales y sus clientes, cuyas conductas individuales, ahora, se vuelven inteligibles en términos de las creencias y los valores de “su comunidad” (Rose, 2007, p. 119),

convirtiendo aquel saber construido como productivo, otorga características, “enriquece” el conocimiento, genera políticas, crea nuevos programas y empleos para los expertos, una red infinita de producción, que por cierto permite una mejor gestión de gobierno, administrando ya la vida cotidiana, por medio de aquellos profesionales, quienes sirven de sustento para tal tarea, gobernar las vidas de las poblaciones.

#### **4.2.4.2 Saber popular**

Una vez revisadas las concepciones existentes sobre el interventor como saber experto, se hace necesario examinar aquellas nociones que tengan relación con el lugar que se le otorgaría al saber que manejaría la comunidad, la sociedad

civil, localidad o cómo se le configure, pero que estaría en la posición de intervenido socialmente.

Como ya se tiene antecedente, el saber creado desde las ciencias sociales ha ido cimentando una forma de comprender el mundo y los fenómenos que en el acontecen, les ha ido dando nombre y apellido, se ha otorgado conocimientos y a construido la certeza de detectar las verdades del mundo, relegando a un espacio muy pequeño aquellos saberes que no provendrían de enunciados científicos.

En cuanto a la intervención social, ésta según Carballada (2002), desde sus orígenes fue construyendo un saber acerca de ese otro sobre el cual aplicaría su tarea, construcción de ese otro como sujeto, sujetado a la intervención social y a los conocimientos que manejaría, logrando con esto generar un saber mayor acerca de ese sujeto y los caminos que debería recorrer, direccionando su andar.

Es decir, desde las prácticas de intervención fueron construyéndose dominios de saber cada vez más tecnologizados que generan la aparición de “diferentes” donde antes había iguales.

Es posible ubicar el nacimiento de esas concepciones en el siglo XVIII, cuando surge todo un saber alrededor del “hombre”, la individualidad, la normalidad y la anormalidad. Pero este saber no se impone, sino que hace nacer un nuevo sujeto de conocimiento (Foucault, 1980).

Desde esta perspectiva, ese otro, ese sujeto de la práctica, no es ni más ni menos que una construcción. No se trataría de analizar cómo

se le imprime el contexto al sujeto sino cómo las condiciones presentes y pasadas lo construyen a través de las prácticas (Carballeda, 2002, p. 42).

Haciendo del saber, un saber productivo a través de la práctica, productivo en tanto construye un nuevo sujeto, aquel sujeto con los perfiles construidos también para darle aceite al motor de la intervención social. El arte de gobernar sobre el reinado construido desde la práctica interventora sigue dando frutos hasta ahora, reinado que podría tener como súbditos a los sujetos de la intervención, esto desde el campo de saber construido y que genera efectivas técnicas y tecnifica aquellos saberes mediante más intervención se realiza y conceptualiza. Además ese otro sería clasificado, encasillado desde el lugar no deseado, introduciendo en la misma idea la necesidad de dejar de pertenecer a aquella clasificación, encauzando los pasos para volverse lo deseado en la sociedad, lugar que también ha sido construido.

Es así que se va fraguando el sujeto de la intervención social, que sin duda ha ido permutando a través del tiempo, con distintos sujetos o distintas formas de comprender y posicionar a ese sujeto y al saber que manejaría también, como parte indispensable de la sociedad.

Existirá una concepción del intervenido visto como receptor y

(...) lo que aquí llamamos el “receptor de la intervención” es el sujeto social, individual o colectivo que se identifica en un discurso de intervención social, y que protagoniza el problema que se intenta

solucionar. Este sujeto puede ser deficitario, es decir, definido por sus vacíos y sus incapacidades, y como tal tiene pocos o ningún elemento útil para superar la situación problemática en que se encuentra. El estilo de intervención más típicamente representativa de la concepción deficitaria es la acción caritativa (...) El sujeto receptor de la intervención puede ser interpretado también como portador. Se trata aquí de un tipo de individuo o colectivo que tiene un conjunto de características, latentes o potenciales, necesarias e indispensables para superar su situación problemática. El estilo de intervención más representativa de este enfoque, en Chile y América Latina, es la educación popular inspirada en un proyecto social alternativo a partir de una “cultura popular” (Corvalán, 1996, p.p. 35-36).

Cuando se ve al motivo de la intervención como mero sujeto receptor de ella, el lugar que le pertenecería a aquel sujeto (no tan sólo en términos individuales, sino que también colectivo) sería el de vasija a ser llenada, completada por características, habilidades, competencias, etc. que le hacen falta, cuestiones que por cierto vienen definidas por los discursos múltiples del dispositivo intervención social. Al presentar un sujeto como deficitario estaría permanentemente en falta, desposeído casi por completo de herramientas que le permitan ser en el mundo, al menos de las formas en que se estila que se sea, llamando a la intervención a otorgarle primeramente la satisfacción de las necesidades más básicas, para luego enseñarles habilidades que le permitan mantenerse. En los discursos donde aparece esta visión del intervenido, aparece la

construcción de un sujeto dependiente de la intervención, pues interiorizarían que la falta será apenas colmada por programas sociales, manteniendo una relación de tipo utilitario en ambos casos.

Por otro lado, existiría un sujeto receptor de la intervención considerado poseedor de una capacidad que puede ser potenciada para mejorar el estado en el que se encontraría. En este escenario, el intervenido tendría las aptitudes para participar del cambio en la situación problemática que lo aquejaría, donde la intervención lo consideraría como parte activa de su accionar, discurriendo al saber popular y haciéndolo parte de la intervención misma. En este sentido se consideraría al “educando” o “intervenido” con un saber que le es propio, parte de su historia y de la cultura, encontrándose los distintos saberes, pero sobretodo enalteciendo aquel saber popular, siendo esta concepción muy disímil a la revisada anteriormente, pues se rescataría el saber de la comunidad, desde el respeto y la puesta en escena de la intervención.

Dentro de la última noción explorada se comenzará a tomar en cuenta el conocimiento manejado y generado por los mismos actores receptores de la intervención, donde la aproximación a la localidad y a las prácticas allí generadas tomara realce dentro del proceso de la intervención social, un realce desde el mayor protagonismo que iría adquiriendo la comunidad en las problemáticas que de ella son parte.

Desde esta perspectiva, la aproximación al conocimiento de la “microsociología local” implica comprender los espacios de

intervención comunitaria desde la existencia de dos órdenes: uno social y otro de experiencia subjetiva. Es decir, dentro de una comunidad nos encontramos con situaciones de interacción entre diferentes actores, que pueden mostrarnos singulares y diferentes formas de padecimiento en tanto efectos de la cuestión social (Carballeda, 2002, p. 119).

Al considerar la localidad sobre la cual se efectuaría la intervención social, ésta se volcaría a la comprensión de las dinámicas que de ella forman parte, así es que complementarían el saber que se tiene del sujeto de la intervención. Por otro lado, tomaría en cuenta la vivencia de tales dinámicas en el sujeto mismo, quien le daría un sentido, que varía entre los actores, pero que permite una mayor perspicacia frente al problema que es llamado a solucionar. Así es que se van encontrando los saberes del profesional de la intervención junto al del sujeto intervenido y su comunidad, donde a partir del enfoque con que se presente la intervención, se les dará mayor o menor importancia a cada cual. Por ejemplo,

(...) en el caso de la IAP<sup>7</sup> permite la interpenetración entre el conocimiento popular y el experto a partir de un compromiso existencial que implica una transformación de la personalidad y la

---

<sup>7</sup> El término se refiere a investigación Acción participativa, método recurrente, al menos en psicología comunitaria, para realizar los procesos de intervención social.

cultura, la rebelión contra la rutina, el egoísmo y la manipulación (Jiménez-Domínguez, 2004, p. 140),

proponiendo una postura dialógica en la intervención, basada en la confianza mutua y el cruce de saberes. Al mantener esta relación con el saber y enfrentar las diferencias, se crea una nueva relación que echa mano al compromiso, aludiendo a características personales como si se tratara de la “esencia” de cada uno, que se vería cruzado por la movilización y transformación cultural, cuestiones que estarían en sintonía con una mirada de malos hábitos que deberían ser modificados por el compromiso adquirido con otro que pretendería dirigirse a establecer una justicia social. Pareciera que, si bien se tiene una mirada relacional, ésta estaría situada en la relación interventor-intervenido, explicitando características que han sido evaluadas como negativas para la sociedad, en este caso la comunidad, y deberían ser modificadas a partir del compromiso que se adquiere al compartir saberes que le serían propios a cada cual.

Por otro lado, al considerar las políticas sociales que son puestas como gran productor de trabajo para las intervenciones sociales actuales, se verá que también se manejaría una visión del intervenido y el saber que podría prestar éste para tal proceso o el lugar que se le otorgue a tal saber. La política social ejercida en estados democráticos y que considera importante la intervención social, se dice tomar en cuenta la opinión y demandas de la sociedad civil (Casas, 1990), pudiendo en este ejercicio tomar protagonismo frente a los lineamientos de la política, “aunque ello es un tema complejo, dado que nunca existe “una” única



opinión pública. La noción de “problema social” deja de referirse a los problemas percibidos desde la autoridad, para considerar también los problemas percibidos desde los ciudadanos” (Casas, 1990, p. 288). Ahora, pareciera que el saber reconocido sería aquel más proclamado por la opinión pública, quedando invisibilizados aquellos que se mantendrían al borde, aquellos que muchas veces no son consultados o que otras muchas son silenciadas. Tomaría forma de saber ciudadano entonces, aquellos que se pronuncian desde mecanismos formales y que tienen la posibilidad de ser vistos y escuchados por el resto, quedando relegados aquellos otros que no logran ser vistos. Además, el saber pronunciado como opinión pública, si no es organizada perdería todo efecto de injerencia ante la política, pues no puede tomar en cuenta la voz de cada uno y de todos. Sería de esta forma, que los problemas vividos por la sociedad y que se “ameritarían” de la intervención social, podrían tomar forma a partir de lo que señalarían los ciudadanos, perdiendo escenario aquel reclamo realizado a las autoridades por generar ellos la dirección hacia lo problemático, definido anteriormente y sin consulta a la sociedad civil. Aunque no se excluye el protagonismo de los lineamientos para direccionar la política social, pues sólo se consultaría por los problemas, pero éstos serían definidos y armados por la misma autoridad gobernante. Entonces, pareciera que este saber no sería un saber, sino más bien una demanda que se realiza desde la sociedad civil, tomando esta demanda la forma de información. Al delimitarse de esta manera se dirá que esto (la información) es lo único que puede transmitirse, a la manera de consulta ciudadana, pues el conocimiento tomaría la condición de construcción o de

reconstrucción del sujeto (el uno o los todos) que forma parte de la sociedad y que participa activamente de ella y los saberes existentes (Fantova, 2006). Es así que al presentarse los programas sociales y su aplicación por medio de la intervención social, se tratará de evaluar, como mecanismos que permitirían ajustar las nuevas políticas, consolidando o innovando en aquello que pareciera no generar la calidad que se busca. Siendo así es que

(...) no se puede hablar de calidad de ningún grupo humano o población sin tener *también* en cuenta el punto de vista de todos los agentes sociales implicados, incluidos los destinatarios de servicios. Igualmente no se podrá hablar de calidad de un servicio sin tener en cuenta las evaluaciones de los usuarios (Casas, 2003, p. 92),

lugar en que se ponderará la voz de la población sobre la cual se aplica la intervención, pues serían ellos quienes forman parte activa de tal proceso, ya no considerándolos como demandantes a lo que habría que sólo escuchar para que se decida en otro lugar, sino que más bien, éste, el actor poblacional podría marcar incidencias, a partir de la evaluación que hace del trabajo ejercido por los profesionales de la intervención, marcando aquellos intersticios que no logran ser visualizados, pero que permitirían generar “mejores” intervenciones, con mayor conocimiento de lo que opina la población.

Desde otros enfoques se considerará al receptor de la intervención de manera disímil a las revisadas y de los cuales surtirán efectos en la intervención misma, donde el conocimiento y las experiencias de la población tendrán impacto

que adquiriría relevancia en la intervención. Un ejemplo de esto son las conceptualizaciones que se manejan en la psicología social comunitaria sobre los actores pertenecientes a la comunidad en que se realizan intervenciones. Considerando que

(...) el reconocimiento del conocimiento de los participantes tiene efectos potenciadores en éstos. Por un lado se eleva la confianza de la gente en sí mismas, precisamente por la valoración que se hace de la experiencia de la población en sus asuntos. Esto es particularmente cierto en contextos donde tradicionalmente se descarta el conocimiento que la gente ha acumulado a lo largo de su vida (Sánchez, 2001, p. 138),

rescatando saberes que muchas veces no son reconocidos como saber. De esta forma el participante adquiere un rol protagónico en la intervención, a partir del reconocimiento generado por los profesionales y el proceso interventivo, potenciando de esta manera la mayor participación y el autoreconocimiento en el mismo proceso, otorgando incluso un mayor valor a la vida misma de los participantes. Así mismo, se considera al sujeto intervenido como productor de los procesos que acarrea la intervención, tomando parte en los asuntos que competen, a darle nuevas formas a las dinámicas que han resultado problemáticas para la población, adquiriendo también un mayor valor en lo que se haría. El profesional de este tipo de intervención llamadas participativas, reconoce el saber que manejarían los sujetos de la intervención, creando un nuevo escenario que les

permitiría a los pobladores “hacerse cargo” de sus padecimientos, pues contarían con las capacidades necesarias o se las podría potenciar, para lograr, tal vez, que ya no se necesitase de la intervención social, pues podrían resolver ellos los problemas.

Dentro del mismo enfoque,

(...) se propone la necesidad de desarrollar teoría y práctica que puedan colaborar en la eliminación de las relaciones de dominación presentes en la sociedad. Esto se da en las acciones que se ejecutan y en las prácticas de concientización que se dan en el trabajo conjunto (Montenegro, 2001, p. 227),

siendo el intervenido considerado como parte necesaria para un cambio social, pues se pretende suprimir aquellas prácticas que tengan a otro como dominado, sobre el cual se ejercerían relaciones de explotación. Al ser el participante de la intervención el foco de aquella dominación, su buscará desvelar el velo ideológico que muchas veces no permite enfocar la posibilidad de eliminar tal dinámica en la sociedad. Siendo la praxis del profesional una posibilidad para fortalecer el papel que le toca a la misma comunidad, desde un lugar protagónico.

De esta forma, el participante “receptor” de la intervención se irá convirtiendo en un agente importante para la generación de conocimientos que no se limitaría a la experiencia otorgada que sirve a los profesionales sistematizadores, sino que el participante también manejaría un conocimiento y conceptos que le son propios y que construyen en la relación misma, nuevas

formas de saber, a partir de su trabajo intelectual, siendo el trabajo de la intervención social ejercitado mediante la coproducción (Sánchez, 2001).

Y de manera más radical aún, se dirá que cada cual sería experto de la labor, oficio, profesión o expresión que le toca plasmar, elevando la condición de reflexividad de su quehacer,

(...) así, “el papel de los expertos profesionales es entonces meter la reflexividad de los contextos en las preguntas de los expertos animadores (dirigentes), a través de las expresiones de los expertos vivenciales (bases)” (Villasante, 1998, 31). La reflexión de la realidad se instala en situaciones concretas y en su dimensión histórica (Lapalma, 2001, p. 62).

Se marcarían ciertas distinciones en tendencias a realizar, donde el profesional de la intervención tendería a gestionar la reflexión; el dirigente tendería a la problematización mediante las preguntas; y las bases tenderían a plasmar la experiencia de sus vidas, siendo todos parte de una red multirelacional de expresión de saberes que dan cuenta de procesos situados e históricos, pero que serían forjados en la “realidad”.

A la luz de lo expuesto y teniendo en cuenta que el material de análisis son documentos académicos, aparece el saber del sujeto intervenido (individual o colectivo) como una construcción de quienes están pensando la intervención, delineando concepciones y técnicas que permiten la comprensión de aquel sujeto para generar “mejores” prácticas, teniendo en cuenta al sujeto mismo y el lugar

que este debiese ocupar en el proceso interventivo como parte de la sociedad. Por lo que ese otro de la intervención, “ese” sobre el que se aplica la intervención, se legitima en tanto producción de categoría analítica construida por el saber de las ciencias sociales situadas en el rescate realizado por los pensadores de la “intervención social”.

#### **4.2.5 Saber útil para la Intervención Social**

Luego del recorrido realizado, quedaría introducirnos en la utilidad que se le ha dado al saber de y en la intervención social, para qué se ha utilizado, qué formas ha tomado. Para esto daremos revisión a posibles caminos que ha transitado y otros por lo que transitaría, de acuerdo a lo que exponen los diversos autores analizados.

De esta forma, es que el saber generado desde la intervención social ha ido tomando, a partir de las experiencias generadas en su quehacer, del conocimiento de los sujetos intervenidos; por otra parte, también se ha interiorizado en los mismos sujetos el conocimiento y los mecanismos a seguir, enseñados por la misma intervención, para posibilitar el mejoramiento de sus condiciones de vida, tratando de suplir las necesidades o solucionar los problemas de los que se verían aquejados los pobladores de una comunidad particular.

Dentro del conocimiento que se ha ido generando en el dispositivo de intervención social

(...) es clave el aprendizaje basado en la experiencia que debe reconstruirse y sistematizarse y el diálogo entre los distintos actores, entre ellos, los de la comunidad y los científicos o profesionales. Esto implica, valorar el conocimiento o el aprendizaje tácito y explícito; el primero es el saber ligado a la academia y el segundo a los procesos comunitarios, ciudadanos y vitales, en una especie de meta-aprendizaje. A esta perspectiva se le denomina “gestión del conocimiento” e implica utilizar modelos académicos, pero no encerrarse en ellos (Rueda, 2007, p. 7).

El conocimiento producido a partir de la experiencia interventora, donde se mezclarían los saberes del ámbito académico ligado a las ciencias y sus criterios, se vería inmiscuido con aquel saber generado por las historias de vida, por los procesos sociales y sus formas de enfrentarlos desde la comunidad donde se produciría la intervención. Al realizar este ejercicio, el producto sería una comprensión “global” e “integrada” de la intervención social puesta en acción, donde a partir del diálogo efectuado con la comunidad, respetando su posición y compartiendo saberes, tendría el fin mayor de hacer conscientes los propios aprendizajes del proceso realizado, situando aquellos procesos en operaciones mentales, por lo tanto individuales, aunque luego puedan ser compartidos. Al pretender realizar “gestión del conocimiento”, lo que se hace es tratar de producir mejoras en el conocimiento anterior, o sea ir “evolucionando” en el saber manejado; plasmar el aprendizaje obtenido para que éste luego pueda ser transmitido, pretendiendo la perpetuación de aquello conocido; generar más y más

conocimiento o generar nuevos conocimientos para así acumular y resaltar la “buena” y “fecunda” producción; pero también serviría de estrategia para mantener un mejor control de los individuos, pues se trata de enseñar lo aprendido, de extraer el conocimiento y de inmiscuir en ello a los intervenidos, permitiendo la interiorización de lo aprendido para luego dejarlos solos con el aprendizaje obtenido, ya que tendrían herramientas organizadas para enfrentar los problemas sociales, pero por sobre todo, porque desde allí se sigue construyendo a ese otro, se lo sigue actualizando desde el dispositivo de intervención social.

La intervención social también, a partir del saber que manejaría, se ha enfocado como tema principal, en la resolución de las problemáticas sociales, delimitando las formas deseables del “buen vivir” y reconociendo, en muchos casos, a los actores principales de tal proceso.

La intervención social y su evaluación deben entenderse dentro de un proceso de identificación, legitimación y cobertura o superación de las necesidades sociales y los problemas sociales, incluyendo las “necesidades de desarrollo” de Maslow (1954), o las aspiraciones de Campbell et al. (1976), en orden a una mayor calidad de vida. El reconocimiento y legitimación de las necesidades (en su más amplia acepción) y problemas sociales implica precisamente un proceso interactivo entre ciudadanos, expertos y responsables políticos (Casas, 1990, p. 288).



Tendría el poderío de todas las fases interventoras, la intervención social, pues se haría cargo de la tipificación de la necesidad o problema, la justificaría mediante los saberes a los que echa mano y además le daría solución, responsabilizándose de tal acción. Tomando aspectos tanto individuales, que se relaciona con otros para suplir sus propias necesidades o aspiraciones, accediendo a relaciones utilitarias para el fin mayor de lograr la “calidad de vida”. Siendo así, es que la intervención social potencia la mantención de relaciones que se establecen para lograr metas, suplir necesidades y resolver problemas. Por lo tanto, la relación que se establecería entre los distintos actores de la intervención social, en este caso “ciudadanos”, “expertos” y “políticos”, establecería una relación de intercambio o compensación, pudiendo pensar que estarían en dos frentes, por un lado los expertos y responsables políticos y del otro los ciudadanos, quienes se verían necesitados de suplir sus necesidades a todo nivel o aquellos problemas diagnosticados en la sociedad, que según esta visión, sería la sumatoria de sus individuos y sus problemas, donde además estaría más próxima a una intervención del lado de lo individual. Estableciendo así, cuáles serían las dimensiones y características de lo necesitado y de lo problemático sobre lo cual habría que ocuparse, instaurando la organización de la sociedad.

Por otro lado, se podría pensar en la intervención social como delimitadora de lo digno de ser un problema, definiendo requisitos predichos para la intervención social, poniendo en acción distintas técnicas para la gestión de los sujetos en cuestión, según lo establecido por la calidad de vida y sus distintos

estilos a seguir. Se podría decir también que el conocimiento generado desde la intervención es útil en todo sentido de la palabra.

Ahora también se pondría en cuestión aquellas visiones que nombran a la intervención como paternalista o normalizadora, donde se afirma que

(...) sería necio sostener que las intervenciones sociales son siempre y en todo lugar una práctica intrínsecamente paternalista y opresiva, pero sería igualmente ingenuo sostener que es únicamente un abuso o mal manejo que éstas sirven como herramientas de control y normalización (Jaramillo, 2008, p. 279).

Afirmación que resulta como una tensión para las visiones más críticas de la intervención social, pero que es expuesta, dado que sin duda cualquier práctica, concepto o racionalización que se nombre como totalizadora es riesgosa, por lo que si bien, existen intervenciones que tienen como práctica recurrente la protección y cuidado de los “desposeídos” no toda intervención se dirigiría a esto, así también desde la visión de opresión, donde o se sitúa desde la dominación o pretende liberar a los oprimidos, ya que como se ha revisado, existen diversos enfoques desde los cuales se posicionaría la intervención social. Como contraparte, para aquellas posturas que han fundamentado a la intervención social como útil para controlar y normalizar debido al mal empleo de la misma, estarían “culpando” al interventor, quien en su “mal hacer” tendería a sólo poner en pie las políticas sin una visión crítica frente al trabajo realizado, no considerando las bases técnico-teóricas que fundamentarían la intervención social. No podría negar

que la intervención social es útil para normalizar, controlar y gestionar las vidas de las personas y las dinámicas comunitarias, pero situar esto en el profesional, experto, ciudadanos, políticos o quién sea, diría que es ingenuo, pues parafraseando a Foucault (1976), las relaciones de poder si bien son intencionales, trazan estrategias, éstas no serían subjetivas.

#### **4.2.5.1 Para educar**

Si se puede situar una de las maneras que el saber de la intervención social se ha detenido para darle utilidad, sería la estampa pedagógica que desde sus comienzos, históricamente presentados en la época de la Ilustración, comienza a generar un saber del hombre como falto de las luces, en la era de las luces. Desde aquel ímpetu por educar a la población sobre los nuevos valores imperantes en la Modernidad, además de toda la red de conocimientos que se estaba generando, construyendo un nuevo sujeto, aquel de la intervención, y las características que éste debía tener (Carballeda, 2002). Así se entiende que “los orígenes de la intervención en lo social se relacionan con la Ilustración, en especial con la orientación pedagógica de ésta, lo que impulsará una metamorfosis de los discursos, las prácticas y las instituciones en términos de transición hacia algo que es definido como nuevo y, por ende, como mejor que lo anterior, que connota atraso y barbarie.

En sus inicios y en parte también en la actualidad, las prácticas que intervienen en lo social poseen una impronta pedagógica, por cuanto procuran que ese “otro” aprehenda la modernidad. A su vez, la actitud de

“lo moderno” implica adentrarse en territorios desconocidos para iluminarlos, tal vez para reconocer en ellos, a través de una búsqueda a veces desesperada, los propios orígenes de una civilización que se consideró a sí misma la cúspide de la historia universal (Carballeda, 2002, p. 24).

Aspirando y poniendo de realce la posibilidad de acceder a una mejor situación, vista de manera positiva, como en términos de una cierta evolución de la sociedad, donde también tendrá cabida la idea de progreso.

La intervención social dirigiría su accionar, en algún aspecto, hacia la reeducación moral de la población, estableciendo los comportamientos a seguir, si se quiere del “deber ser” para adquirir el estatus civilizatorio. Por su parte, el denominado problema social, podría ser considerado como aquel aspecto oscuro de la sociedad, tendiendo la intervención a iluminar, mediante sus linternas con forma de métodos, para lograr aquella tan ansiada sociedad que en los albores de la modernidad tuvo forma, cuerpo y alma.

También se podría considerar que la pedagogización se invertiría sobre la población evaluada como en falta, por lo tanto con la necesidad de educar sobre aquellos aspectos vistos desde el problema que traerían consigo y que estarían en relación con factores sociales. Esto ha ido mutando en la actualidad, donde el experto más que centrarse en aspectos introspectivos, se estaría dirigiendo hacia los aspectos conductuales y morales, centrados en procesos cognitivos, que pueden ser cambiados mediante la responsabilización de sus posturas o

predisposiciones ante el actuar (Rose, 2007). Lo que marcaría una transformación del foco y enfoque con que se trabajaría en la intervención, cuestiones que además podrían ser medibles y cuantificables, pues se manifestarían en la conducta, ensalzando aún más el conocimiento rescatado desde la científicidad.

#### **4.2.5.2 Para gestionar**

Se considera a su vez, a la intervención social como gestora del saber producido desde las ciencias sociales, la práctica interventora o de los destinatarios de la intervención, pues, según los textos revisados, la gestión de ello sería un proceso importante.

La gestión se referiría al acto de gestionar o administrar, donde gestionar aludiría a realizar actividades que se dirijan a cumplir un deseo; y administrar, a la acción de gobernar, ordenar, disponer, organizar, proporcionar o dosificar algo sobre una organización (RAE, 2011), por lo tanto, al hablar de gestión del saber, se estará tomando en cuenta la utilidad que ha tenido éste para los distintos propósitos que tendría el dispositivo de intervención social.

Uno de los fines que tendría la gestión en la intervención social, sería la continua actualización del conocimiento rescatado de sus mismas prácticas, conocimiento reconocido como “objetivo”, aunque también “subjetivo”, pues se emplean distintas técnicas que permitirían la cosecha de la búsqueda anteriormente realizada, pero de manera cuantificable. Esto queda de manifiesto cuando Fantova comenta que

(...) hablamos (...) de gestión basada en la evidencia o gestión con datos. Sin desconocer lo que de intuitivo tiene el arte de la gestión, se subraya la importancia de contar con información actualizada acerca de la amplia variedad de cuestiones que afectan a la organización o sistema y a su entorno, manejando baterías de indicadores (medidas) que aporten información objetiva y subjetiva al respecto (2006, p. 36).

Esto implicaría la noción de una relación de exterioridad con la comunidad sobre la que se aplicaría la intervención, donde como prioridad estaría el rescate de datos objetivos o subjetivos, pero que sean medibles, observables o contrastables con aquella realidad de la cual se extrae aquel conocimiento. De esta forma la intervención se evidenciaría y tornaría una actividad justificada. Así, la “gestión basada en la evidencia” tendría como propósito organizar la información extraída sobre el o los problemas que tendría la comunidad, para luego proporcionársela a la misma, permitiendo una mejor dilucidación y tomas de medida al respecto que realizaría el “gestor”, en este caso puesto como experto, pues tiene la destreza de manejar las distintas técnicas y hacerlas coherentes con lo que sucedería en la organización y el ambiente sobre el cual se desenvolvería.

En el “arte” de la gestión, también se tomaría en cuenta los procesos de aprendizajes acontecidos en la intervención social y se manifiestan como eje de análisis.

El aprendizaje reflexivo desde la acción vale, ciertamente, para aprender a partir de las actividades operativas de intervención social pero, también, como no podría ser de otra manera, a partir de todas las actividades que tienen lugar en las organizaciones y redes de intervención social y, lógicamente, también a partir de las actividades de gestión. Ello quiere decir que además de gestionar el aprendizaje, también aprendemos gestionando y que, por tanto, en el ejercicio de nuestras responsabilidades de gestión, admitimos no saberlo todo sino estar aprendiendo (Fantova, 2006, p. 45).

Este tipo de aprendizaje tomaría en cuenta el operar mismo del manejo y la puesta en marcha de la intervención, que tendrían en cuenta las demás acciones que realizarían las distintas organizaciones presentes en el dispositivo de intervención, pero sobre todo en la administración ejecutada mediante el dispositivo. Esto se manifestaría en el proceso mismo de gestión, donde se reconocería como un experto, un encargado responsable de aquello, que se manifestaría como un saber técnico-científico en continua construcción y que no podría ser dominado por completo. Aludiendo además, sólo al interventor, quien mediante las diversas actividades realizadas o contempladas, es que comenzaría con el ejercicio reflexivo, luego de haber “operacionalizado” las líneas de acción dispuestas. Este saber se podría situar desde la idea de tener cierta “autoridad” sobre el proceso interventor, situado más desde el lado de gobierno sobre y para el territorio en que ejercería su jurisprudencia, pero regulando sus propios aprendizajes de gestión.

Por otro lado, cuando se considera a otro tipo de organizaciones o colectivos, se les presenta de importancia para lograr una mayor eficacia y gestión en el conocimiento adquirido, otorgándose la potestad sobre el mismo.

En la medida en que el conocimiento se vuelve un patrimonio relativa o comparativamente más valioso, se torna más importante su gestión, dado que sólo el conocimiento compartido puede ser considerado como patrimonio de la organización. Aquellas organizaciones y redes que no consiguen que el conocimiento individual se reconstruya colectivamente no consiguen una aportación significativa y sostenible de valor añadido atribuible, realmente, a la organización (Fantova, 2006, p. 42).

Es decir, el saber manejado y producido mediante la intervención social ha adquirido tal fuente de dominio en la misma, que se le debe cuidar más, organizar y suministrar de manera que éste adquiera el valor superior en la pericia misma de tener el valor de administrarlo, concediéndose así, el valor de compartirlo en la organización. De esta forma, se reeduca a los individuos, mediante la gestión del conocimiento, en nombre de la componenda colectiva.

Se ve, así, instalarse progresivamente un modo de gestión del orden interno que deja un mayor lugar a los expertos, pero también a la libertad de conciencia de los individuos frente a las organizaciones (partidos, instituciones) y a la autonomía local, inscribiéndose no



obstante en un orden más amplio y más difícilmente controlable en el marco nacional (Bajoit, 2003, p. 72).

Es así, que el foco estará puesto en lo individual, estableciendo relaciones con el interventor desde la experticia, pues será él quien tendría dominio sobre la administración del conocimiento generado, pero conocimiento que tendrá la bandera de lucha, la responsabilización, el “hacerse cargo” de los problemas que podrían acongojarlos, pues estaría en sus manos -las de los individuos-, darle solución a tales cuestiones con el apoyo de la comunidad o de quienes logren “empoderarse” y participar de procesos que tendrían como fin, solucionar sus propios problemas. Se instalaría en el mismo sentido la necesidad de regularse, pues serían ellos quienes, a partir de la organización propia debiesen enfrentar sus dificultades. En cuanto a la pérdida de control general, pero no generalizado, pareciera estar puesto en el locus externo, donde no se puede dejar pasar que el control, en la actualidad, estaría más puesto en el autocontrol, sin perder de vista otros múltiples mecanismos que servirían para tal fin (Rose, 2007; Sandoval, 2009).

## **4.3 Capítulo III: Continuidad/Discontinuidad en la Intervención Social**

### **4.3.1 Introducción**

El trabajo teórico conceptual realizado por intelectuales de la “intervención social”, se ha ido desarrollando al alero de la cuestión social o problemas sociales, de los que han surgido nuevas y variadas reconceptualizaciones, existiendo una variopinta entre la educación moral y la participación del actor social. La aparición de nuevos campos problemáticos como puede ser la exclusión social, marginalidad social o vulnerabilidad social -según sea el marco comprensivo- expresados en pobreza, delincuencia, prisionización, embarazo adolescente, deserción escolar, violencia intrafamiliar, indigencia, vulneración de derechos infantiles, vulneración de derechos humanos, entre otros, han permitido pensar también en la necesidad de su mejoramiento o solución.

En la expresión de tales problemas, como dinámicas presentadas en nuestra sociedad y que se han conceptualizado como propias del campo social, es que la “intervención social” vendrá a “entrometerse” y donde, al parecer, tendría como objetivo que una situación inicial problemática llegue, por medio de su accionar, a convertirse en otra cosa, algo distinto, que deje de ser lo que era antes que la intervención social apareciese en su campo de acción. De esta forma, considerase que la intervención social aspiraría a generar algún tipo de dislocación, de quiebre o intersticio sobre la situación inicial a la que es llamada a

actuar, en donde se podría pensar que aquello nuevo tendería a ser mejor que lo anterior. Así mismo, “la intervención supone alguna forma de búsqueda de respuestas a interrogantes eminentemente sociales; por lo tanto, debería producir modificaciones en relación con la cuestión puntual en que es llamada a actuar” (Carballeda, 2002, p. 95), objetivando su sentido.

Para la búsqueda de aquellas modificaciones a las que tendería como objetivo la intervención social, es que se han diversificado, en sus planteamientos, las formas de resolverlo, enmarcado en las comprensiones de sociedad y del sentido otorgado a tal tarea, que se verán presentadas y desarrolladas a continuación. Tal proceso estará presentado a partir de las conceptualizaciones realizadas en “intervención social” y se enmarcarán en la idea de cambio, reforma y transformación social, realizando detenciones en cada uno de ellos.

#### **4.3.2 Hacia un no lugar**

A continuación se vuelve necesario para el desarrollo del capítulo, establecer un marco comprensivo para los ejes que se revisarán. Es así que la “intervención social” está enfocada en producir modificaciones en ciertos estados problemáticos, luego de una valoración o diagnóstico de la situación inicial a la que es llamada a actuar, así “la observación se relaciona con una situación o acontecimiento estipulado con anterioridad, debe ser planificada y evaluada y es necesario remitirla a proposiciones generales” (Carballeda, 2002, p. 120). Para esto tendería a generar un proyecto político para direccionar en su operar, el descontento social generado por las problemáticas sociales podría demandar la

expresión de un deseo hacia una situación mejor, de la cual la “intervención social” aspira como suyo.

Lo anterior podría pensarse como la búsqueda de un no lugar, o sea un lugar inexistente en lo real pero que, sin embargo al que la “intervención social” aspiraría, pretendiendo producir un lugar (topos) que no tiene existencia. Ahora bien, no es que el topos no exista, sino que este se ha ido en llamar como “disfuncional”, “incorrecto” o “desfavorable”, que produciría efectos negativos sobre el sujeto que lo habita. En este sentido se aspiraría a un tipo ideal al que se desea dar forma en lo real, ya que éste sólo existiría en los ideales del pensamiento, de las teorías que lo sustentan y que se proyecta en la sociedad. De ahí la expresión utópica del deseo, pues

(...) las utopías llaman igualmente a los principios de sentido del modelo cultural, pero para formular proyectos alternativos de sociedad y movilizar a los actores, no para la defensa de sus intereses particulares sino en nombre del interés general. Denuncian a las ideologías y recuerdan el sentido original de los principios del medio cultural (Bajoit, 2003, p. 92).

Se ve expresado un ideal de algunos para que los muchos lo sigan, lo interioricen y hagan parte de sus ideales. Aspirando hacia el ideal de un lugar mejor, con menores problemas, anhelando la construcción de un nuevo proyecto, dirigiéndose hacia el individuo, las comunidades, el colectivo, prácticas, relaciones, discursos, todo aquello que tenga cabida en el campo de lo social para

construir una sociedad más “justa”. Esto sería aceptado por los sujetos, ya que, ciertamente, el topos-existente tendría consecuencias nefastas en la sociedad.

Estas ideas se irán desarrollando a continuación, profundizando en las distintas concepciones existentes, en su afán por continuar con un proyecto o marcar la disrupción, dando un camino tentativo de las aspiraciones que tendría la “intervención social” dentro del proyecto del cambio, reforma o transformación social.

### **4.3.3 Intervención social y cambio**

Considerando que la intervención social se encuadra en la época moderna y sostiene procesos de modernización, se debe tomar en cuenta que las distintas disciplinas han dado a este hacer un nicho para desenvolverse, tomando en cuenta los “esfuerzos” realizados por adquirir un lugar en el campo de lo científico, creando material teórico - práctico para su expansión y acreditación, aferrándose en muchos casos a las líneas de pensamiento existentes o en otros tantos, innovando en distintos modelos. Se toma de relieve, que “el motor fundamental de la modernidad es la idea de “progreso indefinido”, que connota una valoración positiva del cambio” (Carballeda, 2002, p. 38). Dado este afán, es que la construcción de elementos analíticos para el armazón de la intervención social, se fue situando en el lugar de las necesidades de ciertas poblaciones, pero que estarían enmarcadas en las necesidades humanas “universales”, dándoles cobertura y dirigiendo el potencial de la intervención. De esta forma se ha

percibido que, “la identificación de las necesidades y el empleo de los recursos reduce la cuestión social a facetas técnicas, erigiendo a partir de ellas el sustento de una fórmula central con múltiples variantes de intervención profesional” (Manrique, 1982, p. 145) expresando su desarrollo en particularidades del sistema social, logrando un mejor funcionamiento en éste, formando especialistas de cada segmento, potenciando así, el bienestar de la población, enmarcado en un desarrollo evolutivo y sustentable. Por otro lado, la gran problemática que se ha cristalizado en la cuestión social y su permanencia en nuestros tiempos, permea la operación de categorización de los distintos malestares por medio del saber de la experticia, tecnificándose en el actuar de múltiples agentes que hacen de esto un catalizador de sus prácticas, apostando por la resolución de las mismas, pero que muchas veces queda puesta sólo en el ejercicio técnico.

La comprensión de una intervención social como técnica permite aplicar sobre una concepción de la realidad externa, que nos imposibilita conocerla, haciéndose necesario llegar a ella, mediante la aplicabilidad de métodos para el mejoramiento de las situaciones problemáticas.

Entenderíamos que podemos hablar de métodos o, dicho de otra manera, de conocimiento técnico aplicado o aplicable en la intervención social en la medida en que exista un cierto grado de formalización establecida acerca de la manera de operar en ese ámbito, en alguna medida como aplicación de conocimiento científico

y en alguna medida como sistematización de un saber hacer a partir de una práctica o experiencia socialmente ubicada (Fantova, 2006, p. 8).

Esta concepción de aplicabilidad se realiza desde el ensamble de modelos pertenecientes a situaciones social y culturalmente extemporáneas a lo presentado en la situación particular, ejecutándose como una técnica que llega de extranjera a conquistar una tierra ya habitada. Igualmente se debe considerar que la aplicación de la técnica interventiva, si bien no es dominada por el intervenido, tampoco es impuesta, pues existe el soporte necesario para aceptar y validar el procedimiento de lo científico.

Por otro lado, el saber construido permite fundamentar las bases de cómo deberían ser las cosas, buscando alternativas para situarlas, donde Alfred Vernís comenta que

(...) es verdad que la inmensa mayoría de organizaciones no lucrativas sociales trabajan para apoyar causas muy concretas y loables... este particularismo de las organizaciones no lucrativas sociales es la clave de su éxito, es necesario y es una muestra de la capacidad de innovación de la sociedad civil. Ahora bien, en una sociedad plural y multicultural, un exceso de particularismo puede provocar problemas sociales. Necesitamos que las organizaciones sociales ataquen causas particulares pero abracen valores universales. En este punto hay que huir de la falsa dicotomía local *versus* global (2003, p. 65).

Si bien rehuir de la dicotomía local/global es una de las discusiones actuales y que pareciera permite abrir nuevas posibilidades de pensar la intervención social, en su argumento no logra escaparse de la universalidad social, en cierto sentido moral, para la pedagogización de aquellos a los que se invierte la intervención. De esta manera se evita la “aparición” de nuevos problemas sociales, como si aquello quedara bajo la responsabilidad de las organizaciones que trabajan bajo este alero y como si lo importante fuera mantener la homeostasis social. Así mismo ¿cuál sería el éxito de aquellas organizaciones? ¿será que han logrado cambiar en algo el malestar social o será que han logrado posicionarse en el campo de aquellas localidades? ¿O nada más se felicita la capacidad de innovación?

Para comprender bajo qué modalidades se ha desarrollado la intervención social revisaremos aquellas que podrían comprenderse bajo el horizonte de una aspiración al cambio social, para esto se presentarán distintas posibilidades dentro del material teórico que aborde el tema.

Una de estas posibilidades es la generada por el trabajo social, que si bien maneja variadas técnicas y modelos, muchas veces el interventor se ha apoyado en dos hipótesis,

(...) la primera es que un cambio en un sector doloroso puede tener un efecto saludable sobre el equilibrio total. La segunda, es que la fuente principal de los problemas es el uso destructivo de la relación; la ayuda aportada permite al cliente iniciar un nuevo



comienzo para hacer una utilización positiva (Du Ranquet, 1996, p. 123).

Este tipo de intervención, si bien considera lo relacional, estaría enfocada en lo individual, evidenciando, en primer término, el aspecto positivo que podría tener la vuelta a la estabilidad, luego de un evento doloroso, actuando la intervención para lograr aquello; además, está el papel del interventor, quien permite realizar una relectura positiva para generar los cambios en factores que se apartan, para apuntillar sobre ellos y generar un marco aceptable para situaciones que pueden ser dolorosas, incluso injustas, para el bien común.

Ahora, esto se realizaría sobre un sistema social considerado como una totalidad integrada, edificando aquello que no se justificaría dentro de lo deseado, participando, el dispositivo de intervención social, en la canalización de los cuerpos, conductas, espacios o contextos para la vuelta al orden social deseado y proyectado,

(...) construyendo un saber acerca del hombre, la individualidad, lo normal, lo patológico, que va a hacer surgir un nuevo sujeto de conocimiento, más definido, ya clasificado según parámetros científicos. Aún así, este saber no es definitivo ni estático; los discursos acerca de la anormalidad o la disfunción social llegan hasta el presente, y en muchos casos esta construcción discursiva se centra en la intervención (Carballeda, 2002, p. 28).

Por lo tanto, se introyecta lo construido como normal, educando a la población para interiorizar y mantener este modelo, para así homogenizar al cuerpo social y direccionarlo como rebaño hacia el ideal de orden social. En este mismo sentido, el dispositivo de intervención social operaría como instrumento político, creando grupos sociales desde la exclusión (disfuncionales) y que deben volver a lo normativo, agrupando y reorientando las conductas e individuos.

Siendo así es que

(...) las teorizaciones sobre la posibilidad de generar cambios sociales en la perspectiva del desarrollo, sin afectar la desigual estructura económica que predomina en nuestros países, seguirá repitiéndose interminablemente como método de clientelaje o de acción política pero carecerá –cada vez más- de capacidad interpretativa y transformadora de nuestras realidades (Manrique, 1982, p. 149),

En que, según lo que extraído de la cita, el cambio se situará en la mantención de statu quo, con cierta base permanente sobre la cual se generarían las intervenciones, considerando al intervenido como un consumidor de prácticas interventoras que mantendrían la estructura social existente, perpetuando las dinámicas transgresoras del sistema económico actual. De esta forma se podría plantear que, este tipo de intervención sostendría el modelo, operando como mero ejecutor de políticas sociales orientadas hacia la mayor estabilización y permanencia del modelo.

Y dándole otra vuelta, pareciera que la intervención social que se dirige al accionar en lo “individual” pierde el campo del cambio social, pues se ve limitada a enfocar su potencia en lo más personal, perdiendo de alguna forma el horizonte, si es que lo ha sido, de cambio social. Así también, al encontrarse en una perspectiva desarrollista se moldea lo existente y enfoca el futuro como un bien mejor. Se disloca la posibilidad de impactar en lo real de lo que se ha considerado desfavorable para quien o quienes se están interviniendo. Es por tal motivo que, pareciera, cuando se enuncia el cambio social, se habla más bien de una mantención del estado actual de cosas, desplegando el clientelaje en su accionar.

Desde otros lugares, en los que la intervención social es parte de la acción a seguir y que se ha trabajado conceptualmente el tema, se encuentra la educación social, en donde, si bien se presenta una crítica a las dinámicas sociales existentes, otorgándole a la participación un rol fundamental, se considera que

(...) los continuos desajustes sociales que se producen en nuestra sociedad nos llevan a entender la pedagogía social y, a su vez, la *educación social* desde una óptica *intervencionista*, incidiendo de manera principal sobre las realidades sociales desequilibradoras. De ahí que se perciba la educación social como un instrumento igualitario y de mejora, no sólo de la conducta del hombre en sus relaciones con los demás, sino de la misma sociedad que genera los desajustes que hacen necesaria la intervención profesional del educador social (Froufe, 1997, p. 185),

poniendo el énfasis sobre la estructura social y cómo ésta desequilibra mediante desconexiones entre los distintos subsistemas o partes de la estructura, haciéndose necesaria la intervención de la educación social mediante sus diversos puntos de vista y técnicas utilizadas. Según lo planteado, se razona además, la intervención como positiva, pues sería a partir de ella, que se podría incidir de mejor manera en las desigualdades que existirían en la “realidad social”. Esta incidencia se despliega tanto en dinámicas de lo “micro” y lo “macro”, aspirando a un cambio social articulado como cambio de la estructura de la sociedad, tendiendo a establecer relaciones más igualitarias, lo que se expresa de manera positiva.

Consecuentemente, también se puede considerar que la intervención realizada desde la educación social, según esta conceptualización, posicionaría al educador social como un experto, externo por cierto, que devendría ajustador de los desequilibrios provenientes del sistema, aportando en la mejoría de la sociedad y que se ha dado en llamar cambio social, pero ¿cómo se ha llegado a comprender esta forma el cambio?

En este sentido, Teresa Matus tiende a dar una respuesta, expresando que “no es el pensamiento el que introduce la necesidad de los cambios sino que es el grado de injusticia el que impugna a nivel del pensamiento conceptual la urgencia de la superación de las contradicciones” (2006, p. 19), o sea no sería una invención sino una “evidencia” en la “realidad” que luego se conceptualiza. La impronta para medir lo injusto establecería parámetros desde la exterioridad, en donde se instauran reglas y normas para el devenir de las sociedades, marcando

un proyecto político que resulta escurridizo, pero que se lo mantiene. De cualquier forma, según lo expresado por la autora, teórica del trabajo social, esta idea de cambio, correspondería al de utopía, pues el malestar o inconformismo con la realidad existente propicia la creación, a nivel de pensamiento, de construir o aspirar a una mejor sociedad, donde el único referente serían las nefastas condiciones actuales en el campo de lo social.

Para comprender las conceptualizaciones generadas desde la intervención social, que postulan hacia un cambio social, se debe precisar una sociedad como sistema, donde por un lado se cristalizaría una estructura que permite la desigualdad y que a la vez se distribuye en distintas funciones, lo que consiente mantener la cohesión social y cierta homogeneidad en la población. Es bajo esta concepción que se genera la fuerza del malestar, siendo encauzado por la intervención social. Los elementos dirigidos a este ámbito se entienden desde cambios sociales a nivel superficial, o sea de apariencia, pues existiría una base permanente, constante, en donde se moverían los distintos interventores, instituciones y sujetos para cumplir las diferentes funciones necesarias para el sistema social.

Por lo tanto,

(...) la sociedad es conceptualizada como un sistema social funcional y el cambio social consiste en los ajustes que produce el propio sistema para autorregularse y evolucionar; la posible

intervención sería en aquellos aspectos disfuncionales del sistema para que devengan funcionales (Montenegro, 2001, p. 20).

En este sentido se puede encontrar intervenciones pensadas desde el afán, justamente, de mantener el equilibrio social desde las distintas aristas consideradas en aquel campo, como es el individuo, familias, los colectivos, localidades, comunidades y la sociedad, poniendo el énfasis en problemáticas que perturbarían el orden social. Además existe una concepción evolutiva en nuestras sociedades, una mirada lineal sobre su desarrollo, dirigiéndose ineluctablemente, hacia un lugar mejor. Así mismo, la intervención social consistiría “en mejorar la adaptación de las personas y colectivos a la totalidad del sistema, hacer los ajustes pertinentes a partir de los desequilibrios que se crean para que vuelva la armonía” (Montenegro, 2001, p. 53), buscando de esta forma, encauzar las conductas desviadas o disfuncionales para la sociedad.

Siendo así es que el cambio social está inscrito como reajuste de los asuntos sobre los que pone la atención, con una intervención social medida que acentuaría su accionar a la rectificación de lo desviado, considerando a la sociedad como un conjunto de elementos que se relacionan para mantener la homeostasis del sistema social, en términos funcionales u operativos; y estos elementos estarían integrados para cumplir tal función, manteniendo su marcha sin grandes modificaciones. Esto sucedería, como lo ha explicado el funcionalismo, mediante

(...) la relación de un sistema social con su ambiente que desde el principio choca con la definición de situación para una o más clases

de unidades actuantes dentro del sistema, y después tiene repercusiones que pueden ejercer presión a favor del cambio sobre los tipos institucionales normativos (Etzioni, A, y Etzioni, E. 1998, p. 89).

Siendo Talcott Parsons, el gran exponente en dichos planteamientos, manifestando la preocupación para que el sistema social no pierda el equilibrio, donde los distintos actantes del sistema o estructura, como él lo llama, deben dirigirse a cumplir las normas que se establecen desde las instituciones -como lugar de exterioridad-, o sea, que cada cual, como individuo y parte de subsistemas, funcionen en este juego de normas, para no llegar al desequilibrio. Por tanto, se permitirá que existan ciertos cambios en la estructura, pensando que también es dinámica, pero con el fin mayor de mantener la integración y orden social. Es así que se mantendría un fondo inmutable sobre el cual sucederían los cambios, por otro lado, existirían elementos exógenos y endógenos, existiendo una visión dualista del sistema social, debiendo adaptarse a los desequilibrios provenientes desde el exterior, tratando de mantenerse indemne ante los elementos “supra”<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Esta construcción de realidad dual debe comprenderse bajo el marco de la teoría funcionalista, la cual tiene como base la estabilidad del “sistema”, teniendo que construir ajustes para cuando esto se pierde. Se puede entender mejor esta idea al revisar la nota siguiente, en donde los cambios sociales y la sociedad se comprenderían como “un sistema o conjunto de sistemas para los que es importante el concepto de equilibrio, pero que se las concibe sufriendo procesos de

Para comprender la intervención social, no se pueden desmerecer los paradigmas presentes sobre la concepción de lo social, pues es en este campo donde se sitúa su accionar, aquel que le da sentido y un marco explicativo, por lo tanto

(...) las propuestas de intervención social para ser legítimas, junto con integrar un fundamento ético respecto de la inaceptabilidad de la situación de determinados individuos, deben postularse como un aporte a la construcción de la modernidad y a la noción de progreso social, en síntesis, deben mostrarse como parte de una estrategia modernizadora de la sociedad (Corvalán, 1996, p. 3).

Se sitúa en el modelo de desarrollo presente en la modernidad y realiza acciones para la dirección de esto, existiendo destinatarios bien definidos, que la mayoría de las veces se sitúan en la exclusión, sean éstos los pobres, locos, prostitutas, delincuentes, etc., los que tendrían que volver o acomodarse a los sistemas existentes y definidos como productivos para la sociedad. La productividad sobre la que se hace alusión, es aquella justamente que produce, no tan solo en lo económico, sino también en el conocimiento, en la introducción de subsistemas como la educación, la utilización del mercado de salud, el consumo de “necesidades necesarias” para el continuo desarrollo de la sociedad, inclusive

---

cambio que, como tales, son procesos que trastornan el estado inicial de equilibrio y después “establecen” un nuevo estado de equilibrio” (Etzioni, A. y E. 1998:85)



para generar trabajo a los interventores. En consecuencia, existe todo un aparato que sostiene aquello que podría desvincularse del orden establecido como social y se operacionalizaría, en este caso, desde el dispositivo intervención social.

Por consiguiente, el “topos” al que aspira la “intervención social” que se dirige a lograr el “cambio social”, adquiere en apariencia un lugar nuevo, deseado, al que se aspira llegar, pero este es sólo maquillado como cambio, pues mantiene elementos del topos anterior, o sea el cambio siempre es lo mismo.

#### **4.3.4 Intervención social y reforma**

La intervención social que se puede conceptualizar bajo el alero de la reforma tiene una raigambre más política, en el sentido habitual del término, pues se debe construir bajo la negociación de políticas que permitan generar estrategias en consenso para la satisfacción de la intervención en su campo objetivo y para el Estado, donde se concentraría la decisión del cambio de la política particular a la que se aspira. Se considera por su parte, una mayor participación en la intervención misma de los distintos actores que se ven inmiscuidos, existiendo una relación de conflicto que posibilitaría la participación.

Pero vamos por parte, en intervención social comunitaria “desde la perspectiva de la psicología comunitaria, se orientan a la solución de problemas de la población mediante procesos participativos y que, mediante la reflexión, amplían niveles de concientización y generan nuevas praxis organizativas” (Lapalma, 2001, p. 68), tendiendo hacia la participación de los sujetos, grupos y

poblaciones sobre los que realizan la intervención, esto marca una diferencia con las intervenciones que se dirigen al cambio, pues aparece de manera activa el intervenido, como protagonista de las nuevas dinámicas, utilizando sus propios recursos para la modificación de las “representaciones” existentes sobre los niveles de lo problemático o en este caso de la falsa conciencia. En el mismo marco, si bien pareciera existir una percepción crítica de las realidades que les toca vivir, continúa una visión de la realidad externa que debe ser modificada a nivel de las representaciones, o sea en lo cognitivo, un cambio de conciencia o un proceso de concientización. Manteniéndose una concepción de un continuo sobre el cual habría que ejercer ciertas presiones estratégicas para impactar en nuevas prácticas. Ahora, también se pueden encontrar diferencias dentro de la misma psicología comunitaria en aquellos procesos de concientización. Se arguye el fundamento de una novedad para quienes realizarían intervención social desde un enfoque participativo e ideológico, donde si bien se ha operado principalmente con sectores excluidos y de vulnerabilidad, lo novedoso estaría en que también se incluye el interventor en la franja de la vulnerabilidad, acortando las distancias entre “los otros” y quienes realizan la intervención (Netto, Rodríguez y Rudolf, 2001). De esta manera se hacen parte del cambio al cual se aspira,

(...) esto hace que si bien hay ideales que nos sostienen, los modelos concretos están necesariamente para ser construidos con los otros más desde una postura dialógica y de investigación que desde una postura de saber que conduce a la concientización, entendida ésta como un proceso unilateral (Netto, Rodríguez y Rudolf, 2001, p. 78),

dejando de lado el rol “mesiánico” que se ha tenido para “concientizar” a aquellos que no logran darse cuenta de la ideología imperante y que vulneraría sólo a un sector. Se hace un llamado a la “responsabilidad social”, que se ha entendido como un proceso individual, poniendo el foco puesto en los procesos sociales, del cual los interventores también serían parte. Es así que se constituiría una intervención desde la relación misma, relación entre los participantes intervenidos y su saber, y el saber que pueden producir los participantes interventores en base a la investigación, por tanto se alude a una praxis que se dirija al cambio de las condiciones sociales existentes, desde el protagonismo eficaz de ambas partes.

Esto sucede, ya que

(...) entre la población, sus necesidades, las organizaciones y la trama multiorganizacional, surgen los procesos de participación social orientada a la gestión de intereses sociales (Sánchez, 1994) que incorpora a la política, a través de la representación por medio de estructuras partidarias, comunitarias (necesidades sentidas y legitimación) y ciudadanas (defensa de intereses personales, mediante organizaciones o aspectos jurídicos de carácter general) (Lapalma, 2001, p. 66),

trabajando para lograr la satisfacción de las necesidades y la integración participativa en la sociedad, tendiendo hacia un perfil de pertenencia y relación de colaboración entre los distintos intereses.

Lugar donde se tomarían en cuenta las demandas que emanarían de la población y la diversidad de organizaciones existentes, que orientan su hacer en las problemáticas sociales, aunque no en cualquiera, sino aquellas que se sitúan en el grupo de los excluidos, entendido según Lapalma (2001) como carencia y fragmentación social. Lograr cierta “influencia” eficaz, modificar e impactar sobre lo económico, político y cultural, permitiría una mayor integración y participación, que facilitarían los procesos de cambio social. Para esto se vuelve necesario servirse de estructuras partidarias y grupos politizados, logrando algún grado de negociación para interrumpir la “fragmentación social” mediante la responsabilización en los actores sociales con quienes se interviene. Siendo ahora lo importante, un exigir el derecho y cumplir con los deberes, un “hacerse cargo” de lo que viven y de los cambios que desean, ya que de esta forma se mantendría el contrato social de un lazo que pareciera estar cada vez más cerca de deshilarse.

En cuanto a los problemas específicos sobre los cuales se enfocarían este tipo de intervenciones sociales es, por un lado, lo que se ha dado en llamar vulneración, existiendo una amplia gama de especificidades, pero que se enmarcan en una sociedad del derecho; por ejemplo, el racismo hacia las minorías, la desigualdad de distribución de los ingresos, inseguridad social, vulneración de derechos de los niños y niñas, explotación sexual infantil, estigmatización de las poblaciones, violencia de género, etc., siendo este el lugar sobre el que las intervenciones sociales pondrán el acento, situándose en el escenario de la exclusión social, que toma forma en un grupo al que “no se le permite participar de algunas relaciones del proceso social que considera valioso.

Implica una reducción global del control que una sociedad ejerce sobre los riesgos sociales” (Lapalma, 2001, p. 67). Aunque pareciera que el control pasa, justamente, por el lugar utilizado en los grupos de excluidos, donde el control toma una forma diferente a la comprendida como locus externo y siendo el dispositivo de intervención social, agente para esto, iría encauzando al grupo y las necesidades sobre las cuales habría que dirigirse para reformarlo, sobretodo en aquella dimensión que tenga relación con la política, la garantía de los derechos y la posibilidad de una participación activa. Para esto se puede encontrar una nueva lectura donde los

(...) nuevos modos de participación vecinal, de compromiso y de *empowerment* local y de residentes, debiendo tomar sobre sus propias vidas, habrán de, según se piensa, reactivar la auto-motivación, la auto-responsabilidad y la confianza de sí bajo la forma de una ciudadanía activa al interior de una comunidad que se autogobierna (Rose, 2007, p. 123),

pasando esto por la “activación” individual que supone efectos en la propia comunidad de la que se es parte, además de exigir cierto grado de compromiso con la misma, convirtiéndose, según las palabras del mismo autor, en un medio de

gobierno que respondería al liberalismo avanzado<sup>9</sup>, donde se rearticulan y reorganizan conflictos políticos.

Así es que, dentro de las discusiones presentes se ha llegado a decir que

(...) no sirve de gran cosa detectar las familias de riesgo si no se plantea un diagnóstico rápido de los problemas particulares que hacen de esta familia una familia de riesgo o una familia vulnerable a las crisis. Y, ¿para qué hacer un diagnóstico si no se es capaz de saber utilizar dispositivos, servicios, métodos de intervención y de reformas sociales que permitan resolver problemas? (Du Ranquet, 1996, p. 387).

Existiendo aquí por cierto, una defensa del dispositivo de intervención social, gracias a los métodos existentes en él y la posibilidad de generar reformas, puede ser posible el cambio real, incluso la posibilidad de la reforma se funda como salida de los problemas sociales sobre los cuales se pone el acento. La necesidad de detectar los factores de riesgo (proveniente del ámbito médico) otorgaría ciertas certezas sobre el conocimiento que se puede generar de las familias, los colectivos o donde se esté poniendo la prioridad para hacer visibles y enunciables los problemas que aquejarían al público objetivo, o mejor dicho a los participantes del sistema social que se ven tocados por la vulnerabilidad.

---

<sup>9</sup> Para mayor profundización ir a ¿La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno (2007) de Nikolas Rose.

Convirtiéndose en un campo de gobierno, junto a otros múltiples, que por medio de dispositivos y responsabilidades permite una mejor administración de las poblaciones, en lo preciso, de la vulnerada.

Otra arista sobre la cual se enfocaría la intervención social, en su dimensión de lo problemático, estará puesto en las condiciones de vida que frecuentemente son vistas en relación asimétrica y de explotación, lo que motivaría el accionar de la intervención social para lograr el cambio de éstas dinámicas. Así se vincula una

(...) condición paradójica de la intervención social como subsistema social al que *encomienda* el trabajo por la autonomía y la inclusión por parte de un sistema social que es estructuralmente alienante y excluyente (...) supone recibir el encargo y el apoyo por parte de un sistema, del que somos parte y que es el mismo sistema que desencadena, en cierto modo, los problemas o retos que, supuestamente, tenemos que resolver o abordar (Fantova, 2006, p. 7),

enfocando el trabajo a la desalienación de los procesos y vida actuales, pero estando en alianza con quienes se supone generan la alienación, pero que, sin embargo, pareciera valer la pena para sostener o sustentar la intervención.

Así también, en este caso, pareciera mezclarse la dimensión de un sistema social y sus subsistemas, en que se vería reflejada la intervención social, por tanto una concepción funcionalista que se mezcla con un conflicto social tendiente a mejorar mediante la reforma y generar así, avances en las condiciones de vida por

medio del accionar político participativo. Lo que podría mostrar ciertas luces sobre un reformismo con ingredientes de desarrollo y evolución, como sería en la idea de cambio social revisada anteriormente.

Por otro lado, las relaciones son vistas de manera asimétrica, lo que no permite la movilidad o la generación de resistencias para dislocar en prácticas que se han ido tornando insoportables e incluso, muchas veces injustas, pero que desde el conformismo o la inamovilidad no permite transformarlos, lo que perpetúa las mismas relaciones basadas en un tipo de poder que se impondría sobre los “excluidos”.

Además el foco estaría puesto en “la construcción de un tejido social activo, integrador, participativo y solidario” (Fantova, 2006, p. 20), reconstruyendo valores que se han ido difuminando por la sociedad de consumo y que sirven de bandera de lucha para el trabajo de la intervención social y su dirección, en este caso al “bienestar social”, tendiendo hacia una crítica social que, muchas veces se basa en el orden moral de compromisos y lealtades. En otro nivel existiría la comprensión de un tejido social, que si bien se va construyendo con valores considerados como positivos, aparece también una noción abarcadora de este tejido, que funciona como base para los procesos sobre los cuales operaría la intervención social.

Entonces, al referirnos a lo que aspiraría este tipo de intervención social, estaría dado por un lado, la activación del actor que es invitado a participar en la intervención social y en algunas ocasiones, mediante el proyecto político que



orienta su accionar, lo articularemos como dirigida al reformismo<sup>10</sup>, en donde se llegaría a algo así como una solución de compromisos, pues supone un proceso de negociación entre el Estado y los interventores con base política partidista en la mayoría de los casos. La idea de reforma tendría su base en la comprensión de un “conflicto social” existente en la sociedad, el cual aspiraría hacia la “transformación social” radical, inmanente a la sociedad, ya que esta es sometida, experimenta y descansa en el conflicto<sup>11</sup>, pero que en el caso del reformismo tendría un cariz distinto. Siendo el “conflicto social” un permanente, una constante que abarcaría la estructura social en forma universal y estaría permanentemente tensada la oposición entre distintas clases sociales y que deberían, los distintos elementos darle forma a la lucha social, por la inaceptabilidad de las relaciones de dominio que se presentarían en ciertas estructuras sociales, buscando el cambio en las relaciones sociales que se estructuran desde el dominio y explotación.

---

<sup>10</sup> Se establece la relación entre la intervención social y el reformismo, debido a la revisión realizada anteriormente, o sea en base a las discusiones presentadas, dado que la apuesta en la intervención social es menos radical que aquella que se dirigiría a la transformación social, pero más audaz que el mero equilibrio. Por otro lado, la perspectiva de un conflicto social está latente en este tipo de intervenciones, por lo tanto aspiran a un cambio social que puede tener cabida mediante la reforma, ya que también se ve inmiscuida la política que administra la sociedad.

<sup>11</sup> Los problemas sociales responderían a la estructura de la sociedad, pudiendo presentarse en distintos ámbitos trascendiendo a la mera relación entre gobernante y gobernado. La teoría del conflicto social es “un enfoque que se basa en postular la ubicuidad de los cambios y los conflictos sociales, la “disfuncionalidad” de todos los elementos de la estructura social el carácter coercitivo de la unidad social” (Etzioni, A. y E. 1998: 102)

Dentro de esta concepción es que emerge el “reformismo”, donde las conquistas se irán obteniendo desde la clase proletaria, pues ésta es la base para las transformaciones propuestas. La idea de progreso está implícita, ya que las luchas y reivindicaciones serán acumulativas. El objetivo sería ir cambiando poco a poco, para la mejora de las condiciones de la clase trabajadora y llegar a una sociedad distinta a la capitalista (Montenegro, 2001). El cambio dentro de la reforma se produce de a poco, siendo la idea del “consenso” una de las directrices, pues supone que en la medida que existan acuerdos éstos serán respetados, sedimentando las “victorias” obtenidas.

En una reforma el cambio es buscado voluntariamente por un actor colectivo organizado, que se esfuerza por obtener lo que quiere por un proceso de negociación con otros actores, sin desencadenar así demasiados conflictos ni contradicciones. Cuando el cambio en cuestión tiene una dimensión suficientemente general, debe ser garantizado por el Estado, que a menudo es el propio instigador (Bajoit, 2003, p. 254).

Considerándose, ya al actor social como tal, es decir “activo”, “organizado”, “consciente” de aquello que sería problemático para el grupo del cual forma parte o de las dinámicas sociales globales que pudiesen estar en contra de un mejor desarrollo para los mismos. Por lo tanto se mantiene un constante sobre la cual se aplican reformas o pequeños cambios, que permitirían mejorar las condiciones actuales pero con un alto índice de tolerancia para lograrlo. De esta

forma la tensión se libera de a poco, pues como se estaría en un conflicto constante, la reforma se emplearía como una solución posible de sobrellevar, sin la necesidad de revueltas, pues es una acción racional tendiente a mantener el contrato social cuando este se escabulle de la acción política. Es decir, la puesta en acción del cambio reformista está relacionado con ir de a poco logrando ciertas victorias en el campo de lo sociopolítico, en aquellos momentos en que pareciera que el lazo social, el derecho y la solidaridad se alejan de la democracia para la instauración de fascismos o totalitarismos, perdiéndose la base de la comunidad.

En este caso el Estado no es visto como el enemigo, sino con quien se debiese establecer una relación de intercambio para el continuo desarrollo de la mejora en las condiciones de vida, se “ha ido evolucionando de un “estado omnipresente” a un estado que ha ido creando espacios de colaboración y encuentro con las organizaciones sociales” (Vernís, 2003, p. 62), en donde se comprende una relación más directa entre organismos públicos y organizaciones no gubernamentales y del tercer sector, quienes ejecutarían políticas tendientes a la estabilización de las diferencias.

De cualquier modo, habría que detenerse en la apreciable mezcla existente en el reformismo, entre ideas del conflicto social (que tiende hacia la “transformación social”) y el funcionalismo (que tiende a la “homeostasis social”), si bien el reformismo no comprendería la sociedad como una consecución de equilibrios, pues se enmarca en la explotación hacia la clase obrera, tendiendo al cambio de las condiciones de vida de tal grupo que supone en relación de injusticia, igualmente aparece una continuidad en el proyecto,

tendiendo hacia cambios paulatinos, pero de mejora a la clase explotada, considerándose las condiciones actuales como negativas en su ejercicio de “dominación”. Es por esta razón que pareciese que la intervención social que podría comprenderse como tendiente a la reforma, o que en este caso hemos articulado con la reforma, se situaría en el “entre” de las concepciones enunciadas anteriormente, rescatándose la participación de los actores sociales de la clase oprimida que tendría un proyecto político de reivindicación paulatina, evolutiva.

#### **4.3.5 Intervención social y transformación**

La problemática desde este marco que se ha construido para comprender la intervención social y la dirección que irá tomando, en términos del u-topos al que aspira, tiene relación con una búsqueda de la transformación social, con una inaceptabilidad radical de la “estructura social” y los efectos que ésta tendría sobre una población determinada<sup>12</sup>.

En este tipo de intervención, distinta a las anteriormente revisadas, guía su reflexión-acción a la búsqueda de una metamorfosis social, un cambio radical y

---

<sup>12</sup> Nuevamente aparece el conflicto social que se enmarca en la lucha de clases, pero esta ha sido situada entre obreros y patrones, por lo tanto el conflicto se ha visto reducido a las relaciones de producción, que si bien atraviesan las relaciones sociales, estas distan mucho más que la relación mercantil de la fuerza de trabajo, por lo que el conflicto se expresaría, según distintos autores, en la base misma de la sociedad “hay conflictos que pueden entenderse como manifestaciones de rasgos estructurales generales de las sociedades, o de sociedades en la misma etapa de desarrollo” (Etzioni, A. y Etzioni, E. 1998: 99). Será interesante lograr esclarecer de alguna forma estos rasgos estructurales a los que hace referencia la teoría del conflicto.

permanente en la estructura social, como se le ha dado en llamar. La estructura a la que asistiríamos en estos tiempos, según la bibliografía que tiende a exponer esta problemática, se vería reflejada en la reproducción de una desigualdad en términos económicos y un “abuso” de poder en las dinámicas expresadas en las relaciones sociales, siendo unos pocos los que ostentarían aquel poder y muchos aquellos que se verían oprimidos por el mismo. Este el marco comprensivo situaría las intervenciones sociales, dirigidas a la transformación social.

Es de este modo que se dirá que los

(...) aportes a nivel de generación discursiva de elementos, de emergencia de nuevas formas de ver lo social, de investigaciones sociales que den cuenta de los mecanismos de transformación de fenómenos complejos como la pobreza y la exclusión social, son parte inherente e insustituible que constituyen el núcleo duro de gestiones sociales innovadoras que se traducen en mejores sistemas de intervención social (Matus, 2006, p. 35),

donde por un lado se tornaría importante la investigación social y la reflexión constante a nivel de elementos teórico analíticos que permitan “transparentar” las actualizaciones de “lo social”, un volcarse a la “esencia” dinámica del campo sobre el que se expresarían los problemas. Aquí, no existiría duda de la existencia de “lo social” y se desvanecería la posibilidad que aquello se transforme en otra cosa, siendo la única posibilidad, las mutaciones del mismo

(lo social), pero no de lo social propiamente tal, sino del campo en que se articularían el problema de la pobreza y exclusión social.

También se extrae que existiría un sentido propio a la intervención social, que sería transformar las situaciones problemáticas complejas, como tarea que le es propia y reductible en su “pensar” y “hacer”, o sea como dispositivo que se direcciona hacia la estructuración de una mejor sociedad, donde la intervención trabajaría en forma ardua para lograrlo. Poniendo en términos positivos las aspiraciones hacia las que se dirige y trabajando para que este sentido sea reconocido por los actores sociales que se ven directamente afectados por la exclusión social, pero ¿cómo ha sido posible que la intervención social establezca una sociedad mejor? ¿qué sería mejor en este caso? ¿cómo sería una sociedad con estas características? ¿porqué la intervención social tendría esta facultad?, son preguntas difícilmente abordables pero que están presentes en el desarrollo de esta discusión.

Dentro de las alternativas creadas en intervención social y, como ya se ha mencionado, en trabajo social el término

(...) “intervención” tiene “un factor común de acción colectiva o individual para la transformación de una situación social. Ello implica que el punto de partida de la intervención es la valoración de

una situación social es decir, la idea de que ella debe ser cambiada”<sup>13</sup>  
(Corvalán, 1996, p. 5).

Esto entregará ciertas “pistas” de cómo se está comprendiendo este tipo de intervención, pues al parecer se torna de real importancia el diagnóstico que se realiza sobre una situación particular, donde nuevamente existiría una asociación al término médico, diagnóstico, proveniente de diagnosis como “el arte o acto de reconocer la naturaleza de una enfermedad mediante la observación de sus síntomas y signos” (RAE), esta observación es realizada y luego calificada por el interventor social, quien se atribuiría la posibilidad de realizarla y con ella de plasmar lo patológico de la situación observada, ya que la relación se encontraría en forma directa con la enfermedad. Entonces al parecer lo que se pretendería sería ¿una sociedad “sana” mediante la medicalización de la intervención social? Del mismo modo, esta inaceptabilidad viene de un ojo que posicionado en relación de exterioridad, pues se define desde el Estado u organizaciones quienes serían los capacitados para darle curso a la transformación de aquella situación.

En este mismo sentido según Montenegro (2001) la intervención se comprenderá como un conjunto de prácticas tendientes a la transformación de un estado de cosas a partir de una demanda inicial que se correspondería con el

---

<sup>13</sup> Aquí se mezclarían las concepciones de transformación y cambio, donde ninguna se apellida como social directamente, o sea no aspiraría a una transformación en términos globales, sino que ésta debe realizarse en una situación concreta, que igualmente sería social, pero esta vez situada, localizada, en donde el diagnóstico que arroja una situación problemática deber ser, en términos imperativos, cambiada.

“descontento del estado actual de cosas”. Con lo anterior se sigue entonces, que se partirá de

(...) un “**diagnóstico**” sobre cómo es ese “estado actual de las cosas”. Es decir, dado que la intervención social se basa en la idea de que existe algo que es necesario transformar, asumimos que cada uno de los desarrollos a estudiar se sostienen en el diagnóstico que se hace acerca de cómo es la sociedad, cuáles son los problemas sociales relevantes y cuál es el malestar que causan esas situaciones (Montenegro, 2001, p. 66).

Pero no todo diagnóstico que se realiza de la sociedad o en muchos casos de situaciones “microsociales” aspiran a la transformación social, por lo que se logra visualizar que existe una falta de precisión frente al concepto, en donde se mantiene la inespecificidad de las nociones a utilizar para el trabajo teórico conceptual de la intervención social. Esto sucede desde la misma multiplicidad existente en intervención social, lo que no quiere decir que esta investigación logre “dar en el clavo”, pues esta es una aproximación a tales reflexiones. Por otro lado, la descripción que se realizaría sobre la situación en la cual se detendría la intervención social, es llamada a hacer lo “mejor posible” para detectar qué sería lo problemático allí y cómo se podría transformar aquello, denotando el escenario que muchas veces ha sido nombrado problemático o enfermo, pero arrojándose a “lo mejor posible”. Asistimos, la mayor de las veces a una intervención social cobijada bajo el alero de la política pública, desde donde



vendrían definidos los campos sobre los que habría que ocuparse, lo que imposibilitaría el accionar de la intervención social para dirigirse a una transformación, según el planteamiento que se ha ido revisando.

Hasta acá se vuelve difícil determinar un acercamiento a la transformación social, pues se estaría más volcado hacia la transformación de dinámicas situacionales, concretas y específicas, pero vemos que otros lugares están pensando en la transformación social para determinar, de mejor aquellas concepciones revisadas y a revisar.

De otro modo, existe la propuesta que “intervención, ya sea en individuos, en pequeños grupos, en organizaciones o en comunidades, tendrá una verdadera trascendencia política siempre y cuando tal intervención persiga la consecución de una transformación ideológica” (Cerullo, y Wiesenfeld, 2001, p. 13) que se ha concebido como el proceso de dominación impuesto de una clase social sobre otra y que ha traído como consecuencia la invisibilización del mismo proceso, naturalizando y perpetuando las prácticas de dominación. Esto es lo que llamaría a montar una intervención que transforma tal proceso, para quitar el velo ideológico existente y así “liberar” a los dominados, pues también contribuirían en este conflicto en sus vidas cotidianas. La tarea del interventor en este caso se alza a la desideologización estructural que son capaces de ver, pues su mirada trascendería el nivel de la apariencia llegando a la “esencia” del conflicto y adjudicándose la tarea de develarlo, promoviendo la activación de los actores sociales para solucionar tales problemas y aspirar a la realización humana basada en la “libertad”.

Entonces se aspira a una acción política en tanto tipo de organización distinta a la existente, acción que ya no sólo se situaría en la solución de los problemas cotidianos, sino que tenderían a la transformación social, o de otra forma

(...) una acción, para que sea considerada como política y beneficiosa, no debe dirigirse a la solución de los problemas triviales, ni proyectar como fin último la solución de los problemas inmediatos de los sectores sociales más oprimidos y/o marginados. Una acción política se orienta, en cambio, a la *transformación social*, hacia la abolición de las condiciones estructurales o supraestructurales (en el sentido de la teoría marxista) que constituye la fuente de los problemas (Cerullo y Wiesenfeld, 2001, p. 19).

En consecuencia, según esta perspectiva, lo que se buscará será generar mecanismos que reviertan las condiciones actuales de opresión, expresados en la base económica y contextos culturales, políticos e ideológicos, para lo cual la revolución sería una solución propuesta, que permitiría la articulación de sujetos en descontento social, capaces de dirigirse a una transformación social y global, en donde ningún individuo ni grupo se convierta en el opresor de otro.

Bajo este marco, es que la transformación social se situaría en una visión marxista de la sociedad, en donde se busca cambiarla de forma radical. A partir del cambio en las formas de producción se cambiaría la sociedad en su conjunto, pues su fundamento es el desequilibrio social, que responde a procesos históricos

de explotación y dominación, que se perpetúan en la clase dominante (Montenegro, 2001). En donde la teoría del conflicto social no podría desechar la idea de una descripción de la sociedad como estructura, donde confluirían los conflictos sociales, rescatando aquel argumento desde la teoría de la integración de la sociedad (Etzioni, A. Etzioni, E. 1998). En este sentido la teoría del conflicto social se armaría de elementos para el análisis, a partir del funcionalismo, ya que desde allí es que se considera a la sociedad como un todo completo y cerrado, que debe mantenerse útilmente funcionando. Este postulado sentara las bases para el posterior análisis que realizaría el conflicto social, situando los elementos como disfuncionales, pero con la gran diferencia de la posibilidad y convicción de transformar radicalmente las bases de la sociedad y el protagonismo que tendrían los individuos en esta movilización.

El conflicto social sería permanente e intrínseco a la sociedad, aunque por momentos no se vislumbra claramente y los mecanismos a los cuales echara mano podrían ir desde lo más pacífico, como hemos revisado en la reforma, a revueltas radicales con sentido político e integrador de las clases más desfavorecidas, -pero con formación- encontrándose esto en la revolución.

El conflicto político es un hecho estructural de la sociedad en cualquier situación imaginable. El conflicto puede asumir formas suaves o severas; hasta puede desaparecer por períodos limitados del campo visual de un observador superficial; pero no se le puede suprimir (Etzioni, A. Etzioni, E. 1998, p. 106).

Se desprende además, que la búsqueda de la transformación social, sería siempre y, en forma inevitable, una posibilidad de acción.

Para volcarnos a la revolución propiamente tal, la transformación social tendría la solución que pasa por el ejercicio violento de ésta según Lenin, en donde el proletariado debe tomarse el poder del Estado y plantear alteraciones que logren abolir la propiedad privada. Luego, con Kaustsky la salida será en forma pacífica, esperando la maduración de la clase revolucionaria con el apoyo del partido, de esta forma se entiende que el cambio se podrá generar en el momento en que una iniciativa política, desde la clase proletaria, pueda llegar a buen puerto dentro del sistema de democracia socialista, pues no se concibe que se usen los mismos mecanismos de coerción utilizados por los que dominan (Montenegro, 2001).

En cuanto al actor social llamado a la activación revolucionaria, este será el movimiento proletario, el cual

(...) es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial (Etzioni, A. Etzioni, E. 1998, p. 52),

por lo tanto debe destruir en forma cabal la sociedad o la forma social imperante. Esto llama a un sinsentido, pues cuesta imaginarse las ruinas de la

sociedad o la construcción de algo parecido con los proletarios que queden. Por otro lado, lo social sería lo que está a la base, lo que debe ser transformado, marcando un quiebre entre lo anterior y las nuevas formas de lo impensado.

Además, “los revolucionarios no son entes despreciables, no son hijos de la desesperación. Las revoluciones nacen de la esperanza, y sus filosofías son formalmente optimistas” (Etzioni, A. Etzioni, E. 1998, p. 373). De otra forma, los revolucionarios son formados en el partido o por entidades para el análisis sociopolítico y la crítica con bases sustentables y teóricas, tendrían acceso a la educación y conocimiento. Por lo tanto, el papel del intelectual cobra relevancia en este aspecto, ya que son quienes están pensando y produciendo material teórico político sobre nuestras sociedades, teniendo que hacer “concientes” o “iluminar” a aquellos que no han tenido el acceso a tales conocimientos y que no tendrían la posibilidad de analizar así sin más, los procesos sociales e injusticias del modelo. De esta forma accederían a la propia esencia del conflicto social y tendrían la labor de ir “evangelizando” a las clases oprimidas, en un rol de guía, que ha sido capaz de ver el proceso que se ha naturalizado para proclamar la liberación. Clase además que estaría situada en aquella población beneficiaria o usuaria de la intervención social, teniendo como modelo y eje de acción la formación de aquellos para la búsqueda de la transformación social.

En síntesis, la transformación social es deseada debido a los procesos de opresión que resultan inexplicables o injustificables, éstos deben desaparecer, cambiando las bases de la estructura social para generar mejores condiciones de vida en los sujetos. La intervención social en este sentido prestara su esfuerzo en

la acción, para develar los procesos de dominación y potenciar a los actores sociales para dirigirse a la transformación social real.

#### **4.3.6 Hacia lo continuo y discontinuo en Intervención social**

En el recorrido realizado con anterioridad, los conceptos de cambio, reforma y transformación estarían asociados al plano social, en donde el “cambio” pareciera abarcar los discursos mencionados en su totalidad, como una sociedad plana, pero con tejidos que están en peligro de deshilvanarse, desde una visión de un sistema social. Para la “reforma” aquel plano social estaría en permanente conflicto, pues se vulnera a un grupo que cada vez estaría más en el lugar de la exclusión, por tanto la tarea se vuelve en reintegrar a partir del ejercicio político de la reforma. En cambio, la “transformación social”, si bien también se enfocaría en una idea de conflicto social, la tarea sería, por un lado, lograr pequeñas transformaciones, ya no sociales en este caso, pues se dirigen a espacios limitados, y por otro, a la transformación social, mediante la revolución, como ejercicio que tendería a la “libertad”.

Lo que se intentara de aquí en adelante será dilucidar los conceptos antes mencionados y tratar de comprenderlos en el marco de las discontinuidades y continuidades, de acuerdo al marco referencial presente.

Como primer acercamiento para lo que continúa, se comprenderá lo denominado **“cambio social”** como aquello que mantiene ciertos grados de continuidad sobre la problemática en la cual trabaja, incluyendo la concepción de sociedad que está a la base, sobre la que se aplicaría la intervención social. Como

aquello que incluso, de acuerdo a la regularidad que establece, podría “predecirse”, en el marco de desarrollo que se ha configurado como eje lineal. Aquello que se conserva o protege como fondo inmutable, puede cambiar la forma pero no el sentido. De esta manera, el “cambio social” enfatizaría en su intento por generar modificaciones “graduadas” pero nunca “radicales” en relación a problemas que han sido o pueden ser identificados. Una intervención que se dirija al “cambio social” mantendría algo de lo “anterior” en su constante, se modificarían ciertos aspectos en el orden de la apariencia, pero el problema de “fondo” no deja de estar presente.

Se situaría al “cambio social” desde esta comprensión, pues existiría una visión desde la intervención social que aspiraría a suplir las necesidades universales que convocarían al ser humano y que se detectarían en poblaciones específicas, situadas la mayor de las veces en la “marginalidad” de lo social, ubicándose como una particularidad del sistema social, encontrándose las “causas” allí, pero destacando el valor en lo universal. Este sistema social como totalidad integrada, respondería a una visión lineal y evolutiva de los desarrollos que se han establecido allí, pensando además que sería posible buscar y encontrar el bienestar de aquellas poblaciones y de los individuos que formarían parte. De esta forma, el cambio social, estaría enmarcado, al parecer, en un continuo sobre el cual irían sucediendo ciertas modificaciones, pero para mantener el equilibrio en la totalidad, además se estarían buscando causas, o sea, yendo al pasado anterior para dar atisbos de soluciones, concordando la visión desarrollista de este tipo de cambios.

Así mismo, desde estas intervenciones la reflexión sobre el accionar estará puesto en el “deber ser” que aspiraría a un proyecto social moderno que busca por un lado, el bienestar de los individuos, pero a la vez normalizaría, pues se volcaría en la necesidad de mantener el orden social deseado y proyectado. Por lo tanto, la idea de progreso estaría presente en estas visiones, desde una perspectiva de desarrollo, en la cual irían sucediendo las intervenciones aspirando a un bien mejor que estaría situado en el futuro. En la intervención dirigida al cambio social existiría una base permanente sobre la cual se aplicarían las técnicas de intervención social, relevando este ejercicio como fundamental para la búsqueda de un “bien común” o un futuro mejor que se expresaría en la “realidad” difícilmente mutable, pues estaría enraizada en esta concepción. Ahora esto no quiere decir que los cambios se vayan efectuando de manera continua, pero sería la concepción que estaría a la base en esta forma de comprenderla, donde la estabilización de “lo social” sería lo que imperaría.

Para el “**reformismo**”, también se ha realizado una historia de sucesos continuos, una descripción y proyección del ideal a seguir desde la cual se ha fundamentado su marco explicativo, pues se aspira a un progreso a partir de las conquistas que se irían obteniendo de manera acumulativa, forzando una estabilización de las diferencias existentes. Para esto se irían generando estrategias de negociación que permitan crear un consenso entre las exigencias de la población en la cual se interviene, siendo los interventores los mediadores que se dirigirían al Estado y las políticas que podrían permitir ciertos cambios en las problemáticas sociales.



De la misma forma la intervención se realizaría considerando la participación de los distintos actores, buscando la solución de las problemáticas mediante este proceso, en donde aquellas problemáticas estarían atravesadas por el conflicto social, conflicto que sería permanente, que si bien podría por momentos adquirir apariencia, este siempre estaría presente. Es así, que desde tal concepción se podría entender que se ha realizado una lectura lineal y progresista sobre lo que debiera y cómo debiera desenvolverse la intervención social desde este campo, estableciendo ciertas regularidades en su comprensión de base. Haciendo suyas las posibles disruptivas que apareciesen, para integrarlas al proyecto de reforma, tendiendo sí, mediante la consecución de victorias continuas, lograr el quiebre anhelado, una dislocación radical.

Será en la comprensión del conflicto social, -sobre el cual se situaría el reformismo-, que los procesos de concientización toman su forma, debido a la falsa conciencia que existiría en los individuos, grupos y poblaciones “explotadas” (población objetivo de este tipo de intervenciones), donde habría que develar las representaciones adquiridas históricamente y que sería lo que permite la ceguera frente a tales procesos de explotación. Por lo tanto, existiría una esencia sobre aquellos procesos de los cuales el interventor es capaz de identificar y dar cuenta, buscando transparentarlo a los individuos que no logran visualizarlo y que aceptan esas relaciones de “dominio”, pues las creerían naturales. Esto se vería expresado de manera permanente y que abarcaría la estructura social universal, fundamentando desde este lugar su accionar para dirigirse a la dislocación sobre

aquel tipo de estructura, pero que se encontraría en un mundo más bien lejano, teniendo que ir de a poco logrando ciertas “victorias”.

Por otro lado, se identificarían en el proceso recién mencionado, desde lo individual, pues aunque responda a cuestiones sociales la develación respondería a lo personal que estaría acompañado por los demás, tratando de reestructurar el tejido social, adquiriendo mayor fuerza en éste, pero como la acuñación de las individualidades.

El reformismo se situaría entre el funcionalismo y la teoría del conflicto social, pues al mantenerse cierta estabilidad en el sistema social por un lado, y la tensión existente en el conflicto por otro, aparece la forma del equilibrio entre ambos, marcando una concepción de quiebre, pues se podría pensar que son irreconciliables. En este caso mostraría aquel evento y la multiplicidad de otras posibilidades, que si se reconocieran las pequeñas transformaciones que han ido emergiendo, tal vez serían muy distintas las lecturas presentadas en las diferentes maneras en que se discute, reflexiona, expresa y dispone la intervención social.

Por otra parte, para la “**transformación social**” el sentido estará puesto en la idea de una inaceptabilidad substancial de la estructura social, pues tendría efectos funestos sobre la población más “marginal”, en este caso los explotados, quienes se han situado en este lugar por mucho tiempo, reproduciendo desigualdades y abusos que la clase dominante habría ejercido sobre ellos. Por lo tanto, buscará la reivindicación de un lugar que fomente relaciones más horizontales, poniendo al descubierto la ideología que estaría imperando, teniendo

la labor de transformar aquella ideología, donde sólo algunos se verían beneficiados, considerando para esto la trascendencia de la acción política. Buscaría entonces, generar quiebres y una nueva concepción de mundo, de organización y de vida, ya que la existente no es evaluada, ni aceptada de manera positiva. Ahora esto no querrá decir que la lectura que ha ido realizando se sitúa desde la discontinuidad, pues se conceptualiza la labor de la intervención social y las dinámicas de base de la sociedad con ciertas recurrencias, con estabilidades sobre las cuales se debería ir pensando y ejecutando la transformación social, mediante la intervención y la participación de sus actores. Se aspira a generar una dislocación radical en las relaciones sociales, una metamorfosis social, cambio radical y permanente, pero desde un análisis de las continuidades.

Por otro lado, la intervención social se inspiraría en mejorar el sistema social, inclinándose por los fenómenos sociales complejos, siendo su sentido el transformar las situaciones problemáticas, dirigiéndose hacia la estructuración de una mejor sociedad. En este sentido, aparecería igualmente un proyecto de una sociedad, marcando sucesiones de hechos para acontecer y declinar en una sociedad distinta.

Así mismo, el foco estaría puesto en situaciones sociales, igualmente buscando la transformación, pero en lugares focalizados, patologizando ciertas prácticas, sectores territoriales y condiciones de vida en la esfera social. Este tipo de transformación se orientaría a un estado de cosas que se han estimado como demandas de las mismas poblaciones, por el descontento vivido o “sufrido”.

Existiendo una mayor posibilidad de la emergencia de nuevos sentidos, de la emergencia o el análisis de nuevas rupturas que sean consideradas como tal.

A modo de conclusión, realizar una lectura de las continuidades y discontinuidades no ha sido el ejercicio, sino más bien poder presentar cómo los grandes marcos desde los cuales se ha presentado la intervención social en esta tesis, han comprendido o se podrían comprender, realizando este tipo de análisis.

## 5 CONCLUSIONES Y DISCUSIONES

Llegando a la finalización de esta investigación, quisiera resaltar que no se pretendería en ningún caso, dar por finalizada la discusión sobre el dispositivo de intervención social, la aproximación a sus fundamentos e implicancias, sino que sería la mera apertura a éstas discusiones, donde se ha pretendido dar algunos atisbos de tan bullado tema, que la mayor parte de las veces sólo se sitúa desde la administración de la técnica, dejando de lado la profundización teórico-conceptual. Es también importante destacar que la aproximación que se ha realizado es más bien “humilde” frente a las posibles ampliaciones investigativas para realizar, invitando a continuar tan apasionante tarea, que permitiría navegar e incluso perderse en las aguas generativas de comprensiones sobre el concepto de intervención social.

Siendo así, es que se ha abordado como temas centrales la construcción de ciertos problemas sociales que adquirirían su forma a partir de la cuestión social; luego el dispositivo intervención social como un producto histórico, ayudado por la producción de saberes científicos, otorgándole relevancia al dispositivo, además de su legitimidad; y buscando, el dispositivo, al menos desde su enunciación, generar discontinuidades frente al problema social donde sería llamado a actuar.

La intervención social comenzaría a tomar forma mediante las conceptualizaciones acontecidas para darle perfil a la cuestión social, sustentando la existencia de un problema social que se palparía, viviría y sufriría en un sector de la sociedad. En este escenario es donde la pedagogización cobra importancia,

pues se enseña los valores de la modernidad y se crean categorizaciones que establecerían la normalidad y lo patológico, posicionándose la intervención en aquella relación, pues pretendería “mejorar” las situaciones problemáticas, patologizadas o disfuncionales para volverlas al orden social o para instaurar la normalización en aquel espacio.

El saber intelectual que se va generando comienza a tomar forma en espacios de la ciencia social y política, donde lo social emprende la tarea de inventarse, tomando forma de dimensión, lugar en que se depositarían los problemas y sobre el cual la intervención se inmiscuiría, lugar también que funcionaría como medio ambiente donde se desenvolverían los individuos autónomos pero conectados por el lazo social.

En aquel contexto se relevaría el papel del Estado, presionándole para que tomase en cuenta aquellos problemas, demandando la intervención de éste con políticas que posibilitarían el cambio de aquellas problemáticas, tomando la figura de Estado protector para aquellos afectados por la cuestión social, llamando a regular aquellos procesos en el nuevo ámbito de lo social. Así, la intervención social se comenzaría a validar cada vez más, lo que más adelante se verá reflejado en suerte de trasposición que realizaría el Estado hacia el papel interventor, ausentándose el Estado de su rol protector, y donde los ciudadanos, pobladores o sujetos tendrían, algo así como un libre albedrío, un autogobierno y el dispositivo de intervención social administraría el funcionamiento de esta nueva forma de gobierno, mediante las técnicas instaladas.

Es así que lo social iría de la mano de la política, pues permitiría la organización de los individuos, en tanto “habitan lo social”. Esto permitiría administrar, regular o gestionar las vidas, pues el dispositivo intervención social atravesaría discursos, instituciones, prácticas y toda una red de significados que se plasmarían en las nuevas formas de vivir. Ahora, lo social en los últimos tiempos comienza a perder la forma de la evidencia, ocurriendo un despliegue de sus lineamientos, apareciendo nuevas comprensiones de lo que ocurre en la vida en sociedad y delineando nuevos conceptos que permitirían gestionar de mejor manera las poblaciones. En este nuevo escenario es que la *conducta* cobra nueva importancia, donde el conocimiento técnico generado, centraría sus estudios, regularidades y administración sobre ella, como manifestación que puede ser cuantificable, individualizando las prácticas comunitarias, desfigurándose lo colectivo y lo que se tendría de común entre los hombres.

El saber generado desde la intervención social, tendría como primer propósito ceñirse a la ciencia social y sus métodos, buscando el reconocimiento o legitimación de su accionar mediante el respaldo que le otorgaría el saberse científica. Este saber buscaría criterios objetivos y verdaderos en el conocimiento adquirido. De esta forma, la búsqueda de soluciones a las realidades y problemáticas complejas estarán teñidas de la preeminencia de los campos existentes en la teoría social, posicionándose desde discursos que naturalizarían la construcción del sujeto “excluido”.

Existiría una tensión presente en la manera en que consideraría la construcción del conocimiento dentro de la intervención social, pues existiría

aquella postura que discurre que el conocimiento es producido por los intelectuales y luego se vierte en la realidad para nominar y darle comprensión a los fenómenos sociales; por otro lado, estaría la posición en que el conocimiento sería extraído de los propios fenómenos sociales, donde la intervención al estar inmiscuida en las mismas dinámicas es que podría comprender los sucesos a partir de la reflexión sobre su quehacer. Posturas que no lograron ser resultas, pues se mantienen en una tensión constante y actual.

En la misma disputa antes mencionada cobrará importancia la fundamentación de una acción situada en lo local, en espacios reducidos que podrían representar de mejor manera las prácticas propias de la comunidad. Este giro marcaría una real irrupción sobre la comprensión del dispositivo de intervención social, pues el enfoque estaría puesto en lo comunitarista, perdiendo el eje central de lo social de la intervención. Cuando se pone el acento sobre espacios reducidos como la comunidad, también se permean nuevos enfoques, nuevas formas de mirar, nuevas formas de gobierno, en que “aún cuando opere sobre lazos de lealtad preexistentes, los transforma, los inviste con valores nuevos, los afilia con la experticia y reconfigura relaciones de exclusión” (Rose, 2007, p. 124), es decir, aunque opere con las formas, enunciaciones y consignas de lo social, se invierte un nuevo perfil, con una impronta que llama al autocontrol y a una nueva estrategia de poder que regularía desde dentro los comportamientos y las vidas de las personas. El dispositivo de intervención social, mediante las técnicas que se innovan y habilitan para su puesta en marcha, serán el principal material que promueve las nuevas formas de gobierno, por lo tanto la instalación



del conocimiento de tipo técnico a través del saber experto, permitiría gestionar el saber actualizado en la intervención social, conocimiento que se construye desde lo medible, lo cuantificable, pues la conducta sería puesta de relieve para generar aquel tipo de saber, que luego sería compartido con la comunidad para a través de él interiorizarlo, configurando sujetos de saber que perfilen dentro de una “responsabilidad personal activa” (Rose, 2007).

Por su parte habría una suerte de dicotomía entre los saberes experto y popular, en los que existirían diferencias sustanciales, puesto sobre todo por el valor otorgado al saber científico, desde el cual se posicionaría el experto, tendiendo hacia una lectura del saber de manera asimétrica, pues el experto estaría en un lugar de autoridad frente al conocimiento que tendría la población o el sujeto al cual se le aplicaría la intervención. Al situarse el interventor desde el saber experto ligado a la producción científica se inviste de un saber absolutista, otorgándose la tarea de gestionar todos los procesos considerados en la intervención social, dicese de la planificación, ejecución y evaluación, creando criterios que llamarían o invocarían a la objetividad. No obstante, también existirían posturas que llamarían a la complementariedad de los saberes, pero de un saber especialista en algo, que dialogaría con otras disciplinas, incluso con el saber popular, donde el orden impuesto “en discursos específicos que actúan como nuevos dispositivos de gobierno en base a la legitimidad que adquieren como saberes expertos en el marco de una sociedad donde el manejo de la información técnica pasa a remplazar a la argumentación política” (Sandoval, 2009, p. 36). Es así que se va perdiendo la reflexión o preguntas por el sentido de

la intervención social, sentido visto desde lo político, que permitiría abstraer la aplicación de la técnica, por razonamientos orientados a la comprensión del vivir juntos, la forma en que nos agrupamos, por qué nos agrupamos o qué sentido habría en lo que nos mantiene unidos. Cuestiones que han quedado relegadas por la tecnificación del conocimiento, el valor que se le otorga a la técnica y los resultados que se obtienen del método científico puesto en práctica. En este sentido, el saber que se ha denominado popular, ha sido puesto en la galería, otras veces en tribuna, pero como espectadores-receptores de la actuación de la intervención social. Si bien se le ha considerado como parte importante de la construcción activa del conocimiento, en términos de interdependencia entre los distintos saberes, éste respondería más bien a una categoría analítica construida por las ciencias sociales, donde el protagonismo queda más bien relegado a delimitaciones éticas de la práctica interventora.

En lo que respecta a las aspiraciones de la intervención social, se dirá que buscaría generar dislocaciones sobre una situación particular o sobre la sociedad misma, lugar donde ejercería su práctica y donde aquella aspiración serviría de fundamento en la conceptualización del dispositivo de intervención social. El proyecto al que echaría mano sería formular y tal vez generar una sociedad alternativa, distinta a la existente, direccionando sus pasos hacia un lugar mejor, construido como ideal. Este proyecto razonaría de manera positiva el cambio, siendo los procesos modernizadores pensados como un progreso indefinido, de los cuales la intervención social podría encauzar para que los cambios “positivos” afecten directamente a la población considerada como excluida, disminuida,

marginada o vulnerada. Además, podría ser posible tal dislocación gracias al conocimiento manejado por las formaciones académicas atribuidas desde la posibilidad de aplicar las técnicas sobre la “realidad” vista como externa. Si bien, se puede considerar que las relaciones sociales no son estáticas, la concepción presente más que hablar de las relaciones hablará de una sociedad tendiente al progreso que sólo se puede comprender bajo los ideales construidos mediante el proyecto de la modernidad, pero por sobre todo una construcción conceptual que permitiría organizar lo colectivo. Por otro lado, al considerar una realidad externa, a la que se podría tener acceso sólo mediante la representación, viéndose reducido el campo de interacción y la posibilidad misma de acción, definiendo a priori la imposibilidad de generar cambios o de que se generen cambios, pues el acceso a la realidad se vería reducido a las falsas o anómalas formas en las que nos la representaríamos, reduciendo en el mismo sentido las concepciones existentes de mundo a través de la capacidad cognitiva de cada cual. Asimismo, como sería el científico quien maneja técnicas que podrían aproximarse a plasmar lo que sucedería realmente, se inhabilitaría el papel de los demás sujetos que no manejarían la técnica, lo que permitiría a los expertos situarse en su papel de expertos, gobernando las ideas, las necesidades y las “representaciones” de los sujetos o de otra forma, generaría significados constituidos y constituyentes en las vidas cotidianas.

Al revisar los distintos lineamientos que le darían, en lo potencial, cuerpo al proyecto de generar dislocaciones sobre la sociedad y los efectos nefastos que tendría sobre un grupo de personas o sobre la sociedad misma, es que aparecen

tres directrices posibles, dicese el cambio, reformismo y transformación, ligados a la intervención social. Cada cual postulara proyectos de sociedad distintos y caminos para llegar a ese ideal también diversos.

Para aquellas intervenciones que se dirijan al cambio social, el sistema social será visto como una totalidad integrada, donde se mantendría la estabilidad de las cosas, como una base sobre la que se aplicaría la intervención como instrumento político que permitiría construir grupos de exclusión o desviados, a partir de los parámetros de normalidad. La estructura social y sus desequilibrios serán el motor de la intervención social, pretendiendo disminuir las desigualdades que tendría efectos en la propia autorregulación del sistema para continuar con la evolución constante de su desarrollo. Se consideraría la sociedad con principios sobre los cuales moverse, estableciendo una cierta naturaleza de la sociedad, es por esto que naturalmente volvería al equilibrio. Al situarse en elementos disfuncionales, se tendería a la corrección de aquello que se desvía, por lo tanto el foco principal sería el disciplinamiento, donde en su operar mismo, aunque comprenda la sociedad como una constante, produciría transformaciones en las relaciones, formando maneras en que deberían darse las relaciones y conductas en la sociedad, a partir de la norma social y la posibilidad que da ésta misma para clasificar a los individuos, lo que no resta otros dispositivos ni formas de gobierno, sino que sería el dispositivo disciplinario el que tomaría mayor fuerza y forma en esta concepción de intervención y proyección de sociedad.

En cuanto a las intervenciones que busquen la reforma como directriz de sus pasos, la realidad debería ser modificada al nivel de las representaciones

partidarias en la política, mediante la negociación, irrumpiendo la “fragmentación social” por medio de la responsabilización y la exigencia de los derechos humanos fundamentales. Los procesos de participación y niveles de concientización posibilitarían la solución de las problemáticas en su largo andar, pues existiría un continuo sobre el cual se deberían ejercer las presiones para generar nuevas prácticas que tiendan a la integración, basado en el orden moral de compromisos y lealtades. El accionar estaría puesto en la gestión de las intervenciones incorporando la política para progresar por medio de “victorias” consecutivas. Donde por un lado, se comprenderían la participación y concientización en términos individuales, echando mano a las representaciones sociales existentes como procesos cognitivos desde los cuales se podría cambiar en algo la propia representación del lugar que se debiese ocupar en la activación política, apareciendo nuevamente la separación de lo ocurre en la mente y sus consecuencias en la realidad. Así también, como mecanismos de control aparece la responsabilización individual que se debiese ver expresada en el comportamiento participativo y comprometido con el proyecto de sociedad. Esto puede ser analizado desde las nuevas gestiones de la subjetividad humana, donde se requiere de la implicancia personal para llevar a cabo la producción de nuevas representaciones en la ciudadanía (Sandoval, 2009). De otra forma, el empoderamiento se transformara en una expresión de la capacidad productiva del dispositivo de intervención social plasmando principalmente el control de un conjunto de la población situado en sectores que se han considerado como marginados.

Por último, las intervenciones que tengan como horizonte la transformación, serán fundamentadas desde la inaceptabilidad radical de la estructura social, dirigiéndose a la transformación de situaciones problemáticas y de la sociedad en general. Su dirección estará guiada por la reestructuración de la sociedad aspirando a un mejor lugar, sin dominación, aboliendo las condiciones estructurales para revertir la opresión. Apareciendo en todo su esplendor la utopía de un lugar mejor, que sería construido sobre las ruinas de una sociedad pasada que oficiaría como funesta para las relaciones humanas. Comprendiendo que las relaciones de desigualdad existen y que se manifiestan relaciones de dominación, no se debe olvidar que éstas han sido posibles también, gracias a un proyecto de sociedad que aparecía por el siglo XVIII, con consignas como la libertad, igualdad y fraternidad aspirando a algo mejor, lo que no aseguraría nada, pues son construcciones que se ven atravesadas no por las “intenciones” individuales o de un colectivo, sino que también por toda una red de significaciones, dispositivos, disposiciones que se escapan a la “intención.

Así, luego de lo revisado y como conclusión general, se plantea la tesis de articular la intervención social como dispositivo. Esto comprendido como red de enunciados, disposiciones, silencios, estrategias que permean la vida en sociedad, establece muchas veces desde el silencio nuestra construcción de sujetos, las prácticas aceptadas, las que no, la interiorización de una forma de vivir que se acepta en tanto se estaría en una relación de imbricación. Aquel dispositivo establecería al unísono aquello que declara e identifica como también aquello que lo enuncia y declara. Desde este marco, la presente investigación entiende que la

intervención social como dispositivo enuncia y visualiza tres elementos: un campo (lo social), una fuerza racionalizadora (el saber experto) y un proyecto político (cambio, reforma o transformación). Recorriendo en el transcurso de la investigación cada elemento que permite el análisis del dispositivo de intervención social y que sin duda son elementos generativos, producen a cierto sujeto, una cierta forma de aproximarse a la investigación y su posterior aplicación, además de ir delineando, aunque también improvisando, en la construcción misma de nuestras sociedades.

No se ha pretendido deslegitimar el hacer de muchos profesionales que realizan intervención social, ese siempre puede ser un campo de acción para la labor del profesional, pero no se debe olvidar que se está trabajando con material teórico práctico que no es inocente, produce cuestiones como las revisadas en el recorrido de esta tesis y de las cuales se debe tener presente, pues como ya se dijo el dispositivo de intervención social no depende de las intenciones de los sujetos sino de toda otra red presente a la hora de enfrentarnos a la práctica. De esta manera se invita a mantener la reflexión constante frente a lo que hacemos, pero para postular al bien común, que permita vivir en un mundo mejor.

## 6 BIBLIOGRAFÍA

Agamben, G. (2006). *¿Qué es un dispositivo?* Trabajo presentado en conferencia en la Universidad Nacional de La Plata el 12 de Octubre de 2005, La Plata. Extraído el 23 de Abril de 2010 desde [www.caosmosis.acracia.net](http://www.caosmosis.acracia.net)

Arendt, H. (1958). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós. 2005

Babbie, E. (1996). *Manual para la práctica de la investigación social*. Bilbao: Descleé de Brouwer S.A.

Bajoit, G. (2003). *Todo cambia. Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*. Santiago: LOM.

Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós. 1998

Calienni, M.; Martín, A. y Moleda, M. (2009). Sobre el Trabajo social, la complejidad de los territorios de intervención y la interdisciplina. *Tandil*, Año 2 N° 2, p. 37-47



Canales, C. (2006). *Metodologías de Investigación Social. Introducción a los oficios*. Santiago: LOM

Casas, F. (1990). Aprendizaje, *Revista de Psicología Social*, N° 5 (2-3), p. 285-290. Barcelona. Universidad Central de Barcelona. Recuperado 20 de Diciembre de 2009.

Casas, F. (2003). Retos actuales de la psicología de la intervención social. *Repensar la intervención social: los escenarios actuales y futuros*. Col·legi Oficial de Psicòlegs de Catalunya. Secció de Psicologia de la Intervenció Social, N° 1. 2003. Pp. 87-98.

Castel, R. (1997; 2004). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós

Carballeda, A. (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales*. Buenos Aires: Paidós.

Carballeda, A. (2007). La intervención en lo social, las Problemáticas Sociales Complejas y las Políticas Sociales. *Revista CS en Ciencias Sociales*, N°

2. Cali. Universidad ICESI. Recuperado el día 30 de marzo de 2011 desde [www.icesi.edu.co/revista\\_CS](http://www.icesi.edu.co/revista_CS)

Cerullo, R. y Wiesenfeld, E. (2001). La concientización en el trabajo psicosocial comunitario desde la perspectiva de sus actores. *Revista de psicología de la Universidad de Chile*, Vol. X, N° 2.

Corvalán, J. (1996). *Los paradigmas de lo social y las concepciones de intervención en la sociedad*. Bélgica: Cide.

Cruzat, X y Tironi, A. (1987). El pensamiento frente a la cuestión social en Chile. *Pensamiento en Chile 1830-1910*, Estudios Latinoamericanos, N° 1. Nuestra América ediciones.

Donzelot, J. (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Du Ranquet, M. (1996). *Los modelos en trabajo social. Intervención con personas y familias*. Madrid: Siglo XXI

Eco, U. (1995). *Como se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*. Barcelona: Gedisa

Etzioni, A. y Etzioni, E. (comp.) (1998). *Los cambios sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fantova, F. (2006). Aproximaciones a la intervención social. En [www.fantova.net](http://www.fantova.net), rescatado el 03 de marzo de 2010.

Foucault, M. (1969). *La arqueología del saber*. Argentina: Siglo veintiuno. 2002.

Foucault, M. (1976). Historia de la sexualidad. Tomo 1, La voluntad de saber: Siglo veintiuno. 2002.

Froufe, S. (1997). *Los ámbitos de intervención en la educación social*. Aula, 9, 179-200. Facultad de ciencias sociales, Universidad de Salamanca.

Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.

Grez Toso, S. (1997). *La cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*.

Ibañez G, T. (1994). *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Fin de milenio.

Jaramillo, E. (2008). Expertos culturales e intervención social: tensiones y transformaciones en antropología aplicada. *Revista CS*. N° 2: 265-285. Rescatado el 08 de abril de 2011 en [icesi.academia.edu](http://icesi.academia.edu)

Jiménez-Domínguez, B. (2004). La psicología social comunitaria en América Latina como Psicología Social Crítica. *Revista de psicología, Universidad de Chile*. Vol. XIII, N° 1: Pág. 133-142.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

Manrique, M. (1982). *De apóstoles a agentes de cambio. El trabajo social en la historia Latinoamericana*. Lima: Cetals.

Matus, T. (1999). *Propuestas contemporáneas en trabajo social. Hacia una intervención polifónica*. Buenos Aires: Espacio.

Matus, T. (2006). *Apuntes sobre intervención social*.

Montenegro, M. (2001). *Conocimientos, Agentes y Articulaciones: Una mirada situada a la intervención social*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona

Orrego Luco, A. (1884). *La cuestión social*. Imprenta barcelona

Rose, N. (2007). ¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno. *Revista Argentina de Sociología*, año/vol. 5, número 008. Buenos Aires. Pp. 111-150

Rueda, A. (2007) Educar para la intervención social: Los retos de la Academia. *Polis, Observatorio de Políticas Públicas*, año 2, N° 002. Cali. Universidad ICESI. Recuperado el día 22 de abril de 2011 desde [bibliotecadigital.icesi.edu.co](http://bibliotecadigital.icesi.edu.co)

Sanchez, A. (1999). *Ética de la Intervención Social*. España: Paidós

Sánchez, E. (2001). La psicología Social Comunitaria: Repensando la Disciplina desde la Comunidad. *Revista de Psicología*, Universidad de Chile Vol. X N° 2. 2001. Pp. 127-141.

Sandoval, J. (2009). Representaciones de la ciudadanía en los discursos del “saber experto”: La individualización de la desigualdad. *Psicoperspectivas*, VIII (2), 35-56. Recuperado el día 30 de marzo de 2011 desde <http://www.psicoperspectivas.cl>

Seguín, S. (2010). *Comunidad y Pueblo. La Psicología Comunitaria como subversión*. Tesina de Título, no publicada, Escuela de Psicología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Valles, M. (2003). *Técnicas cualitativas de Investigación Social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Varela, J. Alvarez-Uria, F. (1997). *Genealogía y sociología*. Madrid: El cielo por asalto.

Vernís, A. (2003). El papel del tercer sector en la producción de servicios: reflexiones sobre el tercer sector social en España. *Repensar la intervención social: los escenarios actuales y futuros*. Col·legi Oficial de Psicòlegs de Catalunya. Secció de Psicologia de la Intervenció Social, N° 1. 2003. Pp. 56-73

Yañez, J. (2008). *La intervención social en Chile. 1907 – 1932*. Santiago: Ril.

Memoriachilena. Orrego Luco, A. (1884). *La cuestión social*.

Memoriachilena. Cruzat, X. y Tironi, A. (1987). *El pensamiento frente a la cuestión social en Chile*.

RAE. Diccionario de la Real Academia Española: [www.rae.es](http://www.rae.es). Pág. Visitada el 07/04/2011

Rueda, A. (2007). Educar para la intervención social: Los retos de la academia. *POLIS, Observatorio de políticas públicas*, Universidad ICESI, Año 2, N° 002, Cali.